



# EL MANDAMÁS

---

ALFA, MILLONARIO Y PADRE SOLTERO  
ENAMORADO DE LA VIRGEN

---

CLARA MONTECARLO



---

# EL MANDAMÁS

---

*Alfa Millonario y Padre Soltero Enamorado de la Virgen*



Por Clara Montecarlo

© Clara Montecarlo 2018.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

*Dedicado a;*

*Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.*

*Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.*

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis*

## Primera parte

### 1

Uno de sus dedos se deslizaba por mi espalda mientras le bajaba el cierre a mi vestido. Me sentía cohibida, nerviosa. Suponía que en cualquier momento podría decir algo estúpido y lo arruinaría por completo; sé que desafiaría las leyes de la suerte de las principiantes sólo con existir, sin embargo, me quedé allí, helada, sin saber qué hacer, sin conocer el procedimiento estándar para este tipo de cosas, mientras que él continuaba desnudándose.

—¿Tienes frío? Me preguntó.

Con esas palabras me hizo sentir perdida, no entendí lo que quiso decir. Tal vez estaba temblando y no me había dado cuenta porque estaba muy nerviosa como para detallarlo; es normal, a veces las personas hacen cosas inconscientemente, así que supuse que había visto algo que yo estaba ignorando.

—¿Por qué lo dices? Le pregunté, girando sutilmente mi cabeza para verlo de reojo sobre mi hombro.

—Estás erizada □ respondió □ creo que tienes frío.

Lo estaba, no porque tuviese frío.

—No, yo □ traté de sonar segura, no como la mujer tonta que todos conocen, pero creo que no lo logré □ yo no tengo frío. □ Me sentía tan mensa en ese momento.

John estaba haciéndolo todo por mi, desde invitarme a su habitación hasta el comenzar a seducirme. Llegué a ese punto sin saber exactamente lo que estaba haciendo, pero lo dejé continuar con lo que hacía ¿cómo se supone que iba a dejar pasar ese momento? Lo estuve esperando por tanto tiempo que simplemente no podía pensar con claridad.

Mi mente estaba nublada a causa del olor de su perfume, del licor en mi sangre, sin mencionar todas las ideas alocadas que rebotaban en las paredes de mi imaginación como si estuvieran jugando pin pon con mi cabeza.

De repente, se rio como si hubiera escuchado una broma de niño, con una sutil carcajada que le nacía desde la garganta y se escapaba entre sus labios como

un murmullo.

—Espero poder calentarte entonces □ dijo, siguiendo su propia idea y terminando de abrir mi cierre.

Eso no me ayudo para nada, porque me hizo sentir peor. Mi corazón palpitaba con fuerza, sin restricción. El vestido se deslizó por mi cintura, deteniéndose por unos segundos sobre la curva de mis nalgas y caderas para seguir su camino hasta el suelo, recorriendo mis piernas. Yo sostenía mis pechos con egoísmo, con temor a que me viera como si en realidad eso fuera a contribuir a algo. No tenía sostén porque no iban con la ropa que llevaba (cosa que con la que tuve que lidiar con dificultad) así que en ese momento sólo tenía unas bragas que combinaban.

—Eres hermosa □ dijo John, mientras me lo imaginaba viéndome de arriba abajo, lo que o contribuyó con la causa.

—¡No me veas! reaccioné, girándome y alejándome con los ojos cerrados para que no me viese el trasero.

Si yo no lo veía, él no me vería a mi, eso dijo mi instinto.

—¿Por qué? preguntó sorprendido, con un tono de voz carismático, amistoso; no entendía mi posición.

—No me mires, que no se siente bien □ Vociferé, sin pensar muy bien en mis palabras.

—¿No se siente bien que te miren? John hablaba como si se tratara del reclamo de una simple niña que no sabía nada; algo completamente tonto.

Estoy segura que ese día no era yo quien estaba hablando.

—Sí, no □ vacilé □ ¡no lo sé! No estaba segura de lo que hablaba, mi cuerpo decía una cosa y mi boca otra □ No me gusta que me vean. Se siente raro.

Sabía que tenía los pezones erectos, la piel erizada, el corazón palpitándome a millón y, efectivamente, el sexo húmedo y caliente. Con tan solo saber lo que todo eso significaba, ya me estaba dejando seducir por la idea de estar con él, lo que alertó a todo mi cuerpo, sin siquiera avisarme. Estaba desconcertada.

No abría los ojos, los mantuve cerrados porque así sentía que no me estaba viendo. Creí que se había dado la vuelta ante mi petición o algo parecido, así

que continué con mi queja.

—Por favor... díje.

Sentía cómo el calor se escapaba de mi cuerpo dándole paso al gélido frío de la noche. ¿Quién iba a pensar que John y yo terminaríamos uno frente al otro prácticamente desnudos a punto de hacer algo tan loco como tener sexo? Eso no era lo que creí que pasaría luego de que me invitó a cenar; aunque, por otro lado, sí terminó siendo como me imaginé que pasaría.

Durante meses estuve pensando en él de esa forma, pero es que, ¿Cómo no hacerlo? Su cuerpo, su belleza, su forma de ser, hablar, tocarme. John era el personaje perfecto para un sueño húmedo, para una fantasía a mediados de la tarde o incluso como el candidato ideal para entregarle mi virginidad.

Con el brazo izquierdo me cubría como podía los pechos de forma inútil porque solo conseguí ocultar mis pezones; y con la mano derecha me tapaba mis partes íntimas por muy a pesar de que llevaba las bragas puestas.

—¿Qué tienes? ¡ē escuché decir, distante.

En esencia, miedo. Miedo de no ser lo suficientemente buena para él, más que todo eso.

—No me mires, por favor □ no tenía otro argumento mejor; actuaba controlada por los nervios.

—¿Por qué no puedo mirarte? Eres hermosa, no mirarte es un delito. □ Su forma de decirlo era tan dulce y a la vez tan seductora. John sabía como hablar con mujeres, yo sé que se había acostado con muchas.

—No me hables así □ le reclame □ O...

—¿o qué? ¡ñquirió, retándome.

—O no sé lo que pueda hacer...

De repente, sentí cómo sus manos tocaban sutilmente mis hombros lo que me hizo reaccionar de inmediato. Abrí los ojos y ahí estaba él. Me miraba a los ojos con una sonrisa perfecta, tuve que inclinar un poco mi cabeza hacia arriba para poder verlo mejor, porque sentía cómo el vaho de su cuerpo me perforaba la nariz. Estaba prácticamente sobre mí y yo no sabía qué hacer.

Así que actué como cualquiera actuaría. Moví mis hombros con brusquedad para que me soltara y, en un arranque de nervios hice una estupidez.

—¡No John, No! exclamé, sacudiéndome como si estuvieran atacándome un centenar de abejas.

Pero eso no fue lo peor. Casi por instinto, levanté la mano derecha y le planté una bofetada en el rostro a John. No tengo idea de por qué lo hice, pero mi cuerpo me pedía que me defendiera de aquella invasión.

Y sin pensarlo demasiado, salí corriendo de aquella habitación como una loca, sacudiéndome y gritando «no» repetidas veces como una loca, cubriéndome los pechos con ambos brazos y pensando que todo lo que había hecho había sido una locura. No debí haber dejado que las cosas se salieran de control, que me llevase hasta su habitación, que comenzara a besarme, desnudarme; a seducirme. En menos de diez minutos, John había conseguido sacarme de mi zona de confort para trasladarme a un mundo mágico en el cual no tenía ningún tipo de voz.

Estaba aterrada creyendo que podría arruinarlo todo, que no le gustaría mi cuerpo, que no estaría de acuerdo a acostarse conmigo, hasta que por fin lo arruiné. Por un momento pensé que, si una catástrofe habría de suceder, sería cuando le dijese que era virgen, pensaba que se apartaría de mi como si fuera un fenómeno y pensaría: ¿Una mujer virgen a los treinta? Hasta para mi es algo estúpido. Así que sólo corrí, corrí asustada, llena de ira, de confusión, pero más que todo, corrí con vergüenza.

Fui una estúpida.

¿Cómo habré llegado hasta ese momento? ¿Qué fue lo que me hizo querer huirle a mi deseo de estar con John? Todo había salido de maravilla, en el momento en que me invitó a cenar las cosas habían encajado a la perfección; entonces ¿por qué no continué? Estoy segura que cometí un grave error, pero, nada podría ser tan horrible como rechazar a un hombre como John, abofetearlo y luego correr como una estúpida.

Varios meses atrás las cosas estaban mejor, en verdad, lo que sentía por él no era más que una simple atracción que me guardaba como todas las demás cosas que me importaban, no exteriorizaba nada y estaba concentrada por completo en mi trabajo. Ojalá todo se hubiera quedado así porque, mientras corría por los pasillos de su mansión para llegar hasta el anexo en su casa que usaba como habitación esperando encerrarme en ella hasta que el mundo se acabara, me imaginaba a lo que me tendría que enfrentar luego de esa noche.



Cuando conocí a John todo era diferente, ni siquiera había pensado en la posibilidad de tener una relación con él. Claro, ese hombre de ojos negros, sonrisa de adonis, cuerpo escultural y talento para todo, no estaba en mi lista porque yo sabía que ni de coña estaría en la suya. Yo sólo estaría para él como su asistente.

Antes de aquel inesperado encuentro, las cosas con John eran sencillas. Me había convertido en su asistente gracias a algún evento mágico del destino en el que yo, tras haber sido entrevistada junto a otras mujeres con muchas más cualidades de las que yo alguna vez podría llegar a tener, había sido elegida. No conocía a John en el momento de postularme para ser su empleada, por lo que no entendía lo importante que era estar trabajando para él.

Sí, sabía que era un sex symbol completamente deseado por muchas (no me pregunto el por qué) y un exitoso empresario que supo jugar las cartas que le dio la vida. Nuestros destinos se cruzaron por pura casualidad: yo estaba desempleada y él buscaba una asistente. Era como si el mundo se hubiera puesto de acuerdo en que eso sucediera porque, ni con la más remota posibilidad, íbamos a encontrarnos en la calle, en algún café o que nuestros amigos nos presentaran. John era para mí lo mismo que las demás celebridades de este planeta: personas a las que nunca iba a conocer.

Pero yo no controlo la vida, y esta supo darme algo que no pude abrazar. Cuando supe quien era (luego de una visita a su página de Wikipedia mientras esperaba a que me entrevistase) descubrí que era una persona llena de talentos y éxitos; su forma de hacer negocios, su vida interesante que siempre posteaba en sus fotos de Instagram o en su cuenta de Twitter atrajeron la atención de muchas personas. Y eso fue lo que hizo que cientos de individuos se postulasen para ese trabajo que él requería.

Apareció en programas de chismes matutinos sólo por ser él, por hacer cosas tan sencillas como posar para una foto con su endemoniada sonrisa angelical, ah, y por sus tantos millones. Durante esa media hora de espera en el lujoso piso que comprendía su oficina entera (sí, un piso de su edificio sólo para él) conocí a aquel hombre tanto como conozco a Brad Pitt.

Pero John era más que esas simples imágenes, esas biografías poco

confiables, esos rankings del hombre más apuesto del mundo, del millonario más codiciado, de las cuentas con más seguidores. John Finman no era sólo un empresario importante, un visionario ni nada por el estilo. Esa era sólo la faceta que todos conocían de él; un simple vistazo a la superficie del mar.

Con el tiempo, luego de conseguir ser su asistente, John me demostró que era un hombre exigente, lleno de reglas, de grandes planes, pero, además, era alguien lleno de nobleza. Era tan humilde como cualquiera podría serlo; gracioso, buena persona, buen padre... no: ¡un gran padre!, y un excelente jefe.

No tardé mucho en caer enamorada de él. Creo que habría sido inevitable porque luego de comenzar a compartir nuestro tiempo, las cosas simplemente sucedieron. No sé si fue mutuo, o algo por el estilo, pero estoy segura que eso fue lo que hizo que me sintiera cada vez más atraída a su persona.

John era incontrolable, implacable, exigente, el tipo de persona que querías golpear luego de recibir demasiadas cosas para hacer después de un arduo día de trabajo. Maravilloso hombre, buen empleador, pero como jefe, pedía más que un recién nacido.

El verlo me agitaba por completo, el sentirme a su lado era inquietante. John tenía cualidades que me traían loca con tan sólo mirarme, hablar, decirme hola.

Pasábamos horas hablando, haciendo evolucionar los diversos temas en tópicos cada vez más diversos: el pasado, trabajo, política, nuestras vidas, lo que nos gustaba hacer, quisimos ser y nos gustaría lograr. John era un emisor y receptor estupendo, con un léxico enriquecedor que me embriagaba el alma, además de que sabía de lo que hablaba por lo que nunca me aburría de escucharle. Attendía cada una de mis anécdotas u opiniones con cuidado, no me interrumpía e incluso parecía disfrutar escucharme.

Fantaseaba pensando en él de muchas formas. Sentía que el estar con él como hombre sería lo mejor que podría pasarme ¡perder mi virginidad con John Finman habría de ser la mejor experiencia de mi vida!, me decía mientras me quedaba en su casa imaginándome que entraría a mi anexo/habitación a poseerme. Yo me negaría con un rotundo no, pero no me opondría si se atrevía a tocarme sin permiso.

Suponía que era un gran amante; las mujeres con las que compartía algunas de sus noches en hoteles me lo confirmaban cuando las escuchaba hablar con sus

amigas por el teléfono. Yo era invisible para ellas así que prestaba toda la atención que mi condición me prestaba.

—Es increíble □ decían algunas □ creo que no podré caminar bien por varios días □ escuchaba decir a otras.

Algunas incluso detallaban el encuentro al teléfono o con la recepcionista (con la que posteriormente se acostaría) con tanto orgullo que lo tenían como un logro.

John era conservador al respecto, no hablaba ni decía nada de ello; siempre se cuidaba, respetaba y nunca ofrecía comentarios al respecto. Tenía la cualidad de demostrar sus habilidades como caballero y como amante, haciendo así, que las mujeres con las que compartió dichas destrezas, corrieran la voz.

Yo no estaba disgustada con él por tener ese estilo de vida. Un padre soltero que lo tenía casi todo en la vida, se podía dar el lujo de acostarse con quisiera. Una que otra vez quise ser yo, pero, nunca creí que se sintiera atraído por mi.

Estaba segura que John no era un hombre cualquiera.

Antes de entrar a aquella oficina, ya había confirmado con mis propios ojos que era un tipo bastante apuesto, aunque, en mi afán por convencerme que no significaba gran cosa, lo comparé con hombres aun más atractivos para no sentirme intimidada, pero, en el momento justo en que lo vi en persona, sentí que había perdido mi tiempo.

Lo había estudiado un poco; tantos prestigios, triunfos económicos y tanta fama resultaban intimidantes una vez que te topabas con el hombre que era realmente. En sus fotos sonreía despreocupadamente, se vestía con elegancia, se mostraba sin camisa, sin inhibiciones, pero, una vez que le tenías en frente, resultaba obvio que, en John, yacía la representación física del éxito.

No era suficiente con lo que había experimentado en aquel piso que estaba ahí nada más par albergar, de forma muy exclusiva y ostentosa, su oficina; o los demás candidatos al puesto hablando de lo estupendo que era ¡No! con tan solo haber entrado a aquel edificio, ya estaba completamente intimidada por un hombre que aun no conocía.

—Mucho gusto. Pasa □ me invitó con elegancia, sin perturbaciones □ siéntate, por favor. Mi nombre es John hablaba con tal eminencia que parecía que yo no estaba ahí realmente, que sólo se encontraba su presencia y su

ego □ . ¿Cómo te llamas? me preguntó. Su voz, sus ojos, su sonrisa; ya había perdido la batalla.

—Me llamo Karen □ le dije, con la frente en alto porque estaba dispuesta a conseguir aquel trabajo.

—¿Por qué estás aquí? inquirió.

Yo estaba sentada en frente de su escritorio, él, leyendo mi currículum mientras me hablaba sin verme. Tenía cierta actitud tradicional en el empleo de sus palabras, de su postura ejecutiva, incluso en la manera en que olía. Lo evaluó, verificó si todo lo que decía allí era cierto. En menos de unos tres minutos ya había inspeccionado todo lo que el papel se leía.

—Porque estoy buscando empleo □ respondí, sin miedo a nada. □ Y me dijeron que usted estaba solicitando una empleada, así que me aventuré y aquí estoy.

—Cuéntame, ¿por qué debería contratarte?

Mientras más lo veía más me perdía en su forma de hablar, en su voz, en su mirada. No estaba sonriéndome, se encontraba serio (totalmente diferente al hombre que conocí después), me miraba con esos grandes ojos que me penetraban mientras ojeaba con cuidado. Poco a poco iba perdiendo el control de mis palabras; su presencia confería cierto deseo de demostrar que eras digna de su presencia.

Tal vez era sólo mi imaginación, o que se debía porque estaba sorprendida por sus logros en la vida a su edad mientras que yo no había hecho mucha con la mía. El caso es que estaba completamente abrumada, lo que desencadenó ciertos nervios.

—Pienso que... dije, tratando de pensar en una respuesta. No sabía qué decir ni cómo decirlo.

Lo veía ahí, sentado, con mi currículum en la mano y su mirada en mí, tratando de descifrar qué querría él que dijera. No dejaba de pensar en que alguien con tantos logros en su vida, aun estando en frente de mí, resultaba irreal. Tenía miedo de arruinarlo, de no decir lo que debía decir. Los nervios comenzaron a dominar mis sentidos, mis pensamientos, e incluso mis acciones.

Comencé a mirar sus manos escapándome de su mirada penetrante. Tragué saliva, buscando el valor en lo más recóndito de mi ser, y, luego de un largo

respiro, cerrando los ojos para no verlo, y procedí a abrir mi boca.

—Porque estoy desempleada y realmente necesito el trabajo □ ¿qué otra cosa podría decir mas que la verdad?

De inmediato supe que había dicho una estupidez. Apreté los parpados esperando el inminente reproche de John. No sabía qué quería escuchar, pero definitivamente no era eso. El corazón comenzó a palpitarme con más fuerza. ¿Qué hice? Pensé.

—¿Y por qué estás desempleada? preguntó John, con un tono de voz calmado que no me esperaba.

—¿Ah? abrí mis ojos, confundida. Definitivamente no era la respuesta que me esperaba; ni siquiera era una respuesta.

—Que por qué estás desempleada.

—Lo estoy □ vacilé □ porque me despidieron del ultimo empleo que tuve porque se iban a mudar y entonces no me quedó de otra que dejarlos ir □ dije, divagando y sonando como una estúpida.

—¿Quiénes se mudaron? ¿Para donde? preguntó, con un interés genuino ¿qué demonios? Fue lo que pensé.

Había bajado mi currícul, su atención estaba puesta sólo en mi y eso me enervó aun más. La forma en la que me veía, en sí, para nada intimidante, lograba, aún así, hacerme sentir intimidada.

—Mudaron sus operaciones a otro país comencé a explicarle □ y no me dejaron ir con ellos así que me quedé aquí.

—¿Trabajaba con una productora o algo parecido? Es decir □ cogió mi resume curricular y sondeó algunas palabras □ ¿no es usted cineasta?

—Sí, y no. □ respondí.

—¿No qué?

—No trabajaba en nada que tuviera que ver con ello, trabajaba como asistente. No es una profesión que se pueda ejercer en cualquier lado.

—Oh, vaya. Eso si que no me lo esperaba □ con su tono me hizo creer que estaba apenado, como si hubiera sentido que me había ofendido □ y □ vaciló □ ¿Cuánto tiempo tienes desempleada?

—Ya voy para dos meses.

—Dos meses desempleada □ repitió, siguiéndolo de una interjección que sonaba como unmuído □ . Parece bastante ¿por qué esperaste hasta ahora para buscar empleo?

—No lo hice, he estado intentando buscar un lugar en donde trabajar desde entonces. Mi ultimo pago no iba a alcanzar, así que me dije: Karen, mejor busca un trabajo □ estaba nerviosa. Comencé a crear un dialogo conmigo misma para darle sentido a mis palabras. Sonaba desesperada y vergonzosa □ lo que sea, no importa qué dejé escapar una risa nerviosa que me hacía parecer como una loca.

John me miraba interesado. A ese punto de mi cordura, esperaba que él ya se estuviera asustando y decidiera que ya había escuchado suficiente de mi.

—¿Y qué piensas con respecto a trabajar para mi?

—¿Qué quiere que le diga?

—No lo sé, lo que tu quieras. Necesito saber que piensas para ver si realmente estas capacitada para el empleo.

—Y ¿eso que tiene que ver? ño podía ver la relación en su lógica.

—Porque así puedo saber si puedo trabajar contigo. □ me miró, como si estuviera evaluándome, haciendo una pausa dramática □ ¿Acaso sabes para que empleo estoy entrevistándote?

La pregunta me parecía tonta. Claro que lo sabía.

—Para ser su asistente ¿no?

John continuó evaluándome, como si tratara de estudiar mi respuesta, como si quisiera ver si era cierto o no lo que estaba diciendo. Su forma de actuar era extraña, y fue sino hasta tiempo después que descubrí que solo se estaba haciendo el duro.

—Bueno, en realidad es para ser algo mas que eso.

—¿Como así? ¿Qué quiere que haga? p̄regunté.

El trabajo era simple, o eso se supone que sería. No fue sino hasta que el me dijo eso que creí que sería algo sencillo; sus palabras me hicieron creer lo contrario. Yo pensaba que sólo se trataba de algo tan simple como ser su asistente: atendería sus llamadas, prepararía sus reuniones o buscaría su ropa

de la tintorería (¿la gente rica lleva su ropa a la tintorería? No lo sabía, tampoco es que creía que lo iba a descubrir, no en ese momento, no cuando ni siquiera esperaba ser contratada).

—Estoy buscando que alguien se tome su tiempo para estar a mi lado, y que, de hecho, no tenga problemas con pasar incluso días completos con nosotros.

—¿Ustedes?

—Mi hijo y yo □ dijo □ Noah, un pequeño interesante.

—¿Seré la niñera de su hijo?

—No, nada que ver. Sólo deberá pasar tiempo conmigo y como me gusta estar con mi hijo, también con él. Es un trabajo a tiempo completo, y requiere de su total participación.

—¿Entonces deberé mudarme?

John se apartó, como si estuviera esquivando un golpe.

—No, nada que ver. No es necesario. Tal vez tengas que quedarte una que otra ocasión, pero no estoy diciendo que te mudes. Es sólo si así lo deseas.

—¿Quedarme?

—Sí, quedarte.

Y me cruzo una pregunta por la cabeza ¿Qué cosa querría él que yo hiciera que necesitaba de mi presencia? ¿Qué tipo de asistente estaría buscando él? No es como que yo estuviera del todo indispuesta, ¿vivir con otra persona por dinero? Ni siquiera sabía si iba a ser contratada, pero, ya estaba preocupándome por cosas relacionadas a un trabajo que aun no tenía.

—Claro, el trabajo estará muy bien pagado. □ Agregó, cosa que creo que hizo por mi cara pensativa.

—No lo pongo en duda □ dije con un tono sutil de sarcasmo. Estaba pensando sólo en los lujos que había visto desde la entrada hasta su oficina; no podía ni imaginar en cuanto dinero tendría para pagarme.

Así que cogió una pluma de un portalápiz, que estaba a unos escasos centímetros de su mano, y anotó algo en una hoja que luego arrancó para entregarme.

—Esto sería el pago base. Está sometido a un aumento.

—Vale. Mi sueldo.

—Sí, eso mismo, le haré entrega de esto de forma semanal, por ahora respondió □ luego, conforme vaya pasando el tiempo y usted vaya absorbiendo diferentes responsabilidades... comencé a perderme en mis pensamientos □ se le irá aumentando el sueldo.

¿Qué tipo de cosas esperaba él que yo hiciera? ¿Absorber diferentes responsabilidades? ¿No iba a ser sólo su asistente? Pensé mientras lo veía, trataba de descifrar lo que quería; estaba dispuesta a hacer lo que fuera, claro está, pero por lo menos quería estar al tanto de lo que iba a hacer; uno no va a la guerra sin estar preparado. En ese momento, no sabía lo que me esperaba, incluso habiendo sido advertida por él mismo.

Quería saber cuales serían mis obligaciones como su asistente, pero me ahorre la pregunta y decidí quedarme callada porque tal vez, sólo tal vez, eso podría determinar si me contrataban o no.

Me fui de regreso a la sala de espera (haciendo memoria de cuantas personas faltaban por ser entrevistadas) y comprendí que no era la mas atractiva, tal vez ni siquiera era la mas capacitada o la más competitiva y, en definitiva, tampoco sería su primera opción; así que supuse que debía mantener la calma y no jugarme mucho mi suerte; cualquiera podría ser contratado, cualquiera menos yo.

Pero debía regresar al lugar en donde me estaban entrevistando, así que extendí mi mano para recibir el papel en donde había escrito lo que me pagaría en el caso de que me contratase. En lo que lo leí, mis ojos se abrieron más allá de sus limites por sí solos y solté la mandíbula tomando aire como si fuera una aspiradora. Era tan abrumador que de la sorpresa lo escondí en mis manos guardándolo entre mis piernas para que mas nadie lo viese. ¡Cien mil dólares la semana! Era sencillamente absurdo, grotesco; superaría las expectativas de cualquiera.

De inmediato, empecé a imaginar todas las cosas que podría hacer con ese dinero; pagar, ayudar, administrar, vivir... era simplemente maravilloso.

—¿Exactamente qué quiere que haga? ¿Tengo que matar a alguien todas las semanas? dije, cosa que ni siquiera sé por qué pensé en decir. Lo había dejado escapar por mi boca como una broma, luego de terminar de hablar fue que reaccioné que era una de mal gusto.



Para mi sorpresa, John no respondió a eso. Solo me miró con su rostro serio e imperturbable.

—Es dinero justo que se ganaría de manera honrada. No veo ningún problema con pagarle esa cantidad de dinero, señorita Karen.

—Oh, no, no □ negué insistentemente, si creía que no estaba a gusto con lo que me había ofrecido, tal vez le bajaba al sueldo. □ Claro que no. Es solo que resulta un poco abrumador ese monto □ me excusé.

—Estamos hablando de un trabajo en el que necesito que haga todo lo que yo le pida, sin importar qué □ me miró, como si esperara una reacción de mi parte, pero no hice mucho que mirarlo fijamente esperando que continuara □ descuide □ dijo por fin □ no será nada malo o que atente contra su integridad moral □ de nuevo, hizo una pausa como si estuviera esperando un gesto de mi parte □ pero si serán cosas que puedan o no hacerla parecer mas que una asistente.

—¿Por qué lo dice? traté de conseguir información, de todos modos estaba siendo un poco misterioso, no iba a conseguir mucho si no le preguntaba □ ¿qué quiere, mas o menos, que haga?

—Nada del otro mundo, cosas enteramente personales.

—¿Personales? pregunté, insinuando una pregunta mas compleja y con un sentido mas personal, si sabes a lo que me refiero.

—Oh no □ evidentemente entendió mi pregunta □ No ese tipo de cosas personales, señorita Karen.

Dejé escapar un suspiro de alivio, no por no tener que hacer de esas cosas, o que se tratara de otro tipo de entrevista extraña de ese tipo en el que el hombre le pide a su empleada que haga ciertas cosas para complacerlo sexualmente, o que le cuide la vida como si fuera una esposa, o por mi falta de experiencia con el sexo, sino porque por mi situación en ese momento me habría obligado a aceptar sin importar qué, mas que todo, por esa ridícula paga con la que en un simple año podría llegar aun punto en el que no tendría que trabajar por un largo tiempo, o no trabajar mas nunca.

—Oh, no, yo solo decía, era para saber □ dije con total naturalidad, como si no se tratara de nada, fingiendo confianza e indiferencia con el tema pero realmente aliviada de que me interrumpiese antes que le dijera que no tenía problema con ello.

—Como mi asistente, necesito que esté completamente dispuesta a seguirme a todos lados, a programar todas mis citas, reuniones, todo lo que necesito, □ traté de mantener un rostro sereno en todo momento, no demostrar que estaba sorprendida, así que todos los gestos que yo hacía se veían raros (bueno, así los sentía yo) □ creo que llegará incluso un momento en el que tendrá que estar pendiente de mi desayuno. Mi vida es un poco atareada y necesito un par extra de manos y otra cabeza para poder mantener el ritmo ¿entiende?

—Un poco □ respondí.

John me miró como si no estuviera conforme, o tal vez estaba preguntándose algo, o tal vez sólo me miró. El punto es que me pareció realmente intimidante.

—Estamos hablando de completo compromiso con el trabajo □ continuo □ no es tan simple como ser mi secretaria, porque hay una palpable diferencia entre ambas y una de ellas es que ya tengo una secretaria pero no una asistente ¿comprende a lo que me refiero?

Asentí con mi cabeza, casi por instinto, como un sistema de defensa para prevenir que supiera que no estaba siguiéndolo del todo. Sí sabía de que hablaba, pero su forma de ser me resultaba un poco intimidante y me perdí en sus palabras, en su voz, en su naturaleza al decir las cosas. No comprendía del todo lo que me decía sino hasta unos segundos después de que asentía como entusiasmo.

—Bien, porque estoy buscando a alguien que no esté comprometido con más nada □ de repente, hizo una pausa; había recordado algo □ oh, por cierto, ¿está usted casada? ¿tiene hijos? ¿pareja? ¿vive con sus padres o algo por el estilo?

La naturaleza de la pregunta me parecía extraña. La verdad, no había pensado en esa posibilidad porque no tenía nada de lo que había mencionado y no representaban un problema, pero, luego de analizarlo un poco, lo entendí. También ayudó que él mismo me lo explicase.

—Yo no tengo problema con eso, pero este tipo de trabajo que le estoy ofreciendo consumirá su tiempo y significará que deberá descuidar ciertas cosas □ agregó □ estoy buscando a alguien que no tenga muchos obstáculos en su vida.

—No, no tengo ningún obstáculo en mi vida. No tengo pareja, respondí □ mis

padres no viven aquí y no tengo hijos □ poco a poco, las palabras se escapaban de mi boca como torpedos, uno tras otro, dejándose controlar por mis nervios □ porque no es biológicamente posible tener un niño sin la participación de un hombre y, como ya le dije, estoy soltera, así que estoy disponible y nada me estorba en la vida mas que no tener suficiente dinero □ lo dije todo con una sonrisa en los labios que no puedo ni siquiera justificar.

—Está bien □ dijo John, arrastrando las silabas como si se tratara de algo raro, como si estuviera buscando evitar hablar conmigo, o tal vez era un hábito.

Leer sus respuestas era algo extraño. Hablar con él sin conocerlo presentaba un reto enorme en cuanto al hecho de traducir las cosas que decía ¿Era bueno, malo? ¿le gustó o no mi respuesta? Su forma de verme y de hablar me obligaban a pensar lo peor; mi paranoia o su forma de ser, una de las dos era; no confío mucho en mi paranoia así que creo que podría ser eso. El punto es que ese día estuve debatiéndome entre la cordura y la locura.

De nuevo, solo sonreí tratando de ocultar mis nervios, manteniendo los ojos cerrados convencida de que eso ayudaría. Si yo no lo veía él no notaría que estaba nerviosa.

—En ese caso, creo que es importante decirle que en cuanto a la parte de «subirle el sueldo» no aplica si le pido hacer algo a lo que no espera tener como responsabilidad, señorita Karen.

—¿Cómo así? Sentí como si un golpe de malas noticias apareciera de repente.

—Cuando digo que absorberá responsabilidades me refiero a que tal vez, y sólo tal vez, pueda que le pida que haga algo aparte de su trabajo. Si dicha petición es mucho para lo que está ganando, le aumentaré el sueldo. De lo contrario, seguiría cobrando esa cantidad que le mostré.

Me esperaba algo peor. Saqué el papelito de entre mis piernas para volverlo a ver; necesitaba evaluarlo de nuevo, saber exactamente qué me estaban ofreciendo; pensé en lo que eso me serviría (de nuevo) y me dije a mi misma que con un sueldo como ese, podría pedirme lo que fuera.

—No tengo ningún problema, señor Finman, estoy más que satisfecha con ese monto. Su usted lo dice, lo haré.

—Perfecto entonces.

John solo se levantó de su asiento y me miró con un gesto amistoso. Era un cambio, no como para decir que me hizo sentir mejor, pero algo era algo.

—Bueno, señorita Karen □ su selección de palabras me obligaron a saborear un éxito extraño del que aun no era poseedora

Me fui anticipando a lo que me iba a decir, suponiendo que se trataba de una bienvenida acogedor a su equipo de empleados. Comencé a sonreír, entusiasmada por haber conseguido el empleo.

—Fue un gusto conocerla □ su mano alcanzo la mía y la estrechó con la firmeza justa □ la estaré llamando □ y de inmediato mi sonrisa se borró.

El amargo sabor de la derrota era algo a lo que aun no me acostumbraba, a pesar de que lo probaba una y otra vez.

Borré la cara de tonta sorprendida que se asomó por una fracción de segundo y volví a sonreír por cortesía y educación, estrechando y sacudiendo su mano como si hubiéramos cerrado un trato. Estaba genuinamente angustiada porque quería preguntarle si realmente estaba siendo contratada o sólo era una formalidad de su parte.

—¿Estará llamándome? pregunté; las palabras se salieron de mi boca, no las pude controlar. Para cuando me di cuenta de lo que había dicho, ya era muy tarde.

—Sí, la estaremos llamando, tengo que hacer más entrevistas.

John seguía imperturbable a pesar de mi evidente insolencia al preguntarle como si me correspondiera hacerlo. Aunque eso no me detuvo.

—No va a contratarme de una vez ¿verdad?

John me miró desconcertado. Lo primero que me vino a la mente es que seguro pensaba que estaba loca, que probablemente se me había zafado un tornillo o algo parecido. Levantó la ceja, con una sonrisa que decía: ¿en serio?

—Pero si no hemos llegado a nada señorita Karen. Esta es la entrevista nada más.

—Pero me dio los precios.

—Para que supiera cuanto iba a ganar, es un requisito que los postulantes lo sepan.

—Pero ¿no quiere decir que está interesado en mi como su asistente? La desesperación comenzó a hablar por mí. □ Puedo hacer cualquier cosa que me pida, no me quejo, soy rápida soy eficiente...

Estaba humillándome a mi misma, estaba dispuesta a conseguir ese trabajo sin importar qué, incluso así no tuviese nada que ver con lo que había estudiado.

—Yo puedo hacer lo que sea... yo □ intenté seguir hablando pero la adrenalina que me invadió para poder hablar cuando sabía que no podía ni debía, hacía que mi voz temblase.

Lo peor de todo eso es que aquella conversación humillante se desarrolló mientras tenía todavía su mano aferrada a la mía. Mientras más hablaba más se la apretaba, aunque me dio la impresión de que él no notaba la diferencia entre un apretón suave y uno fuerte viniendo de mí.

Seguí estrechándole la mano, no intentaba quitarla por ningún motivo. Su mirada fija en mí, su rostro tranquilo y educado. De repente, una sonrisa se fue asomando con calma, como si la estuviera usando para tranquilizarme. Lo estaba logrando.

—Señorita Karen, tengo que entrevistar a más personas para ver si son adecuadas para el trabajo. No quiero decirle que no, ni a usted ni a otro, pero me temo que tengo que tomar una decisión en cuanto a quien podré confiarle el control completo de mi vida □ John hablaba de tal forma que inspiraba seguridad □ no puedo contratarlos a todos, así que deberé pedirle que tenga paciencia y espere. Si es usted a quien decido contratar, se lo haremos saber.

John comenzó a clamarme a su manera. Su voz, me obligó a tranquilizarme al introducirse en mi cabeza sin mucho esfuerzo.

—Está bien □ respondí, una vez terminó de hablar; resignada y conforme con su respuesta.

John me soltó la mano y volvió a embozar una sonrisa.

—Vale, entonces nos estamos viendo. □ dijo □ que tenga un buen día, señorita Karen.

—Sí, nos estamos viendo.

Le regalé una sonrisa llena de vergüenza, tratando de parecer como ese tipo de mujeres que no discuten ante nada, un poco sumisa, tal vez pasiva... desgraciadamente estaba al tanto de que había perdido mi oportunidad. Estaba

segura de que lo había arruinado todo, y, habiéndome dado la vuelta para salir por el umbral de la puerta de su oficina sin mirar atrás, me invadió una inmensurable frustración junto con las ganas de gritar o golpear algo; definitivamente lo había echado todo a perder.

—Demonios, Karen ¿por qué rayos eres así? ¿No podías quedarte callada? Ahora sí no te van a contratar.

Iba caminando y discutiendo conmigo misma con la cabeza baja y las manos tomadas una de la otra. Pasé por la sala de espera y atravesé el grupo de personas que estaban esperando a ser atendidas. En ese momento levanté la mirada y evalué mi competencia: mujeres y hombres jóvenes, chicas con cabellos hermosos, maquilladas a la perfección; hombres vestidos de manera natural, pero sin desbordarse en lo informal. Su forma de sentarse, sus maneras, sus sonrisas.

Eran todo lo que yo no podría ser jamás y que, de seguro, así llamarían la atención de John, obligándolo a contratarles de inmediato. «No puedo contratarlos a todos» vinieron a mi mente sus palabras junto con la sensación de apretón en mi mano derecha, por unos segundos me hizo sentir bien.

De repente, alguien murmuró algo. Todos estaban hablando en un tono de voz moderado, pero ese murmullo, tan poco sutil como pueden ser todos los murmullos a pesar de que creamos que nadie sabe que estamos murmurando, vibró por el aire de una manera diferente hasta llegar a mi tímpano.

—Parece abatida □ escuché que alguien dijo.

—¿Qué le habrán dicho? p̄reguntó otra.

—¿Qué tan malo es el señor Finman?

—Parece que va a llorar.

No sabía si me lo estaba imaginando o si realmente lo decían.

Traté de mantener mi mirada fija en la puerta, tal vez se me notaba demasiado la derrota en el rostro por muy a pesar de estar convencida de que no, pero mientras estuviese allí, no iba a actuar como no quería hacerlo: como una perdedora. Así que sólo miré a la puerta, señorialmente, segura, sabiendo que quienes comentaban no lo hacían porque me odiasen sino porque querían saber cuales eran sus oportunidades de tener ese empleo el cual, claramente, yo no iba a obtener.

Me desplazé por en frente de todos ellos sin detener mis pasos, tratando de parecer lo más segura que pudiera y, luego de un suspiro de alivio tras atravesar aquella zona de juicios y comentarios, me dije unas palabras de motivación.

—Bueno Karen, será para otro día.

### 3

Para ese entonces estaba devastada. No había nada que pudiera consolarme, ni siquiera la caja de una docena de donas que me compré camino a mi departamento con parte de la poca cantidad de dinero que me quedaba de mi último pago como empleada.

El trayecto (paso por paso), cada uno de los peatones que evité, el autobús que cogí para que me llevara hasta mi parada y las calles que crucé arriesgando mi vida, pasaron por un lado de mi vida como si se tratara de un potencial comprador indiferente ante las vitrinas de una tienda de adornos aburridos.

—Las cosas podrían ser peores □ me dije, mientras abría la puerta de mi departamento.

Estaba segura de que llegaría a mi sofá, encendería la televisión y cogería esas doce donas para engullirlas junto a mis penas como una metáfora. Las deudas, la soledad, la falta de alimentos balanceados; esas cosas que no puedo tener porque: o son muy costosas o simplemente son inalcanzables; tanto estas como otras, me parecían tan lejanas como lo fueron esa mañana antes de que me levantara con tanto optimismo.

Es que, ese día, camino a la entrevista, me había propuesto estar de acuerdo con cualquier cosa, sin importar qué porque necesitaba salir del desempleo que acababa de empeorar con la compra de esa docena de donas.

La renta del departamento llevaba meses vencidas.

En este, todo lo que había ahí: una nevera que ni siquiera era mía, un pequeño horno eléctrico con unas hornillas casi inservibles en la parte de arriba en donde preparaba todo en una única olla de aluminio que alguna vez sirvió para algo; el sofá desgastado y polvoriento que había proclamado como mío cuando en verdad era de mi hermana, junto a un televisor que me daba corriente cada vez que intentaba tocarlo... resultaban ser, en conjunto, un simple recordatorio de mi miseria.

Mi vida, junto con aquellas donas, se desmoronaba en mi interior causándome algún tipo de problema; fuera un mal gasto, una deuda o una mala idea.

Sentada en aquel sofá, sentía que mis inquietudes flotaban a mi alrededor acumulado como pequeñas partículas de polvo que infestaban el aire del



departamento, ensuciando mis pulmones y arruinando mi vida. Se elevaban como un ente espeso que no vivía más que para molestarme mientras que intentaba ahogar mis penas en donas y soledad.

Y ahí estaba, inconforme con los resultados de mi entrevista, vacía tanto por dentro como por fuera.

—¿Cómo te fue? me preguntó mi hermana al teléfono, que estaban a punto de cortar por falta de pago □ ¿Qué tal la entrevista?

Tenía cierto entusiasmo que llevaba de la mano con su forma de vivir; alegre, graciosa... ella era ese tipo de personas de la que siempre esperarías un gesto agradable o de amabilidad, una sonrisa; lo que fuera; y esa misma forma de ser no se había ausentado en aquella llamada.

—¡Vamos! Dime, cuéntamelo todo □ insistió.

Yo me había negado las primeras dos veces.

—No, no fue nada, luego te cuento □ vacilé □ Cuando te vea.

—No, cuéntame ahora, quiero saberlo todo. ¿qué te dijo? ¿Cuánto es la paga? ¿Cuándo empiezas?

Mi hermana menor no era precisamente la primera persona a la cual querría contarle lo que me había pasado, mucho menos que no conseguiría el trabajo ni porque me cogiera al jefe.

—Dijeron que me iban a llamar □ dije por fin.

—¿Qué te iban a llamar? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Pues con el teléfono o el móvil; no sé, cuando sea que lo hagan.

—No puedes esperar, tienes deudas qué pagar.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada, simplemente no puedo decidir por ellos.

—Pero, te van a llamar ¿verdad?

Valeria sonaba abrumada, podía sentir la preocupación en su voz eclipsando el anterior entusiasmo con el que hablaba. Quería poder decirle que todo iba a estar bien, que no se preocupara porque las cosas se iban a arreglar; pero yo sabía que no.

El sólo imaginarme cómo mi hermana se sentía inútil, me hacía sentir más inútil a mi. Valeria se había encargado de ayudarme por un tiempo pagando mi

renta, o postergando lo inevitable (como yo le decía), las deudas con mi tarjeta y demás; una ayuda sutil pero ralmente valiosa que no puedo dejar de agradecer. Yo sabía que ella quería ayudarme y el decirle que esta vez no podía hacer más nada, me rompía el corazón.

—Probablemente sí □ le mentí, ni siquiera sabía si aun me recordaban.

Emboqué una sonrisa, porque alguna vez leí que cuando sonríes tu voz suena diferente y no recuerdo en dónde, si era cierto o no, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que mi hermana se sintiera mejor.

—Ojalá pudieras venir a vivir aquí □ dijo, quebrándome más y más el corazón.

Valeria vivía en otro estado, a unos cientos de miles de kilómetros, abrumada por sus propios pagos, atendiendo a su familia e incapaz de poder darme el asilo ni la ayuda que tanto quería darme.

—No te preocupes, yo estaré bien ¿cómo están los enanos?

—Alicia está bien, jugando con sus videojuegos y Luciano está durmiendo; él también se encuentra bien □ en su voz pude notar que hizo el intento para tragar su frustración apoyando a mi cambio de tema.

—¿Cómo van en la escuela?

—Están de maravilla □ vaciló □ sí, les va muy bien. Alicia está sacando buenas notas, tienes muchos amigos, y consiguió ser capitana del equipo de soccer.

—¿En serio? pregunté entusiasmada □ ¡Vaya! ¡Que maravilla! aquella noticia se las arregló para hacerme mejor el día.

—Sí □ dijo Valeria, con una risa ahogada, quebrada; podía notar que estaba llorando. □ Sí, ha estado trabajando muy duro para hacer eso, y le gusta. Yo la apoyo □ me la imaginé mirándola desde le teléfono.

Probablemente estaba en su habitación, lejos de su hijo, pero en ese momento me la imaginé asomada en el borde de alguna pared, viéndola desde lejos, contemplando a su pequeña niña de once años que se distraía con sus juegos de video.

—¡Rayos, chica! ¡Eso es □ vacilé de alegría □ es asombroso! Ella es asombrosa. Estoy tan orgullosa de esa enana.

Por un segundo, la presencia espesa de mis problemas sencillamente desapareció. Era como si nunca hubieran estado ahí y le estuviera dando paso a la positividad, a las posibilidades buenas que me llevarían a un mejor lugar. Estaba sintiéndome bien conmigo misma porque, de algún modo, saber que a mi sobrina le iba bien, me hacía sentir que el mundo no era tan malo, a pesar de saber que evidentemente lo era.

—¿Cuándo te podemos ver? preguntó Valeria, luego de una pausa, haciendo parecer repentina su pregunta □ Los niños quieren ver a su tía favorita...

—Soy su única tía, Vale.

—Por eso mismo quieren verte. Ya hace más de dos años que no los ves ¿cuándo piensas que puedas verlos?

De repente apareció un silencio incomodo en la llamada. Sin ponernos de acuerdo, simplemente dejamos de hablar al mismo tiempo porque sabíamos a que nos llevaría esa conversación; a ese resultado en el que yo le contaba lo mucho que quería ir, pero no podía por diferentes causas, en el que ella insistía, en que discutíamos mi falta de administración, mis malas decisiones y mi (según ella) ferviente deseo de conseguir el trabajo, el hombre y la vida soñada en la capital mientras que ella hace lo imposible para mantener a dos niños por sí sola. Tanto lo habíamos tocado que ya ni ganas teníamos de hablar al respecto.

Pero esta vez había algo diferente, sabía que Valeria quería que habláramos de otra cosa, algo más reciente, eso por lo cual me llamó. Sabía que yo no le estaba diciendo todo, teníamos mucho tiempo conociéndonos.

—¿En serio no me vas a decir cómo te fue? preguntó, quebrando el silencio que se interponía entre nosotras.

A pesar de ser mi hermana menor, de haberla cuidado cuando mi madre o padre no podían, Valeria tenía esa forma de ser tan autoritaria y protectora con la que desea lo mejor para mi, portándose como mi mamá o algo parecido; y luego de que consiguió una relativa estabilidad económica, yo pasé a ser quien necesitaba de su apoyo, de su cuidado, etc., etc.

—Tienes que decírmelo, sino deberás venir para aquíy trabajar conmigo. Ya habíamos quedado en eso □ dijo con autoridad.

—Lo sé □ respondí como una niña regañada □ pero es que yo quiero...

—No Karen, no podemos estar en estas todo el tiempo.

—Pero yo no tengo culpa de que se hayan ido

—Esta vez □ dijo □ ¿y las otras? ¿qué pasó con los otros empleos? ¿Ah? ¿Qué fue lo que no hiciste que no tuvo nada que ver con tu despido?

Mascullé una queja ante su insistente manera de hablarme con tanta certeza.

—De todos modos, no voy a dejar de intentarlo, no he dejado de intentarlo desde que se fueron del país.

—Entonces, ¿me vas a decir qué fue lo que te dijeron en la entrevista? ¿Me dirás si realmente lograste conseguir el trabajo?

Suspiré; suspiré porque sabía que no podía encarar a mi hermana ni siquiera por teléfono, que no podría decirle que probablemente había arruinado mis posibilidades de trabajar con un tipo que me ofrecía más de lo que podría ganar en un año de arduo trabajo en sólo una semana. No quería contarle nada al respecto porque sabía que si lo hacía se molestaría conmigo.

—Valeria, no quiero hacer esto □ vacilé □ mejor hablamos en otro momento.

—Karen, espera.

—Lo siento. Te quiero mucho. Hasta luego.

Y le colgué. Aun tenía las donas en la caja, no había encendido el televisor y experimentaba cierto vacío en mi cuerpo como si acabara de hacer algo malo. No quería arruinar el resto del día ni las donas de despecho, así que simplemente me concentré en ellas.

Me desperté esa mañana concentrada en mis propios problemas. Saqué los pies de la rechinante cama en la que me había acostumbrado a dormir a pesar de lo incomoda que era, y levanté el resto de mi cuerpo con pereza. ¿Qué podía hacer ahora? Habían pasado días luego de aquella decepcionante entrevista, lo que contribuyó más en mi decepción al entender que, mientras más tiempo pasase, más significaba que no me iban a contratar.

Estuve esperando todo ese tiempo porque me dije que debería tener paciencia, que tal vez se habría retrasado en darme respuesta porque estaba liado o algo por el estilo; mientras no me dijeran «no te vamos a contratar» la batalla no estaría perdida, así que, como había estado haciendo los últimos días, cogí mi móvil para verificar si no tenía algún mensaje sorpresa.

Tomé aire por la nariz, todo lo que pude, recogiendo la fuerza necesaria para desbloquear el móvil y ver si había algo. Solté ese aire un suspiro enérgico.

—Es ahora o nunca, Karen □ me dije, con los ojos cerrados □ si no hay ningún mensaje, ya sabes lo que tienes que hacer. Levantarte de esta horrible cama y buscar trabajo en otro lado.

Traté de abrir los ojos, pero no lo hice, en cambio, los apreté más para no abrirlos.

—Vamos □ intenté motivarme □ no seas una cobarde. ¡Ya dije!, si no hay mensaje hoy, no seguiré esperando.

Mi voz decía una cosa, pero mi mente decía «pero». Un pero que rimaba con: ¿y si no me ha enviado un mensaje porque no tiene mi número? ¿y si consigo otro trabajo y luego nos llama y no podemos aceptarlo? Eran cosas que no decía, pero estaba totalmente segura que pensaba.

—Pero nada, Karen, tenemos que dejar de esperar. Si no nos ha enviado ningún mensaje, quiere decir que no nos quiere como su asistente. Así que, concéntrate. □ me dije.

Hablaba conmigo misma porque necesitaba llenarme de valor. Fingía tener una motivación que realmente no tenía y hablaba como si fuera realmente fuerte cuando en realidad, al igual que los últimos días, el corazón me palpitaba nerviosamente ante la expectativa. ¿Qué podría conseguir? ¿Una respuesta

negativa? ¿Nada? Mi instinto decía que me rindiera, que buscara otro empleo, pero mi absurda esperanza, dominada por el deseo de poder tener ese trabajo tan bien pagado (principal razón por la que me obligué a esperar por una respuesta) me decía que me había dicho que sí, que había considerado contratarme, que tuviera paciencia.

Así que, la batalla personal que estaba librando en mi interior entre hacerlo o no, llegó a su final con un: «sí lo haré», como resultado. Abrí mis ojos, puse el dedo índice en el botón de desbloqueo superior del móvil y lo apreté con fuerza, intentando hundirlo hasta el inframundo.

La primera vez no hizo nada.

—¿Qué demonios?

Pensé que podría estar dañado el botón, así que le di esta vez con la uña apretando justo en el centro.

—Ahora sí que me jodí □ dije, pensando en que se había dañado definitivamente.

Lo apreté una tercera vez, pero manteniendo el dedo puesto, esperando que se encendiera porque probablemente estaba apagado. Estuve haciendo eso por cinco minutos hasta que me resigné y abracé la posibilidad de que estuviera sin batería, así que lo conecté a la corriente para que se cargara mientras me preparaba para intentar buscar trabajo de nuevo. No me había resignado, pero, no podía esperar sentada semi desnuda viendo al vacío, debía hacer algo.

—Bueno, luego reviso □ me dije y caminé hasta el baño como si fuera una mujer completamente nueva.

Me detuve en frente del espejo y comencé a cepillarme el cabello y los dientes.

—Hoy es un nuevo día □ le dije a mi reflejo □ No te sientas mal.

Comencé mi rutina de belleza partiendo desde bañarme y terminando en vestirme con mis mejores prendas. Nada se las arreglaría para destruirme el día, ni siquiera un mensaje que nunca llegaría, o tal vez sí. En lo que mi rutina terminó, continué con mi protocolo matutino antes de salir.

No tenía más que cereal para desayunar así que me serví un plato completo con un poco de azúcar, leche y lo comí mientras veía televisión y esperaba a que mi móvil terminase de cargar. En lo que acabé mi primera comida del día,

me levanté, cogí el móvil sin encender y me aproximé hasta la puerta.

Me detuve en seco antes de colocar la llave en la ranura.

—Veamos □ dije, levantando la mano en la que tenía el móvil □ tal vez sí me respondió, tal vez si me envió un mensaje ayer y como estaba apagado no lo vi.

El corazón comenzó a palpitarme con fuerzas, estaba desesperada por saber la respuesta a mis dudas.

El aparato comenzó a encenderse, así que sólo esperé, con la mano puesta en posición, sosteniendo la llave para quitar el seguro y salir de ahí.

—Si hay un mensaje, me quedo, si no, salgo. □ dije.

Deseaba fervientemente que hubiera un mensaje.

El aparato continuó encendiéndose; no sabía si era porque estaba tardando en hacerlo como cosa rara o era mi impresión. En lo que pasó a la pantalla de bloqueo, me pidió desbloquearlo por lo que apreté la pantalla, colocando los números, pensando que, de haber un mensaje, habría llegado de una vez, pero aun no me había rendido.

Fue acercando lentamente la llave a la cerradura, notando que no tenía señal, así que me moví un poco para adelante, más cerca de la puerta y, con una sutil rayita, esperé varios segundos a que el móvil reaccionara.

—Sí me mandó una respuesta, yo lo sé □ dije □ lo sé.

No importaba qué tipo de mensaje llegase, sí venía de él, todo habría valido la pena. Y, efectivamente, la espera no fue en vano.

El móvil sonó, obligándome a experimentar un palpito salvaje e intenso que hizo que todo lo demás órganos en mi cuerpo se inquietasen. Desenfocué mi mirada para no leer de inmediato lo que decía la notificación, a pesar de saber que eventualmente debería enfocar la pantalla para enterarme de lo que había sucedido.

—Oh, mierda... dije, esquivando las letras.

Luego de obligarme a mi misma a ver, noté que el mensaje era un aviso de mi buzón de voz.

—Rayos, rayos. Es un mensaje de voz □ dije □ ¿y si es de él?

No sabía qué pensar, ¿qué habría sido tan importante como para hacer una llamada y dejar un mensaje? Eso me motivó a hacer lo necesario para ingresar a mi buzón y revisar. Mientras lo hacía, pensaba en todas las cosas que podían decirme, en lo que podría significar eso... estaba inquieta, entusiasmada; experimentaba diferentes sensaciones que simplemente no podía controlar, que demostraban lo nerviosa que estaba.

En lo que entré en la opción para escuchar los mensajes, la espera me tenía desesperada.

—Vamos, vamos □ le dije al vacío, queriendo escuchar de una vez el mensaje de voz.

Luego de un silencio en la grabación, consiente de que estaba escuchando el ruido del fondo de la llamada que habían hecho, comencé a inquietarme aun más. Tenía las dos manos sosteniendo el móvil como si fuera necesario para escuchar mejor, como si necesitara sostenerlo para que no se cayera o algo. Estaba desesperada por saber qué decía.

—Señorita Karen □ en lo que escuché esa forma de decir mi nombre, supe de inmediato de qué se trataba, por lo que dejé escapar un grito de euforia □ espero que escuche este mensaje a tiempo. He estado llamándola a su casa desde ayer pero no he podido contactarla. Traté de llamarla varias veces a su móvil, pero tampoco respondía así que luego de un breve tiempo de espera, decidí dejarle un mensaje. En lo que pueda, acérquese a mi oficina para explicarle de que va todo. Hasta pronto.

De nuevo, grité llena de entusiasmo.



## Segunda parte

### 5

Entré en el edificio que le pertenecía enteramente a él. Era algo irreal porque sentía que le detallaba todo por primera vez. Los acabados de las paredes, el suelo brillante, los adornos con su nombre y sus iniciales. Me parecía absurdo que no pudiera contratar a todos los que estaban en aquella entrevista días atrás, teniendo tanto espacio a su disposición.

Sonreía como una estúpida mirando todo a mi alrededor, mientras me acercaba lentamente a la recepción, pero sin intención de detenerme allí.

—Buenos días, ¿en qué la puedo ayudar? preguntó la recepcionista.

Yo hice caso omiso a sus palabras, concentrada por completo en mi entorno ¿ahí iba a trabajar de ahora en adelante? Me dije, olvidando por completo el trabajo al que me había postulado realmente.

Caminé con descuido, yendo directo a los elevadores porque ya conocía el camino hacía su oficina.

—¿Señorita? ¿Puedo ayudarla en algo? repitió la recepcionista.

Me detuve, me devolví y acerqué a su posición. Esta vez reaccioné ante sus palabras, por lo que comencé a parecer interesada cuando en realidad sólo quería ir a ver a John de una vez.

—Eh, sí. Estoy aquí porque el señor John Finman pidió que viniera.

—¿Tiene cita? preguntó la recepcionista como si no hubiera escuchado lo que dije. La odié de inmediato.

—Dije que el señor Finman me pidió que viniera dije de cierta forma intensa que me hizo sentir como una persona odiosa. Sin saberlo aun, presentí que se lo merecía.

—Entiendo, pero si no tiene cita no la puedo dejar pasar. ¿Me entiende usted a mi? dijo.

La recepcionista hablaba de tal forma que parecía un ser desalmado y desinteresado. Sus palabras sólo expresaban una manera mecánica de comunicarse, sin sentimientos, sin intención de ser empática. Lo que más me molestó de escucharla era su sonrisa fingida, era tan perfectamente hecha que

cualquiera sabría que es falsa.

Me hablaba con los ojos cerrados, como si no quisiera verme, sin borrar esa estúpida sonrisa de su rostro.

—Si no tiene cita confirmada, por favor espere en los asientos de allá □ dijo, señalando el área de espera a atrás de mi. □ y en lo que haya algún cambio, se lo haremos saber.

—El señor John me llamó para decirme que me quería ver aquí. Debo estar anotada por algún lugar.

—¿Anotada? preguntó la recepcionista sin quitar su maldita sonrisa forzada □ no hemos anotado nada del señor Finman el día de hoy, señorita... alargó el sonido de la última sílaba de esa palabra para luego hacer una pausa atorrante □ ¿cómo se llama?

—Me llamo Karen Kelson □ dije, asomándome por encima del mostrador para ver si estaba revisando.

Sin quitarme la mirada, comenzó a mover sus dedos. Parecía una maldita máquina sin sentimientos y el sólo verla me daba náuseas. Para cuando terminó de escribir mi nombre, bajó la mirada por un momento, leyó algo y luego la subió.

—Señorita Kelson, me temo que no la estamos esperando hoy. Estuvimos esperándola el día lunes y hoy es miércoles.

En lo que escuché la forma en que resaltó lo obvio, tuve que ignorar mi impulso de golpearla. Respiré profundo para luego hablar.

—Pero el señor Finman me dijo que viniera en lo que recibiera su mensaje, y lo recibí...

—Si no tiene cita, por favor espere en los asientos de allá. Haré lo posible para avisarle al señor Finman que está aquí y él me dirá qué hacer.

—Pero no es mejor que...

—Buenos días, J. Finman Enterprise, ¿en qué puedo ayudarle? dijo la recepcionista, interrumpiendo nuestra conversación para hablar por el auricular que tenía sujeto a su oreja derecha.

Tuve que aguantar las ganas de darle una bofetada con el puño cerrado para ver si sentía dolor; ahogué un grito de rabia, respiré profundo, miré a mi

alrededor para saber si nadie me vio hacer el ridículo y me resigné. Duré aproximadamente un minuto parada en frente de aquella estúpida recepcionista esperando a que terminara de hablar. No me veía mientras que atendía su llamada, así que luego de un rato, simplemente me cansé de verla y me di media vuelta para ir a sentarme en donde me había dicho.

Por lo menos □ pensé en ese momento □ había aceptado que John me había llamado, así que la mitad del camino estaba recorrido. Sólo faltaba que llamase a John, le explicara que estaba aquí y pronto comenzaría a ganar cien mil dólares la semana. El concebir esa idea mientras caminaba hacía los asientos dispuesto en el área de espera, me hizo olvidar por un momento la ridícula forma de ser de aquella recepcionista.

—Señorita Kelson dijo la recepcionista, con un tono de voz melódico, como si estuviera cantando mi nombre con tanta arrogancia, frustrando mi camino hasta el área de espera.

Respiré profundo, soltando mi frustración entera en un suspiro de descontento e infelicidad. Me di la vuelta fingiendo una sonrisa y la miré desde donde estaba (justo entre los asientos y ella. Ni muy cerca del área de espera o de la recepción) y respondí de la forma más cordial que pude escenificar sin insultarla o gritarle.

Creo que parte de ese odio era injustificado, pero, desde ese día, no ha hecho más que darme mala espina; así que no me arrepiento de odiarla desde el día uno.

—¿Sí? le pregunté, sin poder tolerar más su presencia aun así estando muy lejos de mi.

—El señor John está esperándola en su oficina.

Aquel mensaje llegó más rápido que la luz. En lo que escuché «el», de inmediato comencé a caminar dirigiéndome a los elevadores. En lo que pasé al lado de la recepcionista, la miré, fingiendo una risa forzada y una cara de agradecimiento que no sentía y le hablé:

—Muchas gracias □ dije de forma vacía.

Su oficina se encontraba en el último piso de aquel edificio, así que me tocaría esperar un poco. El elevador era ridículamente rápido, así que no tardé mucho en llegar, como uno o dos minutos. Antes de darme cuenta, ya estaba camino a su despacho, mirándolo todo con otros ojos.

El lugar está distribuido de tal forma que en ese instante me dio la impresión de que había sido hecho para parecer un espacio diferente cada vez que entrabas en él.

Se empieza con la puerta principal de vidrio justo en frente de los elevadores, unos sofás grandes dispuesto en la pared uno frente del otro, en una sala en donde se encontraba la segunda recepción que veía en aquel edificio, con una pared principal en todo el medio del lugar con el logo de la empresa que consistía de las iniciales del señor John Finman (al igual que en la recepción en planta) tan grande que era imposible no verlo, separaba la sala de espera de un pasillo que daba a la oficina del señor John.

J. Finman Enterprise (JFE).

La primera vez que estuve allí (disgustada por la forma tan egocéntrica del hombre de ponerle su nombre a su empresa), no esperaba volver a entrar como alguien quien compartiría, desde ese punto de mi vida en adelante, con él mucho tiempo.

Luego de leer aquel inmenso logo, se pasa a la sala de espera.

Aquel increíble lugar, tan cómodo como si se tratara de un sitio único para los grandes empresarios del mundo (porque ahí sólo van personas importantes; no todos gozaban del privilegio de decir que tienen una cita directa con el señor John), es evidencia suficiente para ver que mi nuevo jefe sabe cómo gastar su dinero. Sus adornos de primera clase, su perfecta iluminación, ese aroma de lugar de gente rica y asientos de piel realmente cómodos dispuestos para quienes puedan tener el placer de estar ahí, se veían diferente en ese momento porque estaba prácticamente vacío (estado en que se encontraba parte del tiempo).

Luego de ello, nos encontramos con una pared en la cual hay un par de puertas inmensas que dan al despacho del señor John que, por sí sólo, es inmenso.

Era algo completamente irreal. Pensé que estaba soñando, pasé a la sala de espera y caminé directo a aquel par inmenso, e intenso, de puertas, hasta que mi nuevo trabajo me despertó con un cubo de agua helada.

—Tú debes ser Karen □ dijo una chica con un auricular en la oreja derecha y una Tablet en la mano □ mucho gusto.

Hablaba con tanta rapidez que sólo se podía comparar con la forma en que movía sus pies por el lugar. Apareció de repente de ningún lado sin avisar.

Miré a mi alrededor para buscar algún escondite del que pudiera haber salido, pero no lo encontré.

Inmediatamente se acercó, comenzó a arremeterme con información. Parecía una masacre en un campo de guerra. Ella siendo el enemigo favorecido con la mayor cantidad de balas y yo el que sólo recibía cada impacto como una ráfaga imparable de detalles.

—De ahora en adelante serás la asistente del señor John, por lo que deberás tener esto □ sacó un móvil del bolsillo de su chaqueta □ es tu nueva biblia; la deberás llevar para todos lados. Será tu agenda de contactos, tu bloc de notas, tu GPS, tu reloj... todo lo que necesites que sea.

La secretaria de John dejó de caminar antes de llegar a la puerta y me detuvo con ella.

—Aquí tienes unos auriculares inalámbricos para que los puedas usar para hablar por teléfono, escuchar música, anotar las cosas que necesites y no arruinen tu look □ continuó diciendo □ de ahora en adelante deberás estar dispuesta únicamente para el señor John, a toda hora, a todo momento, en todo lugar. No sólo serás su asistente así que prepárate para lo que sea.

—¿Cómo que no sólo seré su... traté de preguntar, pero hablaba tan rápido que no me dio tiempo de hacerlo.

—Absorberás parte de mis responsabilidades como secretaria, así que deberás tener conocimiento de todos sus negocios, de sus reuniones y todo lo que tenga que ver con su participación en esta empresa.

—Pero...

—El señor John necesita que su asistente sepa todo lo que pueda de él así que concéntrate.

La secretaria tomo aire, dándome la impresión de que iba a hablar más rápido aun, y, dicho y hecho, comenzó con su explicación:

—John se despierta todos los días a las ocho de la mañana. Le preparan su desayuno exactamente una hora después así que deberás estar lista en la cocina antes de eso □ explicó □ Lleva a su hijo al colegio sin demora y sin falta y siempre lo despide en la puerta de su salón como todo gran padre.

Cada palabra que decía se entendía perfectamente a pesar de lo rápido que hablaba. Claro, no era como que eran diez palabras por segundo, sino que era

obvio que no le gustaba perder el tiempo. Lo más gracioso de todo ello, fue verla hacer una pausa para continuar hablando.

Tomaba aire como si fuera a sumergirse en el agua. No sé si era porque no quería olvidarse de lo que iba a decir (aunque no era el tipo de información que creía que pudiera olvidar) o porque realmente le faltaba el aire, pero era muy gracioso verla hacerlo.

—Viene todos los días para la empresa y se queda en un lapso de tres horas o más, dependiendo de lo que se presente en el día □ continuó □ Los fines de semana sólo viene por media hora y pasa el resto del día con su pequeño. Deberás tener acceso a todos sus vehículos por lo que señaló el aparato con el dedo de la mano □ , en el móvil, tienes el código de acceso a las llaves de todos esos coches; son veinte en total.

—Mierda □ dije, entre un murmullo y una exclamación muy obvia y desagradable.

Haciendo caso omiso a mi palabra malsonante, metió su mano en el bolsillo izquierdo y sacó un juego de llaves que luego procedió a describir.

—Aquí tienes las llaves de su departamento en Nueva York, de su casa de verano, de su residencia aquí en la ciudad y de su oficina □ dijo mientras me entregaba el juego de llaves □ deberás aprender todo lo que puedas del negocio así que tienes anexado en el móvil que te di una serie de documentos que te ayudaran a entender de manera rápida y sencilla todo lo que debes saber.

—¿Debo administrar la empresa también? dije con cierto sarcasmo, riéndome sutilmente después, porque creí que lo había tomado como tal.

—Si se presenta la ocasión, es posible □ respondió la secretaria con tanta seguridad que de inmediato me borró la sonrisa del rostro. □ Así que □ y continuó hablando □ por ahora, eso es todo □ vaciló □ creo.

Bajó la mirada y se vio los dedos de la mano. Sostuvo la Tablet con su brazo y su pecho para comenzar a hacer un ejercicio de gimnasia cerebral. Se quedó haciendo eso por varios segundos y luego regresó la vista hacía mi.

—Sí, al parecer es todo lo que necesitas saber por ahora □ dijo con completa seguridad.

—Entonces ¿no dirás más nada? pregunté, conmocionada por tanta

información.

La secretaria cerró los ojos y amplió su sonrisa.

—No, más nada, ya estás lista para ver al señor John.

Yo continuaba escuchándole. Luego de aquella afirmación, mi atención se perdió por completo y descuidé lo que ella me estaba diciendo. Esa chica no me pareció el tipo de persona que desperdiciara palabras, por lo que entendí que lo que me había dicho era sumamente importante.

La inquietud me comenzó a dominar cuando deduje que no había prestado toda la atención adecuada, que no recordaba cada una de las palabras que me decía y eso, a su manera, me hizo preocupar de forma salvaje. ¡Incluso en el momento en que me hablaba no estaba prestándole atención! De inmediato supe que estaba jodida.

La miré, estando yo, completamente aterrada, y detallé lo que estaba pasando: esa secretaria tenía una vida en la que se dedicaba a atender a John (si no ¿cómo sabía todo eso?) siendo sólo eso, su secretaria, no su asistente... ¿qué podría esperarme a mi?

«Una secretaria no es lo mismo que una asistente» Esas fueron más o menos las palabras que me dijo John. Recuerdo que pensé: ¿en qué lío me he metido ahora?

De repente, hizo una pausa. Hubo un silencio notable lo que interrumpió mi meditación.

—Lo sé □ dijo, como si supiera lo que estaba pensando. □ He estado ahí.

—¿Ahí dónde? pregunté a la defensiva. Me sentí invadida.

¿En mi posición? ¿Estar aterrada? ¿Estar a punto de dedicar todo tú día en un completo extraño? ¿En hacer cosas que podrían ser considerados como explotación?

—En ese lado de esta explicación □ dijo con entereza □ Todo esto puede ser un poco difícil de digerir para cualquiera.

—¿Tú dices?

Su forma agitada de hablar fue cambiando por completo. Ya no estaba escuchando a una chica que hablaba apresuradamente, que escupía las palabras como un parlamento memorizado que necesitaba decir o sino su vida

corría riesgo de terminar. Era diferente; mejor.

—Sí. Te entiendo perfectamente □ dijo □ esa es la mirada que yo puse también.

—¿Cuál? pestañeé y luego me pasé las manos por los ojos como si fuera posible borrar la cara de estúpida que tenía □ no tengo ninguna.

Traté de sonreír, de parecer segura. Tal vez si le decía que estaba aterrada no me considerarían para el puesto. Definitivamente estaba nerviosa.

—¿Has trabajado como la asistente de John? pregunté.

—¿Yo? No, para nada □ afirmó □ en parte, realmente sólo soy su secretaria. Me encargo únicamente de imprimir sus documentos y de atender sus llamadas, pero, eso no ha evitado que me pida una que otra cosa.

Aquella afirmación me llevó a suponer lo más obvio.

—¿Eso quiere decir que yo? dije, dejando en claro lo que quería dar a entender.

—Puede ser, no te prometo nada, pero, es posible.

—¿Prometerme? ¿Acaso es bueno?

En ese momento, la chica simplemente me respondió con una sonrisa. Me dio la espalda para acercarse a la puerta y, antes de empujarla para abrirla de una forma muy dramática y teatral, giró su cabeza y agregó:

—Un poco de trabajo adicional simboliza un pago muy jugoso.

Y abrió ambas puertas empujándolas simultáneamente. Se giró para ver en su interior y, antes de seguir, podría jurar que, en lo que lo hizo, una especie de luz extremadamente brillante delineó su cuerpo como si se tratara el halo de un ángel. Creo que John tenía las ventanas descubiertas.

—Tenlo en cuenta □ dijo la secretaria apartándose del medio y mirándome rápidamente.

Antes de que mi mirada se acostumbrara al brillo de aquel lugar, una voz familiar me dio la bienvenida.

—Señorita Karen □ escuché decir en el interior □ por fin llega.



—No creí que fuera a venir, señorita Karen, no después de tantas llamadas □ dijo John, ya solos, luego de que la secretaria cerrara la puerta para darnos privacidad.

—Estoy agradecida de que me halla tomado en cuenta, señor Finman. Estoy realmente entusiasmada por trabajar con usted, no sabe lo mucho que me emociona poder ser su asistente y yo estoy aquí, súper lista para empezar de una vez.

Hablaba como una desquiciada. No tenía ni un poco de sentido lo que decía, sólo lo hice y no recuerdo muy bien qué me motivó siquiera a abrir la boca

—Vaya, si que tienes energía □ dijo John, con un vaso de whiskey en la mano. Se rio un poco y continuó □ ¿estas bien?

John estaba parado detrás de su escritorio. No llevaba su saco, sólo se podía ver su camisa, su corbata y su chaleco. Tenía una mano en el bolsillo que lo hacía ver realmente calmado, atractivo; un empresario que lleva la vida con calma. Era como esos de película.

—¿Yo? miré a mi alrededor para saber si estaba hablando conmigo.

Lo sabía, claro que estaba hablando conmigo, pero estaba muy nerviosa para pensar claramente.

—¡Claro que estoy bien! exclame un poco; lo más extraño es que John parecía encantado; eso me desconcertó más □ Estoy de maravilla. Estoy feliz, llena de energías. No sabe lo mucho que quería este trabajo. Y ahora que lo tengo ¡vaya! Sí que me hace feliz.

—Me alegra mucho □ tomó un sorbo de su vaso □ siéntate, por favor, tenemos mucho de que hablar.

Reaccioné a los segundos y caminé hasta las sillas que estaban en frente de su escritorio. En lo que me senté, él hizo lo mismo.

—De nuevo □ no podía controlar mis palabras □ realmente estoy agradecida por que me haya contratado.

Cualquiera se habría obstinado rápidamente de mi necesidad. No dejaba de agradecerle que me hubiera contratado. De haber estado en su posición, me

habría despedido.

—No es para tanto, sólo es un trabajo □ dijo con una sonrisa despreocupada dibujada en el rostro. Creo que no entendía mi posición □ además, si no hubieras venido hoy, habríamos llamado a otro.

—Lo sé, lo sé. Y estoy agradecida de que haya esperado por mi. No sabe lo mucho que estoy

—¿Agradecida? me interrumpió y luego soltó una risa □ sí, creo que estoy llegando a entenderlo un poco.

Sabía que estaba hablando de más, pero no podía dejar de hacerlo. John es extremadamente paciente.

—Lo siento □ me disculpe, amainando un poco mi entusiasmo.

—Descuida □ le quitó importancia a mi preocupación para luego reírse de nuevo.

El hombre severo e imperturbable que conocí en la entrevista se había ido. Una sonrisa iluminaba de forma agradable su rostro.

—No hay problema, no tiene nada de malo que estés entusiasmada ¿sabes? Supongo que tiene sentido que lo estés □ bebió de nuevo de su bebida.

Al tragar, hizo un sonido con su boca como si estuviera saciando su sed de licor, tomó aire e hizo un movimiento corto con la cabeza hacia un lado.

—Sí... agregó luego de todo eso, con los ojos fijos en su escritorio □ si que lo entiendo.

La forma en que lo dijo me dejó la impresión de que no estaba hablando conmigo. Luego, simplemente hizo silencio. No decía nada, no apartaba su mirada de su escritorio y parecía que había entrado en una especie de trance. Yo me quede viéndolo, un poco insegura para mi gusto.

John estaba tan sumido en su pensamiento que comencé a mirar a mi alrededor para detallar aquella oficina en la que a penas y había estado dos veces hasta ese momento. Tenía como una especie de área de estar, tenía un estante atrás de él con varios libros, fotos, unos coches de juguete de colección, adornos y una que otra escultura. La mitad de las paredes de aquel lugar eran de vidrio y daban una espectacular vista a la ciudad. No había notado eso la primera vez porque cuando fui hasta allá todo estaba cerrado por una pantalla que lo

tapaba todo.

Tenía un mini bar, una gran alfombra en el medio de la oficina que dividía una parte del suelo entre el escritorio y la entrada como si necesitaran ocupar ese espacio para algo importante. La otra mitad de las paredes que no eran de vidrio blindado, estaban pintadas de un suave gris pastel que le confería seriedad al lugar, con un gran televisor de pantalla plana curva que estaba encendido, pero en silencio.

—Y... dije de repente, evaluando aun su oficina □ ¿de qué quiere hablar? pregunté, sin mirarle, por miedo a ser reprendida con la mirada.

Quería romper el hielo entre los dos.

—¿Ah? preguntó, entrando en sí.

—Que, de qué quiere hablar □ le dije.

—Oh sí, eso □ exclamó □ sí □ dejó el vaso sobre su escritorio y se acercó más al mismo, arrastrando la silla □ pues quiero conocerla mejor, señorita Karen.

—¿Conocerme mejor?

—¡Claro! exclamó entusiasmado □ Bueno, mejor dicho: quiero que nos conozcamos mejor. Quiero saberlo todo de usted y que usted sepa todo de mí. ¿Vale? Creo que sería un trato justo ahora que compartiremos tanto tiempo.

—Bueno, sí, tiene sentido para mí.

—¡Perfecto entonces! vociferó entusiasmado □ ¿Por donde comenzamos?

Su pregunta me atravesó como si fuera un holograma. No sabía qué decirle. ¿cómo se supone que sabría cómo comenzar?

—Este... no sé. ¿Qué quiere que le diga? le pregunté, un poco insegura

—No lo sé, lo que tú quieras. Quiero conocerte mejor.

—Bueno, mi nombre es Karen, soy una mexicana-americana...

—Vaya, mexicana, eso no lo leí en tu currículo. Kelson, no sabía que ese era un apellido mexicano.

—No lo es. Mi madre es mexicana, mi padre es estadounidense.

—Tiene sentido.

—Sí □ asentí, perdida un poco con aquella conversación.

—Bueno, mi nombre es John Finman, soy un orgulloso hombre español... mi padre también es estadounidense, así que por ello estoy nacionalizado en este país ¿Qué casualidad? ¿No? Los dos somos de ascendencia hispana.

—Sí.

—¿Hablas español?

Algo que es importante acotar es que, durante todo ese tiempo, estuvimos hablando en inglés. Durante el tiempo que transcurre aquí, pocas eran las veces que hablábamos español los dos. Yo estaba familiarizada con el idioma gracias a mi madre y al resto de mi familia.

—Sí. Es mi lengua materna. Mi madre quería que mi hermana y yo habláramos español como si hubiéramos sido criadas en México, así que crecí en una casa bilingüe.

—Pues, supongo que es un requisito, porque a mi me hicieron lo mismo.

—¿Le obligaban a hablar español en casa y a tener un perfecto inglés afuera para que no se notara que tenías acento, pero de todos modos hablaba con acento español cuando querías parecer de tu país? me dejé llevar, tal vez eran demasiadas coincidencias.

—Eh □ se rio, no habiendo esperado mi respuesta tan detallada □ no. Tuve que pasar parte de mi infancia en España para poder hablar perfectamente el español. Así que saltábamos de España a Estados Unidos constantemente para no perder la práctica de ninguno de los dos idiomas.

John me miraba fijamente a los ojos, hablando con completa calma. Su mirada me perturbaba, me hacía sentir realmente tonta porque era tan perfecta, tan iluminada. Lo hacía a propósito, sé que me miraba con esos ojos suyos porque sabía que me encantaba que lo hiciera.

En ese entonces no estaba muy segura de si era que estaba siendo controlada por su atractivo o realmente me traía loca, no lo sé. Lo que sí sé, es que sus ojos son maravillosos, simples, un par de pupilas oscuras, pero maravillosos. Ese negro azabache le daba a su mirada una profundidad intensa.

—Pero mi padre me obligaba a hablar el inglés en casa, así que técnicamente tuvimos la misma infancia, se podría decir □ agregó.

—Bueno, si lo vemos de esa forma □ respondí, con una sonrisa nerviosa.

Poco a poco, la tensión que yo misma me estaba imponiendo se aligeraba. Ganaba terreno en aquella conversación al integrarme a mi modo, a decir las cosas que pensaba, al no dejar que mis sentimientos me controlasen. No quería sonar como una estúpida, quería poder dar una buena impresión de mi misma.

—¿Y qué más? ¿A qué querrías dedicarte? preguntó como si no hubiera leído mi currículum.

—Soy cineasta.

—Bien, bien ¿y qué haces con eso?

—Bueno, la verdad, no yo, en este momento, no hago mucho □ respondí □ luego de graduarme no conseguí trabajo que me ayudara a mantenerme así que luego de unas cuantas semanas, simplemente comencé a trabajar como asistente.

—Ahora te tenemos aquí □ dijo con júbilo.

—Ahora heme aquí □ repetí.

Yo quería hacerle preguntas a él, saber más al respecto. Ese hombre unilateral, feliz, millonario y atractivo que se veía en las redes sociales, no me era suficiente, quería ver más al hombre que estaba detrás de esa sonrisa de niño perfecto.

—Bueno, yo dejé la universidad para buscar una vida como millonario así que heme aquí.

—Es una historia bastante sencilla.

—Sí, me considero un hombre sencillo; humilde □ resaltó □ mejor dicho.

—Y ¿cómo se hizo tan millonario? pregunté □ si puedo saber, claro.

—Claro que puedes saber □ dijo John □ de hecho, es bueno que preguntes.

—¿Por qué?

—Bueno, porque así puedes saber qué hice para llegar hasta donde estoy ahora.

—¿Dejar la universidad y trabajar duro hasta ser millonario?

—Más o menos. Se podría decir que sí □ dijo con modestia □ pero no es tan

simple.

—Entonces no es sólo un joven millonario que dejó la universidad y ahora es un importante empresario.

—Soy mucho más de lo que ves □ lo dijo con un tono misterioso que me dibujó una sonrisa en el rostro □ hay mucho más debajo de este manto de éxitos y belleza.

Se rio, yo me reí con él. Estábamos entrando en calor.

—Todo lo que hice fue invertir en las cosas adecuadas, apostar en grande sin miedo a perderlo todo. El tiempo supo recompensarme y ahora, heme aquí. Logré crear una compañía multimillonaria de la nada, tengo dinero en diferentes monedas tanto reales como digitales y estoy apuntando al éxito todavía □ expuso John.

—Ojala hubiera hecho lo mismo que hizo usted, tal vez estaría en una mejor posición ahora □ dije con un poco de nostalgia □ tal vez debí prestar más atención.

—Ciertamente. Tal vez habría tenido una mejor vida de la que tiene ahora □ John me hablaba con un tono de voz amigable. Sonaba como un hombre muy experimentado hablando de cosas importantes □ aunque no creo que esté tan mal.

Suspiré al mismo tiempo que me quejaba con un sonido nasal. Claro, sí, seguro no sabía lo que era estar mal.

—Si usted lo dice □ dije con sarcasmo, sin dejarme convencer con sus palabras positivas.

Pero John no se quedó con esa. Me miró como si lo estuviera retando a ver quien sabía más de vidas deprimentes.

—Veamos, cuénteme ¿qué tan mal esta entonces? inquirió.

Se veía motivado a una conversación que se estableció por sí sola.

—¿Qué quiere que le diga? me había dado cuenta de inmediato de su intención, traté de esconder mis ganas de hacer lo mismo.

—Veamos, cuénteme qué tan mal está a ver si no sé nada al respecto.

—Yo no dije eso □ salté, sintiendo que mal interpretó mis palabras. Tal vez se había ofendido, no quería que se ofendiera, o que pusiera palabras en mi boca

que no había dicho.

—Pero lo pensó, señorita Karen. Por lo que me gustaría saber qué tipo de vida miserable tiene. Ahora en adelante trabajará para mi, así que no tiene por qué sentirse apresada por ese estilo de vida. Con lo que va a ganar, no verá de nuevo para atrás.

John me miraba con calma. Estaba segura de que estaba molesto a pesar de que no lo parecía. Era difícil saberlo porque no lo conocía, pero estaba segura de que sí, lo que me hizo perder esa confianza con la que había estado hablando segundos atrás.

—Este...

—Vamos □ me interrumpió □ no se preocupe, no voy a decir nada al respecto. Puede confiar plenamente en mi.

—No es eso, es que... honestamente trataba de hablar, por fortuna, John me interrumpía.

—¿Qué? John no me dejaba terminar de hablar cuando ya hacía otra pregunta □ ¿no le gusta hablar al respecto?

—No, eso no es...

—¿Entonces? de nuevo me interrumpió.

A pesar de ser repetitivo y constante, no había cruzado la línea de lo atorrante y molesto. Lo hacía con completa naturaleza, de hecho, si no me interrumpiese, seguro me habría quedado pensando en lo que diría luego de eso porque no sabía exactamente qué responder porque estaba nerviosa.

—¿No está molesto? dije, cerrando los ojos como si estuviera esperando un golpe inminente.

John simplemente se rio.

—¿Molesto? otra carcajada □ ¿Para qué habría de estar molesto? ¿Por qué lo dices?

—Es que... vacilé. Reconsideraré lo que diría; él tenía razón, no había motivos reales para que se molestara; yo estaba sobre reaccionando □ sí, tiene razón □ respiré profundo y lo miré a los ojos □ Olvídelo.

—Vale □ John sabía cuándo hacer preguntas y cuándo no. No insistió más en el tema. □ Entonces, vamos, cuéntame qué tan mal estás.

—Bueno, vivo en un departamento rentado, con pocos muebles en casa que realmente no son míos, no tengo mucho de qué comer; el día que nos conocimos gasté lo poco que tenía en una caja de donas y me quedé sin dinero. No he comido nada saludable en los últimos días y de hecho, creo que hoy no voy a almorzar □ traté de sonar lo más deprimente posible. La intención era demostrar que él no sabía lo que era pasar trabajo.

Me quedé en silencio, como si ya hubiera terminado, así que John iba a comenzar a hablar hasta que lo interrumpí.

—Oh, oh □ interpele en lo que le vi la intención de seguir hablando. Había recordado algo □ he buscado trabajos de lo que sea por doquier porque estoy en bancarrota y, de hecho, si no usted no me llamaba, iba a considerar buscar cualquier tipo de trabajo desagradable con tal de tener comida en mi boca. □ lo miré fijamente a los ojos y suspiré, habiendo acabado mi caso.

John levantó las cejas buscando su turno para hablar. Era como que dijera ¿ahora sí? Pero con una sonrisa en el rostro. ¡Todo lo hacía con una sonrisa en el rostro! Ya fuera pedirme un café, que le apartara una cita, que llamara a una de las mujeres con las que se acostaba, que le hiciera de comer, que le dijera cómo vestirse. Parecía que tenía una sonrisa para todo, cada una única. Esta, era como una especie de testimonio; servía para hacer preguntas, para reírse de algo que otros consideraran serio, pero sin ser ofensivo. Era como un semi arco dibujado que te decía: buenas noches, pero a la vez te mandaba al demonio; ciertos rasgos de confusión que sólo notabas si entendías el contexto... en fin, era una de sus sonrisas con significado.

—Bueno, parece una vida bastante desagradable.

—Sí, y no sabe lo que es vivir en un país tercermundista.

—¿Tú sí? me retó con su pregunta.

—No □ respondí, segura pero un poco aturdida □ pero no es nada comparado a esto.

—Eso tiene sentido para mi □ dijo con total confianza. No me hizo dudar siquiera si estaba diciendo la verdad o no.

—Mi punto es que puede que no sepa lo que es vivir mal.

—Tal vez no haya vivido en un país tercermundista.

—Sí □ dije, segura de que no iba a tener nada para ganar la discusión.



Esa discusión se había vuelto una batalla de los sexos. Quien dijera el testimonio más desagradable, sería quien determinaría quien tendría la vida más triste, y, por lo tanto, le daría ventaja sobre el otro. No sabía si él lo veía de esa forma, pero, en definitiva, yo sí.

—Bueno, la verdad, es que no nací en un país tercermundista, y ahora no vivo así cómo usted. Pero sí sé lo que es pasar hambre. Antes de ser millonario, antes de que todo en mi vida se ordenara; había veces en las que tenía que decidir si comer o hoy o mañana. No tenía muebles ni podía pagar una renta.

Con esas palabras hizo dos cosas: ganarme de inmediato, y hacerme sentir como una estúpida.

—Yo...

Yo he estado dejando de comer, sí, una que otra vez, pero de todos modos no dejaba de hacerlo. Mi hermana me mandaba un poco de dinero que me servía para comprar comida en la calle.

—Tal vez te preguntes por qué estuve en esa condición. Bueno, les había pedido a mis padres estudiar en América y así surgir como un gran millonario con el sueño americano que mi padre tanto contaba, pero, por desgracia, no fui lo suficientemente bueno. □ Su historia se hacía cada vez más deprimente □ Durante ese tiempo mis padres creían que yo estaba estudiando cuando en realidad había usado el dinero de mi universidad para comprar monedas virtuales que en ese momento no valían nada. Esa fue mi primera apuesta riesgosa.

—Oh... ya me estaba sintiendo como una estúpida. □ ¿Y qué hizo entonces? ¿Sus padres nunca se enteraron? ¿Por qué simplemente no les pidió ayuda para comer, por lo menos?

—Porque soy un hombre orgulloso, señorita Karen, y no me gusta mendigar. Así que con lo poco que me mandaban para mis gastos universitarios, comparaba comida instantánea y buscaba como cocinarla. No tenía amigos ni conocía nadie aquí...

—Vale, vale... no quería escuchar más, ya me había vencido □ Usted gana, si sabe lo que es estar mal. Lo siento. No quise parecer una tonta.

John simplemente se rio, de nuevo, como si fuera algo gracioso. Por la forma en que soltó su carcajada, me hizo creer que diría que no era cierto, que estaba jugando conmigo, pero me equivoqué. Sí, su historia era cierta, no se había

reído por eso.

—No estoy queriendo decir que su vida no sea difícil, señorita Karen. Estar desempleado por tanto tiempo no es nada bueno. Creo que, en parte, por eso la contraté. Usted no es una mujer joven que pueda aspirar a cualquier empleo.

En ese momento me hizo sentir como una vieja. Sólo tenía veintinueve años, no era para tanto. «En parte» ¿por qué otra razón me habría contratado?

—Lo que quiero que sepa es que, si he se lo que es estar en su posición, señorita Karen, y digo que no debería derrotarse todavía. En este mundo he visto a personas surgir incluso en situaciones peores que nosotros dos, personas que sí han vivido en un país tercermundista, que tienen una vida miserable □ hablaba como todo un hombre adulto. Me hizo sentir que debía hacerle caso por el simple hecho de ser él quien me hablaba.

De nuevo, la tensión había desaparecido entre los dos. En menos de una hora, ya sabíamos del pasado del otro, lo importante; esa fue la primera gran conversación que tuve con él. Con gran me refiero a que hablamos de los dos sin interrupciones, sin temas de trabajo, si hablar de Noah, sin que me pidiera un favor o cualquier otra cosa. Pocas eran las ocasiones en las que John y yo realmente hablamos.

—No quiero que parezca que estoy dando lastima por gusto, sólo quiero conocerte.

—Oh no □ no quería que creyera eso □ no, no. No diga eso, no está dándome lastima. Fui yo quien sonó como una tonta. No me va tan mal.

—No digas eso.

—No, en serio. Sé por qué lo digo, yo...

—No importa, te creo □ me calló con sus palabras y una hermosa sonrisa. Esta era la sonrisa con la que decía: descuida, todo va a estar bien a pesar de que tu hámster haya muerto. Te demostraba que podrías estar en lo cierto, pero que todo saldría bien, que no me preocupara.

—Pero.

—Te creo □ insistió □ mejor hablemos de otra cosa.

Lo miré desconcertada, tratando de evaluar qué era «otra cosa» para él.

—¿Cómo qué? ¿estaba perdiendo mis inhibidores, en ves de esperar a que el

universo me respondiera o no las dudas, decidí dar un paso al frente.

—Bueno, ya sé de tu pasado, ahora quiero saber quien es Karen Kelson.

—Soy yo □ intenté ser graciosa, decir algo que pareciera propio de mi, aunque, para ser honesta, no me dio para nada risa.

Aunque a John si le pareció algo gracioso.

—Ciertamente □ lo acompañó con una sutil risa □ pero, quiero saber quien es usted, señorita Karen. ¿Qué la hace única?

—No lo sé □ afirmé □ no entiendo su pregunta.

—Rayos □ se quejó John. Parecía que había arruinado su plan.

Aquella conversación con John tenía un tipo de fin. En ese momento no sabía a qué se debían tantas preguntas extrañas, por qué quería conocerme, (a pesar de que me lo dijo, no le veía sentido) y por qué era tan amable conmigo. Yo lo veía ahí, tomando y dejando su vaso de whiskey con completa autoridad, con calma, como si no hubiera nada más importante que lo que estábamos haciendo ahí. Y yo lo veía, lo veía idiotizada por su forma de ser, por su mirada, por su voz, por sus movimientos.

Asentía o negaba con la cabeza las veces que era necesario para no parecer una tonta, para que se diera cuenta que cuando me hablaba, me hacía una pregunta o me contaba algo extraño, no sintiera que no estaba siguiendo su vibra. Estaba nerviosa, extremadamente nerviosa.

A John le gustaba conocer a las personas, pero no sentía interés en averiguarlo por sí solo a pesar de saber hacerlo; quería que nosotros, los demás, le dijéramos lo más importante de nosotros; «un permiso para invadir nuestra privacidad» le gustaba llamarle.

—No quiero que parezca que no conozco a las personas que trabajaba para mi □ explicaba □ quiero conocerlos a todos porque así podemos intimar como amigos, como empleado y empleador. Si alguien tiene un problema con su madre, quiero conocer a su madre, no porque lo dude, sino porque sus vidas me importan una pausa, siempre hacía una pausa aquí □ Cuando conoces a alguien, sabes cómo actuar a su lado, sabes qué le gusta, qué hace con su vida, qué prefiere.

Siempre lo hacía con un vaso de algún licor en la mano. El único que podía identificar con mi escaso conocimiento de licores, era el característico color

ámbar del whiskey. Aquel testimonio se volvía un parlamento que exponía cada vez que contrataba a alguien.

—Así, podré ayudarlo, darle consejos, ofrecerle aumentos, apoyarlo en sus planes, darle empleo hasta que culminen sus estudios o sus ideas emprendedoras multimillonarias. La confianza crea lealtad, y la lealtad resulta en un buen desempeño, en trabajadores excelentes dispuestos a trabajar con la frente en alto.

La primera vez que lo escuché sólo asentía, trataba de seguirle el paso. Me sentí tan conmovida por sus palabras que de inmediato sentí necesario contarle todo de mi vida.

—Vivo sola, tengo una hermana con dos hijos hermosos a los cuales adoro. Quiero ser una gran productora y directora de cine, quiero conocer el mundo, tener dinero para ayudar a mi familia, más que todo a mi hermana y mis sobrinos. □ Las palabras salían de mi boca como un torrente □ Quiero poder comprarme las cosas que siempre quise tener, quiero vivir el sueño, quiero conseguir el amor de mi vida, quiero sentirme amada y amar. Estoy dispuesta a hacer lo que sea sin importar qué □ Terminé recuperando el aire que había perdido, haciéndolo oxido de carbono y dejándolo escapar como un suspiro.

Me sentí un poco más aliviada luego de contarle todo eso. No sabía si era lo que él quería saber, pero lo dejé escapar de la mejor forma que se me pudo ocurrir.

—¡De eso estoy hablando! fue su respuesta.

John es un hombre entusiasta. Sabía cuanta emoción inyectarle a la vida.

—Ahora sí me estás hablando de ti. ¿Ves que no era tan difícil?

—Sí.

—Eres una mujer interesante, señorita Karen. Me caes bien, siento que vamos a tener una gran aventura laborarla nosotros dos.

—Eso espero.

—¿Eso esperas? ¡Ja! Señorita Karen, ¡Eso espero yo! Supongo que no me equivoqué cuando decidí contratarla.

John se levantó, rodeó la mesa y se paró a mi lado, con la mano extendida y una sonrisa en el rostro. Yo me levanté de inmediato, sin evitar el contacto

visual, para darle un apretón.

—Es un placer saber que será usted a quien le confiaré mi vida, señorita Karen. Y espero poder conocerla más mientras trabaje para mí □ dijo John, sacudiendo su brazo, cerrando por fin el trato entre los dos.

—El placer es mío, señor John □ respondí, alagada.

—John... por favor, de ahora en adelante dime John.

—¿Señor John?

—Sí así lo prefieres □ otra sonrisa.

Alegre, amable, amistosa, adorable. Decía: lo que tu quieras, todas las cosas que haces son maravillosas.

Y así, oficialmente ya había comenzado a trabajar con John, a ser su asistente, creyendo que de ahí en adelante todo sería trabajo duro y una gran recompensa. No me imaginaba la serie de eventos que me llevarían hasta aquella noche, pero desde aquí hasta ese punto, todo valió la pena.

Corrí como una tonta de aquel anexo/habitación creyendo que, de alguna forma, eso resolvería algo. Al igual que cuando cerré mis ojos para que él no me viera tal cual hacen los niños con la esperanza de escapar del regaño de sus padres, me sentí como una estúpida. Corrí, me encerré y no salí de ahí hasta el día siguiente.

No sabía lo que iba a hacer entonces, ni qué pasaría en el caso de que John se hubiera ofendido. No sabía lo que me había pasado, ni por qué decidí abortar el nacimiento de aquel momento que tanto soñé de esa forma tan repentina.

Durante meses lo vi como el gran hombre que era, disfruté de su compañía, de la de su hijo, de su amistad, de su generosidad. Poco a poco comencé a sentirme atraída por él porque John era así, porque tiene un no sé qué que lo hace irresistible.

Acostada, sollozando mis penas y mi ridiculez, pensé en por qué podría sentirme así por él: tal vez su forma de ser, su cuerpo, su atractivo, o incluso sus millones (no se puede negar que es un buen plus) porque, hay que ser realistas, su dinero pudo haberme convencido, de manera involuntaria, que me enamorase de John... ¿Quién sabe? Porqué: ¡yo no lo sabía!

Mientras me encontraba acostada en aquella cama, con la almohada en la cabeza, pensaba que cualquier cosa podría ser más razonable que el hecho de que haber salido corriendo del cuarto de aquel hombre, arruinando lo que podría ser la mejor noche de mi vida.

Puede que no supiera el motivo, pero creo que sé cuando comenzó.

Tiempo después de haber estrechado nuestras manos, es decir: seis semanas, tres días y cuatro horas fueron que se necesitaron para que pudiera adaptarme al ritmo de vida de John. No esperaba tardar tanto, al principio creí que sólo se trataba de ser una simple asistente, que tal vez debería hacer ciertas cosas fuera de lo común, nada del otro mundo, pero, la vida que él tenía y las cosas que planeo para mi al ser su empleada, fueron un poco más complicadas de lo que esperaba.

—Karen, por favor programa una cita con el señor Antonio. Se me ocurrió una increíble idea millonaria que quiero discutir con él.

Para ese entonces, aun sentía la necesidad de preguntarle al respecto. De cierta forma, conociendo su rutina diaria, teniendo acceso a cada rincón de su casa, a sus tarjetas de crédito a sus coches y gran parte de su vida, él me seguía pareciendo un misterio.

El hombre era tan claro como el agua, sin embargo, me sentía un poco curiosa, quería conocerlo a fondo.

—Vale, ya lo hago.

Durante esos días de practica (porque cometí errores por doquier), aprendí que debía hacer las cosas inmediatamente me lo decía, por lo que simplemente hice lo que me pidió con el móvil que su secretaria me había entregado semanas atrás.

Desocupé una de mis manos, cogí el móvil, marque el numero, llamé.

—¿Señor Oliveros? Es la asistente del señor Finman. Le llamo para avisarle que el señor Finman desea encontrarse con usted esta tarde, a eso de las... Dije, esperando que John me escuchara.

—Dos de la tarde □ dijo sin girar a verme.

—Dos de la tarde, señor □ el señor Antonio me respondió confirmando la cita □ muy bien le dije en llamada □ nos vemos a esa hora. Gracias □ colgué.

Me giré para ver a John y le sonreí.

—Listo, el señor Antonio estará esperándolo en su despacho a las dos.

—Perfecto.

Estábamos en la cocina, yo había empezado a cocinarle el desayuno porque a él le gustaban las cosas hechas de cosa diferente, y, según sus palabras, sólo me confiaba a su alimentación y la de su hijo.

—¿Qué vamos a comer hoy? preguntó John.

—Waffles.

—Perfecto, me encantan los waffles □ dijo John, saliendo de la nevera y yendo hasta la mesa para sentarse.

—Lo sé, siempre lo dice, por eso los hago.

—No deberías hacerlos todo el tiempo, tienes que hacer que se hagan

especiales □ comenzó a mover las manos de forma teatral, como si interpretara cada palabra con ellas □ que no los espere y, por lo tanto la anticipación los haga aun más deliciosos.

Yo me encontraba batiendo la mezcla de los waffles con un batidor de globo porque John decía que era mejor hacerlo a mano sin la intervención de maquinas que arruinaran la diversión de cocinar. Por un tiempo pensé que por qué no lo hacía él si tan divertido era así, pero luego recordaba los cien mil dólares semanales que ganaba y dejaba de pensar en ello.

—Entonces no me pida que los haga. Sabe que hago si me lo dice □ le respondí sobre mi hombro con una sonrisa.

—Bueno, pero si te quedan deliciosos, simplemente no puedo dejar de quererlos.

Ambos reímos despreocupados. Durante esas semanas comenzamos a sentirnos a gusto el uno con el otro, por lo menos eso era lo que yo veía. Trabajar para él parecía ser un reto, pero me las arreglé para superarlo. John, desde el día uno, se comportaba como si fuésemos amigos de toda la vida y para ser honesta me abrumó un poco hasta que aprendí a vivir con eso.

John bromeaba, hablaba y me veía con tal naturaleza que me parecía que estaba siendo demasiado cariñoso conmigo. Al principio creí que era porque intentaba seducirme, hacer que nos acostáramos (en ese entonces aquella idea no me daba muchas vueltas en la cabeza) y yo no estaba precisamente a gusto con eso.

Para mi fortuna, en ese entonces no pasaba tanto tiempo con él, y fue precisamente ese el día en el que comencé a hacerlo.

—Cuéntame qué hay de nuevo □ dijo, cortando uno de los waffles que acababa de entregarle con el tenedor □ las acciones están estables, el BTC subió dos cifras hoy así que esta bien. El aire acondicionado en la casa de verano se daño así que llamé para que lo acomodaran.

—Está bien ¿qué más?

—El chofer se ausentará, dijo que se sentía mal y que no podía trabajar hoy. Lo mandé a su casa.

—¿Qué? exclamó con la boca llena de waffles. Tragó □ ¿Qué hora es?

Levantó su muñeca y vio la hora. La bajó y luego miró a su alrededor.



—¿Dónde está Noah?

—Está en su habitación. Aun no sale.

Miró de nuevo la hora. Se calmó, continuando con su desayuno.

—Necesito un nuevo chofer □ Agregó luego de masticar □ ¿en dónde crees que pueda conseguir a uno? su tono sarcástico habló por sí sólo.

Me moví un poco para verlo de reojo, luego de verter la mezcla de waffles en la wafflera con un «me estás bromeando» tatuado en la mirada.

—¿Qué insinúa, señor John?

—¿Sabes manejar? preguntó.

—Ya sé lo que insinúa suspiré al saber lo que me tocaba.

—Sí, no. ¿Sabes?

—Sí □ dije resignándome; no tenía caso □ sí lo sé.

Sabía lo que eso significaba. En esas últimas semanas, cada vez que algo faltaba, era mi responsabilidad suplantarlos, hacerlo de ahí en adelante o buscarle una solución.

—Ahora también seré su chofer □ afirmé.

John tenía el rostro que normalmente usa cuando quiere conseguir algo, con el que me manipulaba; no le era suficiente que trabajara para él y que fuera mi obligación aceptar, me obligaba a sentir que debía hacerlo porque me convencía.

La parte de trabajo quedaba eclipsada por una amistad que había desarrollado con él que, para ser honesta, no tenía sentido ni venía al caso. Fue repentina, inesperada. No sabía que sería parte de mi trabajo el ser su amiga, pero, John no era el tipo de persona aburrida que se espera en un jefe, hacía las cosas a su manera y por ello terminamos así. No tenía sentido en lo más mínimo.

—Es mientras que Daniel se sienta mejor; no es para tanto □ no dejaba de comerse sus waffles. Los masticaba mientras me penetraba con su mirada.

Traté de defenderme de su semblante manipulador infructíferamente.

—Está bien □ respondí al final □ yo manejaré de ahora en adelante.

—Maravilloso □ vociferó, como si hubiera conseguido un gran trato

ejecutivo. □ ahora solo falta que Noah baje y en lo que terminemos de desayunar lo llevaremos a su escuela ¿Vale?

¿Qué más daba? Ya lo había aceptado. Así que recostándome de la cocina viéndolo de frente, le regalé una sonrisa sin saber lo que me esperaba,

—Vale.

De ese modo, comencé con mi nueva responsabilidad adquirida. Para John hice de todo, desde ser su cocinera, a administrar su vestimenta, su trabajo, sus reuniones hasta ser su chofer. ¿Qué podía hacer? Por un tiempo pensé en quejarme al respecto, pero la paga era, por sí sola, una gran recompensa; ni trabajando toda mi vida como cineasta iba a obtener esa cantidad de dinero por tan poco trabajo (relativamente). Estaba a gusto, de cierta forma, así que el hacer todo eso para él era parte del viaje, no el destino.

No hubo problema alguno en ser su chofer ya que, durante semanas, había estado yendo temprano, lo que creo que es una de las razones por las cuales ahora estoy haciendo todo lo que hace en las mañanas.

Al principio comencé yendo porque era requisito, necesitaba estar con él desde temprano porque, de lo contrario, el día no rendiría en su totalidad.

—Buenos días, señorita Karen, ¿cómo amaneció el día de hoy? ¿lista para su primer día de trabajo? me dijo, en lo que me vio llegar por primera vez a su casa.

Era un lugar espectacular desde afuera, sólo con llegar a la entrada, supe que todo, absolutamente todo, desde la puerta principal hasta las del baño, desde el sótano hasta el cobertizo, absolutamente todo era lujoso, espectacular y una experiencia única por sí misma. Era una casa esplendida y me quedé boquiabierta en lo que John me recibió en las rejas que dividían la calle de sus maravillosos kilómetros de propiedad.

—Estoy □ hablaba entre pausas contemplativas, el lugar se merecía mi atención □ muy □ no dejaba de ver sobre sus hombros, observando detalladamente porque todo estaba cuidadosamente puesto para asombrar □ bien.

John sonreía, creo que sabía lo que estaba haciendo porque no me interrumpió en lo más mínimo. Esperó a que terminase de escrutar su mansión para volver a hablar.

—¿Listo? preguntó; sabía lo que hacía □ ¿Terminaste?

No borraba la sonrisa de su rostro. Era agobiante que una persona estuviera tanto tiempo así, de hecho, una vez me pregunté si acaso no le dolía el rostro o algo por el estilo.

—Disculpe □ exclamé, entrando en razón; lo había estado ignorando □ lo siento, es que estaba □ vacilé □ viendo su casa. Es increíble.

—Espera verla por adentro, te quedarás muda por un rato más.

En aquel momento me pregunté si eso era modestia o presunción. No supe como responder, así que sólo me quedé callada.

—Lo siento, en serio.

—Descuide, señorita Karen, no hay problema en que vea □ se apartó a un lado para invitarme a pasar a su propiedad □ espero que esté lista, hoy comienza definitivamente.

—Sí □ me erguí, tomé aire y asentí con la cabeza □ estoy lista.

Desde aquel día, comencé a llegar temprano a su casa. Iba cada mañana a hacer lo que él me pidiera, que al principio no era mucho, hasta que comencé a hacer otro tipo de cosas. Primero, fue elegir su ropa.

—¡Karen! escuché decirle un día en el que llegué un poco más temprano de lo normal. Estaba en la sala esperando a que él saliera de su habitación.

Se podría decir que esa fue la primera vez que entre a su habitación de manera formal. No, bueno, fue la primera vez que entré, luego, sólo se hizo rutina. Estoy siendo pretenciosa.

—¿Qué? pregunté, levantando la mirada, sin esperar por completo aquel grito.

Me levanté del sofá y dejé caer el móvil en el cojín. Me encontraba leyendo los detallados documentos que me había adjuntado la secretaria de John para que supiera todo acerca de su negocio: BTC, trading, inversiones, relaciones publicas, bolsa de valores, sociedades empresariales, administración, estadística, economía, matemática... con John me vi en la obligación de aprender cosas que pensé que no necesitaría.

¿Para qué necesitaría eso? Pues para que en el momento en que John me pidiera alguna participación, el estado, resultado, causas, problemas... de

algo, entonces debería saber qué decir y no sentirme abrumada por lo que fuera al explicarle, que supiera simplificarlo y, para ello, debía entenderlo a fondo.

El caso es que dejé caer el móvil en el que estuve leyendo sobre esas tantas cosas, y busqué rápidamente, moviendo la cabeza de un lado a otro, para ver de dónde provenía su voz.

Aquello sonó tan distante que no sabía de donde provenía, era de esperarse cuando se vive en una casa tan grande, por lo que empecé a moverme para ver si acercándome a diferentes puntos de la casa podría escuchar mejor y saber exactamente de donde venía.

—¡Karen! ¡escuché de nuevo □ ¡en mi habitación! ¡Ven!

—Viene de arriba □ me dije.

Me devolví, cogí mi móvil porque dejarlo significaba dejar mi vida atrás, y corrí por las escaleras hasta llegar al origen del sonido.

—Sigue mi voz. Sabrás llegar □ vociferaba para que lo escuchase.

—Está bien □ respondí yo, gritándole.

En lo que llegué a su habitación por primera vez, me encontré con un hombre adulto con tan sólo un pantalón, sin zapatos o camisa, ni siquiera medias; viéndose frente al espejo. Esa no fue la primera vez que lo vi con el torso desnudo (había stalkado su Instagram), pero verlo en persona causaba más impacto.

—Necesito que me ayudes.

Su voz, aunque la escuché, pasó desapercibida para mí. No es que estuviese pensando en todas las cosas que podría hacer con su cuerpo, no, para nada. Ni tampoco estaba actualizando todas las fantasías en las que sólo me imaginaba cómo se vería desnudo... Sí, su Instagram me sirvió un poco, pero, el hombre que conoces en persona no es el mismo que conoces en fotos. Cada pliegue de su cuerpo era el equivalente a una bomba atómica de sensaciones en mí.

—¿En qué? pregunté, entrando en mí, respondiendo luego de darme cuenta que lo hice por reflejo porque no lo había escuchado en verdad.

Me pregunté para qué habría de quererme ahí, no sintiéndome preparada para entregar mi cuerpo, pero si dispuesta a hacerlo si me invitaba.

—No sé qué ponerme.

No supe qué hacer, no estaba preparada para ser la asesora de modas de alguien, mucho menos de una persona que parecía estar muy bien preparada en cuanto a cómo vestirse. En sus fotos, en sus redes, y cada vez que lo veía, se notaba que era alguien que sabía qué usar y cómo hacerlo.

—¿Qué? ¿me parecía inaudito □ ¿no sabe que ponerse? ¿Está seguro?

—Sí, no sé qué ponerme, no tengo idea de cómo debería vestirme hoy.

Me asomé un poco para ver más adentro de su closet: un inmenso cuarto que parecía un mundo diferente, aparte de su habitación. John tenía una tienda de ropa para sí solo ¿cómo no iba a saber vestirse? ¿Qué quería realmente?

—¿Cómo quiere que lo ayude? ¿no entendía muy bien en qué podría servirle mi ayuda □ usted siempre se viste bien.

—Sí, pero ahora no sé que ponerme, quiero verme bien, diferente, no lo sé.

Se dio la vuelta, inconforme, disgustado con lo que no tenía puesto.

—¿Qué quiere que le diga? ¿no tiene mucha ropa? fue una pregunta estúpida.

—No lo sé, no sé si tengo suficiente ropa □ Su sarcasmo fue sólido, giró a su closet y le escrutó a detalle. □ ¿Qué me puedo poner? dijo después, pareciendo realmente confundido.

No esperaba ver a un hombre luchando por lo que se quería poner, no era algo por lo que creí que alguien de su género, nivel social y forma de ser, terminaría sintiéndose preocupado.

—¿Para donde iremos hoy? le pregunté □ ¿cómo quiere verse?

Me acerqué a él, controlando mis impulsos, las ganas de verle la entrepierna (porque tenía la cremallera abajo) de tocarle el pecho y de mirarle fijamente como una estúpida. Incluso respiré profundo para no ser atraída por su testosterona.

—Bien, quiero verme bien. Pero no quiero vestirme igual que siempre, con un traje o algo por el estilo.

—¿Por qué me pregunta eso? Siempre se viste bien, y no siempre se viste con traje.

John entró en su closet y se puso a elegir prendas de diferentes tipos y colores.

—¿Para donde piensa ir hoy? pregunté de nuevo.

—Hoy no iremos al edificio □ así le decía él a la compañía □ iremos al centro comercial a caminar con Noah.

—Entonces, ¿cómo quiere verse?

—De la forma en que podría atraer la mirada de todas las mujeres sin necesidad de parecer un hombre de negocios, ni mucho menos alguien famoso, ni mucho menos alguien que se viste con demasiada ropa cara.

—¿Entonces qué quiere exactamente? No podemos simplemente quitar lo que ya es, no es algo que podamos conseguir con como se vista. Es millonario, es alguien de negocios, es famoso y su ropa □ tosí para parecer discreta □ es un poco □ aclaré mi garganta al ver que no estaba siendo coherente □ se nota que es cara.

En ese momento, John se giró como si le hubiera ofendido, levantó la mano, con el dedo índice erguido como si fuera a decir que no, con el gesto que se usa para pedir silencio de forma modesta pero lo suficientemente marcada como para ser universalmente conocida, y habló con total naturaleza; de nuevo, pensé que era homosexual.

—Espérame un momento, pues ahí te equivocas. Mi ropa no es «costosa» dibujó unas comillas imaginarias en el aire con ambas manos □ de hecho, no invierto mucho en ropa cara. Siempre se puede conseguir ropa de calidad en cualquier tienda.

Se aproximó un poco a mi, no mucho, solo se movió unos pasos; y continuó hablando. El closet era tan grande que había una gran distancia entre nosotros.

—La verdad es que los precios inflados de muchos artículos son sólo por la marca, o el lugar en donde los vendan, no es porque sean mejores. De hecho, los costos de fabricación de muchas cosas son menores a los costos de venta.

Aquel encuentro en su habitación, en contra de cualquier pronostico, se convirtió de repente en una clase impartida por un profesor sin camisa y con un cuerpo de fabula.

—Mi ropa no fue comprada en lugares costosos porque me parece una grosería adquirir prendas muy caras sólo porque son de marca, si puedo conseguir algo similar e igual de funcional por la mitad de su precio.

Sólo lo miré, callada, tratando de saber cómo reaccionar a sus palabras.

—¿Cómo crees que me hice millonario? No fue precisamente por regalar mi dinero □ aseveró, con una sonrisa en el rostro.

La forma en que se irguió, en que dibujó esa maravillosa sonrisa en su rostro, en que movía sus brazos; y cada cosa que su cuerpo hiciera que implicase estar vivo y existiendo, exteriorizaba virilidad; era evidencia suficiente para asegurar que aquel hombre desprendía hombría pura. ¿Qué tiene que ver? Nada, sólo quería señalarlo porque era imposible no sentirse atraída por alguien así.

Mi corazón se aceleraba estando en un lugar (tan relativamente pequeño) como ese, a solas, con un hombre sin camisa ¡con ese hombre sin camisa!

Soltó una carcajada sutil, ahogada con la garganta, llena de soberbia, de orgullo, para nada ofensiva o execrable; su gesto me invadió e invito a hacer lo mismo. Yo también reí.

—Tiene sentido □ le dije, tratando de entrar en la conversación de la que me habían sacado segundos atrás.

—Entonces □ dijo □ ¿me vas a ayudar o no?

Aquella fue la primera vez que lo asesoré en sus prendas. De ahí en adelante, lo demás es historia. Continué haciéndolo las veces que él lo requería, acostumbrándome a su aroma desnudo. Fui viviendo el sueño al estar a su lado. De cierta forma, nadie veía a John de esa manera. Las chicas que se acostaban con él conocían a un hombre seguro de sí mismo, dispuesto a todo, hecho para dar y recrear el placer. Pero, estando con él en esa posición, sentí que se abría más para mí que para otra persona.

Con su comida, la historia es un poco diferente, más sencilla de relatar, de hecho, creo que la puedo resumir en muy pocas palabras.

Yo había llegado a la hora ese día, no había desayunado porque para ser puntual tuve que sacrificar mi comida, así que le pedí a John que me dejase cocinarme el desayuno.

—¿Señor John?

—¿Puedo hacerme el desayuno? pregunté, un poco apenada, pero con el estomago completamente vacío.

—¡Claro! Mi casa es tú casa □ dijo John, pasando a su oficina.

—De acuerdo...

Y, la verdad, creo que lo que dije justamente después de eso, fue lo que me consagró al puesto de cocinera matutina en su casa; no es que me arrepienta, pero, pienso que fue precisamente eso.

—¿Quiere que le prepare algo? exactamente así se lo dije, levantando la voz para que me escuchara.

Intentaba ser amable, no podía usar la cocina de una persona y no invitarle a comer algo de lo que hiciera; tal vez pude haberlo hecho mejor.

—Sí, por favor, y a Noah también, si no es mucha molestia □ me gritó desde su oficina.

Unas deliciosas tostadas francesas después, tuve que llegar más temprano para prepararnos el desayuno a los tres. Por lo menos sólo cocinaba para él, para Noah y para mi.

Luego de ascender a asesora de modas, a cocinera, a estar presente en sus reuniones de negocios y luego a su chofer, días después de conseguir el ultimo ascenso, se me promovió de nuevo.

—Noah va pésimo en la escuela □ dijo John, en una combinación de disgusto, frustración y decepción al entrar en el coche por la puerta de atrás.

—¿Qué pasó? pregunté casi de inmediato □ ¿por qué lo dice?

—La maestra me dijo que tiene ciertos problemas para entender varias clases, y no entiendo por qué.

—¿Qué clases? puse en marcha el coche mientras le preguntaba □ ¿alguna en específico?

—Sí, español, ingles, matemáticas y sociales.

—¿Ingles el idioma o inglesla materia? pregunté, tratando de ser graciosa.

—La materia.

—¿Y por que le cuesta hablar español? ¿No hablamos español ya?

—La profesora dice que, a pesar de hablarlo como lengua materna, no tiene conocimiento en la parte técnica y que necesitasaber manejarla □ explico, cerrando con un gesto de fastidio y un silencio repentino.



Yo lo veía desde el retrovisor, estudiando su mirada. Él hacía lo mismo, a pesar de estar de tenerlo atrás, nuestra conversación no dejaba de ser visual. Me veía fijamente, no apartaba sus ojos de los míos, de hecho, me llegó a dar la impresión de que me veía incluso cuando yo estaba atenta al camino.

Estábamos hablando con completa calma. John, a pesar de encontrarse afectado por el hecho de que su hijo podría repetir el grado que estaba cursando, tenía cierta actitud, como si su problema fuera perfectamente resoluble con un simple chasquido de sus dedos; aparte, no dejaba de mirarme.

Esa presión que ejercía su mirada, ininterrumpida por varios minutos, acompañada de un silencio cogitabundo que no dejaba de penetrarme, me advirtió lo que estaba por venir.

De un instante a otro abrió su boca para hablar. No había ni siquiera empezado a decir lo que tenía en mente cuando supe lo que quería decirme.

—Señorita Karen □ dijo, inyectándole a mi nombre tonos con melodías.

—¿Qué? ¿Yo estaba viendo venir.

—¿No quieres ayudarme con esta?

Por fortuna, el colegio no quedaba tan lejos de su edificio, así que simplemente estacioné el coche, e interrumpí de la mejor manera aquella conversación.

—Ya llegamos. □ le dije.

John sonrió ante mi evasión, cogió sus cosas y se bajó del coche. Yo tardé unos minutos en salir para coger mis cosas y apagar el motor. Caminamos como si nada hasta el elevador, en donde nos tocaría compartir de uno a dos minutos completamente solos (porque John tenía uno exclusivo, sin cámaras, completamente privado) en donde, podría decirme lo que quisiera.

—Pero no, en serio □ interrumpió el silencio, unos segundos después de que abordásemos aquel elevador □ no quiero que mi hijo no pase de grado.

Se giró para verme, como si tratara de hacerme reaccionar, tomándose de los hombros con delicadeza para girarme del mismo modo y pudiera verlo de frente. Fue la primera vez que me tocó de esa forma, con cuidado, como si yo fuese frágil, con delicadeza.

—¿Podrías ayudarme con la educación de mi hijo? ¿Por favor? Creo que contigo sería mejor... sonaba tan sisero; hablaba con el corazón.

No sabía qué decir, John me tomaba entre sus manos con total delicadeza mientras yo me perdía en sus ojos tratando de buscar la respuesta en ellos. Yo no tenía más tiempo que él □ pensé □ entre trabajar como su asistente, renovar mi hogar (porque con el sueldo que me pagaba me compre un departamento agradable y comencé a renovarlo), y el llegar todos los días temprano a su casa, no podía simplemente comenzar a prestarle atención al chico.

Incluso no había compartido mucho tiempo con él aparte del estrictamente necesario. «Hola, Karen; gracias Karen; chao, Karen» era lo único que me decía. Estaba un poco tensa, no sólo por la confianza que estaba depositando en mi, lo bien que me hacía sentir que me tocase de esa forma delicada, sino porque, de algún modo u otro, estaba consiente de lo que «encargarme de su educación» significaba.

—Pero....

—Por favor, te pago más, no me importa dijo John, sin soltarme.

—Pero si lo hago yo...

—Puedes quedarte en mi casa hasta que se acaben las clases □ insistió □ por favor.

Lo miré a los ojos, suponiendo que no tenía para donde más ir, otra cosa que decir ni mucho menos, tiempo para responder. Habían pasado, a penas, segundos desde que entramos a ese elevador, no quería llegar a la oficina y que me vieran tomada entre las manos de John. Era una presunción estúpida, no tenía razón para estar nerviosa, mucho menos por algo tan simple como eso, pero, no lo pude evitar.

Tragué saliva, tal vez porque estaba tensa, porque la presencia de John se hacía cada vez más invasiva; aquel día no sólo se delineó lo que sería una serie de eventos que me llevarían hasta aquella noche en la que corrí como tonta de su habitación, sino los sentimientos que me llevaron a aceptar su invitación.

Estuvimos suficiente tiempo a solas, viéndonos a los ojos. Yo: indefensa, maleable, susceptible; él: abierto por completo. ¿Qué tanto podría importarle la educación de su hijo para que me lo pidiera de esa forma? Él es millonario

¿Por qué simplemente no contrató a algún tutor? Pero me estaba pidiendo algo con completa honestidad. Creo que pude haberme negado, no habría hecho mucho daño si lo hacía.

Pero seguimos viéndonos a los ojos, seguros de que definitivamente algo podría suceder en cualquier momento. Había pasado la marca del minuto, estábamos pronto a llegar al piso que nos correspondía.

—No confío en muchas personas □ habló John, interrumpiéndome mis pensamientos □ y no le confiaría mi hijo a cualquiera. Por eso me gustaría que tu lo hicieras.

Lo más interesante de todo eso era que, a pesar de que estaba siendo honesto conmigo, no se veía desesperado. Creo que me faltó mencionar eso. John sólo me estaba interpelando a su manera, en su completa y total calma. ¡Claro que quería que yo supervisara la educación de su hijo! Se notaba que realmente lo quería, así podría tener completo control y no tendría que esperar por más nadie. Estaba yo, dispuesta a hacer cualquier cosa para él y John (como lo había estado demostrando últimamente) sabría aprovechar esa ventaja.

El problema era que las cosas no eran tan sencillas. El tiempo era una simple concepción para los dos. Teníamos un horario apretado; yo tendría que renunciar a ciertas libertades, pero, ¿a costa de qué?; En aquel momento no lo sabía, aunque quería hacerlo.

Noah no era tan importante para mi, no era más que el hijo de mi jefe, pero si a él le preocupaba la educación de su pequeño y me pedía tan honestamente que hiciera algo al respecto, no podía simplemente evitarlo.

De repente, John bajó la mirada y cambió su semblante. En su cara se veía que había notado algo, supongo que entendió la posición en la que nos encontrábamos. Yo estaba a punto de perder el equilibrio, inclinada hacia atrás y sujeta por sus manos mientras que él parecía estar sobre mí.

Así que me soltó, se irguió y se acomodó la garganta esperando a que yo me reincorporara. Casi me caigo en lo que me liberó. Tuve que encontrar de nuevo mi equilibrio haciendo movimientos exagerados, como si hubiera estado mareada. Yo hice lo mismo, me acomodé las mangas de mi camisa y el cabello.

—Disculpa □ dijo John □ me dejé llevar.

—Descuida □ respondí.

Los dos nos quedamos viendo las puertas del ascensor.

—Creo que exageré un poco, no es como que sea muy grave que mi hijo vaya mal.

Sentí que estaba tratando de quitarle importancia a lo que, unos segundos atrás, parecía algo vital para él.

—Oh no, no digas eso □ le pedí.

La puerta del elevador se abrió luego de indicarnos que había llegado hasta nuestro destino. Los dos vimos al frente en lo que se abrieron.

—Se nota que es algo importante para ti □ aclaré mi garganta □ tal vez exageraste un poco, pero, creo que es importante.

—Lo es □ dijo.

John dio el primer paso para salir de aquella caja de metal; yo le seguí.

—¿Entonces qué quieres que haga? le pregunté.

—¿A qué te refieres? John me vio de reojo, mientras caminaba hasta la recepción.

—¿Quieres que supervise la educación de Noah o no?

—Sólo si quieres hacerlo. Es un niño difícil.

No lo conocía, no había forma de saber eso.

—¿Difícil? No lo creo. Se ve muy tranquilo □ le excusé.

—Eso dices ahora.

John aceleró el paso y se dirigió hasta las dos puertas que daban paso a su enorme oficina. Saludó a las personas que tenía en la segunda sala de espera luego de la pared con su nombre en grande, recibió unos papeles de su secretaria y entró.

Yo saludé asintiendo con la cabeza; no estaban ahí para verme a mi, por lo que no me era necesario ser muy cordial.

Al cabo de unos minutos, nos encontrábamos en la oficina leyendo unos documentos relevantes, y a pesar de que parecía que la conversación estaba muerta, aun se sentía esa pesada sensación de que habíamos dejado algo inconcluso. Yo estaba sentada en frente de su escritorio, con la cabeza baja,

dividiendo mis pensamientos entre lo que pude haber dicho y lo que sucedió en aquel elevador.

A simple vista no era gran cosa, es decir, sólo me tocó y nos vimos, pero definitivamente hizo algo en mi. Así que, luego de analizar la situación, levanté mi cabeza y abrí mis fauces.

—Lo haré □ dije.

No dejé claro preámbulos, no entré en contexto, ni le expliqué por qué acepté. Era gracioso como después de ser su asistente aun me pedía que hiciera las cosas, creo que fue uno de los motivos por los cuales accedí.

Y, de la misma forma, sin entrar en calor con el tema, John dejó de leer lo que me estaba leyendo, levantó su mirada y me sonrió.

—Gracias □ respondió.

## Tercera Parte

### 8

Al poco tiempo, comencé a quedarme en aquella casa con más frecuencia. Tal cual me había dicho John, podía hacerlo y, por lo tanto, eso hice. Al principio traté de no recurrir a ello porque era más importante para mi estar atenta las renovaciones de mi casa en donde podría recibir a mis hermosos sobrinos, pero, cuando me di cuenta de que comenzaba a ser más y más complicado ir cada día y salir de noche de aquel lugar, no me quedó de otra.

—No quiero dejar de estar presente en las renovaciones de mi casa □ dije.

Ese día John y yo estábamos discutiendo acerca de cómo iba Noah en sus evaluaciones. No había pasado ni una semana de comenzar con aquello cuando ya me sentía abrumada por los constantes viajes de un lugar a otro. Quería tener más tiempo para descansar.

—Ir de mi casa a la suya es un poco agitado, señor John □ continué □ manejar de un lado a otro es agotador y me cuesta trabajo dar mi cien por cien.

—Pues, yo le dije que podía quedarse aquí las veces que quisiera, no tiene necesidad de manejar tan tarde en la noche. Usted lo sabe, señorita Karen.

—Sí, lo sé, pero sucede que no quiero dejar mi casa sola. La tengo en medio de una renovación

—Lo sé, no para de decírmelo.

—Exacto, y no puedo darme el lujo dejarlo así cómo así.

—¿Qué propone?

Decirle que me iba a quedar así cómo así en su casa era muy sencillo, necesitaba hacerme de rogar.

—Qué no sé si pueda seguir supervisando la educación de Noah.

John cambió su expresión calmada a una de sorpresa. Sorprendida estaba yo al ver que no se esperaba que le dijera eso.

—No lo haga, a penas y está comenzando. Necesitamos que Noah apruebe todas sus materias para que pueda pasar de grado.

—Lo sé, señor John, pero no creo que pueda rendir lo suficiente

despertándome tan temprano cada mañana luego de llegar tan agotada todas las noches.

John era bueno negociando, pero no estaba colocando sus cartas sobre la mesa, lo que me parecía un poco extraño.

—Sigue sin proponer nada, señorita Karen. Sólo me está diciendo que no puede.

John levantó el vaso de whiskey que tenía en la mano y se mojó los labios con aquel liquido de color dorado suave. Con le tiempo me di cuenta que lo que el bebía no era cualquier licor barato.

—No sé qué quieres hacer entonces □ dijo luego de tomarse su tiempo para saborear su bebida y tragarla □ pero, si no quieres quedarte ni quieres continuar dando clases, ¿cómo crees que podamos resolver el problema de Noah? A penas acabas de comenzar, ¿no crees que deberías darle un tiempo por lo menos?

—No quiero dejar mi casa sola...

—Uhm □ masculló John su interjección.

Parecía que estaba pensando en algo. Mientras tanto, yo preferí mantenerme callada para no interrumpir sus pensamientos.

—Sólo te preocupa tu casa, ¿verdad? sacó el tema a relucir como si estuviera atravesando una epifanía.

—Sí □ respondí sin pensarlo demasiado □ no quiero descuidarla...

—Sí, sí, lo sé □ me interrumpió y volvió a tomar otro sorbo de su vaso y se quedó en silencio de nuevo.

—¿Qué quiere decir con eso? lo miraba intrigada, tratando de saber cual sería su resolución.

—¿Por qué simplemente no mandamos a alguien que trabaje para mi para que supervise tu casa, te ayudo a remodelarla y, en el proceso, que debería estar durando más o menos lo mismo que falta para que el año escolar de Noah acabe, te quedas aquí?

—¿Mudarme? Me parecía la misma solución con ciertas variables. □ No lo sé.

—Es por un tiempo, no es para siempre. Te podemos dar tu propia habitación;

tengo un anexo en donde puedes quedarte cuanto quieras.

—Pero si lo hago...

—Sí lo haces no sucede nada. Sólo estarías aquí mientras te requerimos, el resto de tu tiempo libre no estarás trabajando. Es para poder agilizar tu tiempo. No tiene que ser todos los días, puede ser sólo aquellos en los que debas estar con Noah. ¿Te parece?

Ahí estaba la naturaleza de John, la que le consiguió tantos éxitos. No había peros para él, cualquier problema era resoluble, y yo sólo parecía una niña quejumbrosa.

—¿Está bien así? agregó □ yo no tengo problema con que te quedes ¿sabes? La que está en contra de eso eres tú.

Creo que en ese momento no estaba del todo al tanto de lo que realmente era «mi problema». El tiempo supo darle sentido a lo que realmente me preocupaba.

—Está bien. Hagamos eso □ dije, aceptando el trato.

No puse en contexto lo que, en sí, hacíamos, ni en donde estábamos. Nos encontrábamos en la sala de su casa, justo en el lugar en donde dejé mi móvil caer el primer día que entré a su habitación. John estaba sentado en su sillón personal, justo en la esquina de una pared, al lado de una ventana; cada que alguien iba a la casa siempre se sentaba ahí, el lugar perfecto para verlos a todos y ser visto por cada uno de sus invitados.

Yo, con mi Tablet en la mano, revisando lo que había estado enseñándole a Noah en los últimos dos días en los que le había supervisado los estudios, y dándole el memorándum a John, me encontraba sentada en el sofá a su izquierda, con una copa de jugo durazno que John había pedido hacer para mí.

—No terminaste de decirme cómo iba Noah □ mencionó John luego de darse un trago de su whiskey como símbolo de triunfo tras conseguir un acuerdo conmigo.

—Sí, eso... vacilé, miré la Tablet y retomé lo mío □ en efecto, tiene problemas con ingles, no sé si es porque lee poco, porque no está prestando atención a clases o porque simplemente no le gusta. En cuanto a español, simplemente no le importa. En las clases de español traté de enseñarle hablándole en el idioma, pero no surtió ningún efecto, simplemente lo ignora.



Mientras hablaba sentía que John me estaba mirando, era obvio, supongo que es parte de su educación (la de cualquiera que la tenga) pero no de la forma en que normalmente alguien lo haría. Me sentía invadida, que lo hacía con un tono diferente, que intentaba hallar algo en específico al verme con tanta atención.

—¿Lo ignora? Si conmigo habla español, no lo ignora. □ dijo casi de inmediato.

Levanté mi mirada y me encontré con que sus ojos, en efecto, estaban fijos en mi. Me recorrió un escalofrío por toda la espina, esparciéndose en mis brazos, mi pecho, mi nuca; como una onda expansiva. Por fuera, no parecía afectada, pero por dentro, estaba tan estremecida como un átomo moviéndose de un lado a otro.

—Lo que trato de decir es que, en cuanto a la parte técnica, no le da importancia y simplemente sigue con su vida. Su excusa es que ya sabe hablar español □ respondí, tratando de sonar natural, no afectada por lo que había notado.

—Bueno, entonces habrá que darle más atención a ello □ seguía sin quitar su mirada, así que bajé la mía y me enfoqué en la Tablet, esperando que, sin contacto visual, no sería tan abrumador.

Aclaré mi garganta y me propuse cambiar de tema.

—En cuanto a las otras asignaturas, parece que simplemente no ha prestado atención.

—¿Tendrá algún déficit? me preguntó de repente, tratando de encontrar una respuesta □ ¿será eso?

Me lo imaginaba haciendo los gestos que acompañaban sus palabras para no levantar la mirada y encontrarlo viéndome con atención.

—No lo creo, pienso que es sólo una etapa. Algunos niños simplemente no quieren prestarles atención a las clases del colegio.

De repente, John se levantó de su asiento, como si hubiera terminado la reunión y estuviera ávido por irse.

—¡Bueno! levantó la voz, y, con ella, me hizo levantar la mirada □ la parte positiva es que, ahora que te quedarás aquí, podrás supervisar más a fondo su educación.

—Sí pero... traté de darle una razón para que no creyera que sólo me encargaría de eso, pero John supo interrumpirme, como siempre.

—Así que no tenemos por qué hablar más al respecto. No podemos esperar mucho de tan sólo dos días con él □ se inclinó un poco y enterró su mirada en mis ojos □ ¿a poco no?

Yo pienso que, lo que me sucedió en el elevador fue por culpa de su mirada. La forma en que transmitía su esencia con ella podría cautivar a cualquiera, y yo, no era precisamente especial. Lo digo porque, en ese momento, me sentí igual.

John me miraba con una sonrisa alumbrando su rostro, esperando a mi respuesta asertiva (porque los dos sabíamos que no se detendría con un no), lo que me trasladó al mismo lugar que me llevó en el elevador. Al momento no lo había aceptado, o incluso notado. No fue, sino con el tiempo, con lo que llegué a esa conclusión; John me estaba atrayendo paulatinamente con gestos tan fútiles como ese.

Mirarme sólo fue la punta de iceberg.

—Sí, creo que sí □ respondí, con la voz temblorosa.

—Entonces no se diga más □ se apartó el lugar en donde estaban todos los muebles de la sala □ mañana tendrás dos horas para estar con Noah.

—¿Dos horas? exclamé □ ¿no es mucho tiempo?

John no detenía su paso, ya iba por las escaleras.

—No, ahora que te quedaras cuando le supervises, entonces puedes dedicarle más tiempo. Más tarde hablo con Mariana para que acomode una habitación sólo para ti.

Poco a poco su voz se iba escuchando menos y menos, hasta que simplemente desapareció. Mientras, yo quedé parada viéndolo mientras se iba, tratando de asimilar mi nuevo cargo.

—Maldición, no quería quedarme aquí □ dije, sólo para mi.

Antes de darme cuenta, había transcurrido casi un mes, el calor del verano, aunque distante, comenzaba a abrigarnos. Antes de llegar a ese punto del año, mi vida como la asistente cuyos cargos dependían del humor de John, estaba tratando de dominar mi etapa de tutora.

—No, Noah, no se supone que debas decirle eso a tu profesora.

—¿Por qué no? ¿pregunto, con tanto orgullo que parecía que me daría una bofetada con él □ Su español es malísimo.

Con él aprendí que la parte más difícil de enseñarle a Noah, era que necesitaba hacer que él entendiera que no era mejor que nadie simplemente por ser él. No sabía eso del pequeño, y más que todo, no lo esperaba cuando se trataba del hijo de John.

—Porqué no, la profesora sabe cosas que tú no □ traté de explicarle, ya estando al límite de mi paciencia □ No debes estar diciendo eso.

—Ella no sabe español, no como yo □ insistía Noah □ siempre anda diciéndonos cosas como verbos, y sustantivos, y consonantes, y sonidos, y nunca nos habla en español □ explicaba, con cierto tono de desagrado que parecía que le daba asco lo que ella le enseñaba.

—¿Y tú sabes al respecto? ¿pregunté.

Noah hizo silencio por unos segundos, intentando encontrar la respuesta a mi pregunta, pero este niño era imparable.

—No nos habla en español, ninguno en mi clase sabe hablarlo, los profesores de español son patéticos.

Todos los días, pasada la hora de llegar de la oficina de John, específicamente los martes miércoles y viernes, debía prepararme para tratar de lograr lo imposible con un niño que desde lejos no es nada parecido a quien es en realidad.

Durante semanas, aprendí de él tanto, que parecía que lo conocía mejor que su padre. Era dominante, intenso, orgulloso. No entendía por qué era así, pero parecía que tenía algo que ver con John.

—Cuéntame Noah, ¿qué aprendiste hoy? ¿pregunté, comenzando la clase con

mucho entusiasmo.

En secreto, siempre quise impartir alguna clase a algún grupo de niños; tenía el deseo de preparar las futuras generaciones con las cosas que yo siempre quise aprender de alguien experimentado, sin embargo, a pesar de que no era exactamente lo que quería hacer, estaba emocionada, o por lo menos así empezaba las clases.

—Nada.

—¿Cómo te fue hoy?

—Bien □ respondía mientras se quitaba el bolso con completa apatía.

No tenía mucha experiencia con niños, pero definitivamente sabía que ese no era el tipo de energía que los infantes deberían tener. O eso creo. ¿Habré sido así cuando tenía su edad?

—Muéstrame qué clases viste hoy □ se lo pedí amablemente, sin dejar que su actitud me desanimase.

—Aquí tienes.

—Matemáticas □ leí en la portada de su cuaderno □ Así que hoy viste divisiones le dije luego de ver la clase de ese día.

—Sí, eso vimos □ afirmó sin prestarme mucha atención porque tenía el móvil en la mano.

Me exasperaba que fuera así, pero me controlaba, por amor a mi trabajo.

—¿Qué más aprendiste hoy?

—No lo sé, nada, creo.

Noah no me hablaba viéndome directamente a los ojos, lo que de cierta forma me frustraba de manera exagerada.

—Historia leí del cuaderno que yo misma cogí de su bolso.

Noah siempre cargaba esos pesados cuadernos en su mochila porque, según decía, no confiaba en dejarlos en la escuela.

—Ya veo, con que estás viendo esto □ la nostalgia me invadía de vez en cuando □ recuerdo cuando me dieron esto, yo estaba en la escuela de mi pueblo y... hasta que levantaba la mirada y veía la falta de interés de aquel niño.

A los días aprendí que debía tener un control completo de lo que veía, sin que me lo dijese él, por lo que me cree un programa en donde debería ver todas las clases que le correspondían (cosa que obtuve gracias a John y a su increíble habilidad para convencer a las personas de que le dieran lo que él quería) por muy a pesar de que no se pudiera.

Con el tiempo aprendí que debía ser firme con él, no dejar que me dominase, así que comencé a tomar medidas luego de tener ciertas conversaciones acerca de su comportamiento con su padre.

—Coloca tu móvil aquí, jovencito.

Al principio, Noah se mostraba renuente a colaborar con la clase.

—¿Por qué debería hacerlo? No es tuyo, yo decido qué hacer con esto.

—Pues, porqué sí. No prestas la debida atención, no aprendes nada y pierdes el tiempo con él en la mano.

—Le voy a decir a mi papá □ fueron sus excusas por un tiempo.

Noah, a pesar de ser un niño parcialmente educado, respetuoso y amable, era un infierno cuando se trataba de cosas semejantes a la educación.

—No me importa, tu papá me dio permiso a hacer lo que fuera necesario para que aprendieras.

Con paciencia, fui dominando a ese pequeño demonio. A veces, sentía que necesitaba tomar un respiro, que dar clases no era para nada como yo creía que sería y que, cuando conocí a ese niño, no me lo imaginaba de esa forma. Extrañaba al Noah que no hablaba mucho, que me sonreía con amabilidad, que me respetaba.

Yo no estaba preparada para cosas como esas.

Pero, las cosas no fueron tan malas todo el tiempo. Efectivamente comencé a verme más cerca de John día tras día, lo que endulzaba mi vida. Estar con él era cada vez más interesante porque no sólo lo veía mientras trabajaba como su asistente, sino que compartía las noches a su lado. Me encantaba estar junto a él. Gracias a eso, comenzamos a hablar más, no de nosotros (no como yo quería) pero sí sobre las cosas que le enseñaba a Noah, o sobre asuntos de la casa. No había momentos de silencio entre los tres.

Todo eso compensaba las horas que invertía en el pequeño de la casa y su

educación. Era difícil, no voy a mentir, pero yo no me rendía, no me estaban pagando por eso; John quería ver resultados y yo estaba dispuesta a dárselos. Día tras día me levantaba con la idea de que vería al pequeño, pero, por otro lado, también al padre, durante horas. Era algo que me obligo empezar a ver la semana como algo completamente diferente.

Fluctuaba entre el entusiasmo y la desesperación cada mañana que me correspondía quedarme en su casa y dar clases. Feliz porque vería a John, estresada porque me tocaba hacer de tutora a un pequeño que no quería aprender.

Noah luchaba con

Pero, con el tiempo, eso fue mejorando.

Parte de mi obligación como tutora era tratar de enseñarle a Noah que era importante saber cosas, que debía prestar atención a clases y a aprender esas que ya había perdido por su falta de interés en verlas. Me costaba lidiar con su actitud, con su forma de ser.

Llegué a pensar que Noah era así por el hombre que era su padre: alguien millonario, con recursos, con tanto dinero que nada le haría falta en la vida ni a él ni a su hijo. Ese tipo de cosas suelen darles un mensaje erróneo a los pequeños. Sí, tal vez era un cliché: hijo de millonario igual a niño malcriado. Pero John no era así, no se veía como el tipo de persona que educaría mal a su hijo; pero era lo que se veía a simple vista.

Yo no soy una psicóloga, no puedo saber qué piensa ese niño con un diploma de cineasta en mi mano, pero, estaba segura que algo tenía que ver con eso y mi observación no estaba errada. Noah estaba atravesando una etapa en la que sabía lo que era tener dinero, y lo que significaba eso como persona. Creo que parte de su comportamiento venía de la mano por la forma en que John hacía las cosas. Siempre se comportaba como un jefe para todos, estando alrededor de él (lo hacía estando conmigo, no dudo que lo hubiera hecho cuando no) por lo que supuse que era eso, que estaba acostumbrándose a obtener todo lo que quería con tan sólo pedirlo.

—¿Ya terminamos? me preguntaba constantemente mientras veíamos el repaso de sus clases.

Otras veces agregaba un «tengo algo que hacer» como si fuera el niño más ocupado del mundo. A lo que yo le respondía con un rotundo no, porque tenía

que estar ahí, aprendiendo, no perdiendo el tiempo con lo que fuera que hiciesen los niños de su edad.

Poco a poco me vi en la posición de tener que ser comprensiva con él, de darle a entender que no todo era gratis en la vida, que tendría que esforzarse y que debía respetar a las personas que le trataban de enseñar. Sus maestras estaban completamente frustradas con él a pesar de estar acostumbradas a niños millonarios. Era desafiante, era inquieto, pero yo tenía un plan.

Comencé con tratarlo como un igual, a hacer más dinámicas nuestras clases, a ser más y más entretenida, a ser como yo quería que fueran mis profesores a su edad: menos estirados. Lo dejaba participar, le pedía que me prestara su punto de vista y que participara más con lo que fuera.

Cuando se trataba de historia, usaba sus juguetes como personajes; con español le hablaba sólo en el idioma y le explicaba la clase para que se sintiera integrado, siempre usando palabras nuevas (cosa que descubrí que le gustaba) y así comenzó a prestar atención. A mi manera, traté de hacer que se sintiera a gusto conmigo y, poco a poco, fue cobrando fruto.

Me gusta pensar que el pequeño me cogió cariño por el entusiasmo que le estaba inyectando a las clases que le daba. Lo bueno es que ese mismo nivel de interés, me fue haciendo ganar puntos con John. Mientras me ganaba a uno, me ganaba a los dos.

Por su parte, el niño seguía siendo parte de mi prioridad. Uno de mis más grandes retos fue enseñarle a prestar atención en general. Noah veía la vida a su manera, y eso esa algo que había que saber de él si lo que querías era enseñarle algo.

—Noah, cuanto es trescientos cuatro por doscientos quince □ pregunté, haciendo un repaso en sus clases de matemáticas.

Ya estaba interesado en lo que hacíamos, ya no se distraía ni cambiaba el tema para terminar rápido.

—Veamos. Treientos cuatro por uno son treientos cuatro

—Noah, no creo que... traté de interrumpirle.

—No, no... espera □ dijo Noah □ deja que siga, ya vas a ver.

Lo miré llena de duda, pero de todos modos lo dejé continuar.

Quería ver qué estaba tratando de hacer, como ya había dicho, él veía el mundo a su manera, así que, debía esperar.

—Vale.

—Bueno, si treientos cuatro por uno son treientos cuatro y treientos cuatro por dos son... Noah comenzó a señalar una pared de vidrio que yo estaba usando como pizarra, con el dedo índice como si estuviera escribiendo los números □ seiscientos ocho, y por cinco serían □ hizo una pausa corta □ mil quinientos veinte.

Yo comencé a ver la cuenta que había escrito en mi Tablet con el lápiz de pantalla y vi que, dentro de su método desordenado, había sentido, poco, pero lo había. Estaba multiplicando la cantidad por cada dígito de aquella cifra. Lo estaba haciendo mal, pero bien de cierta forma.

—Eso nos deja con mil quinientos veinte más trescientos cuatro y seiscientos ocho...

—Creo que no te va a dar... dije, apresurándome a su resultado.

Noah estaba convencido de lo que estaba haciendo era lo correcto. Como siempre, se abalanzaba a las cosas a su manera tratando de resolverlo todo con un punto de vista único. No estaba en contra de eso, sentía que debía motivarlo a seguir; se veía seguro de lo que estaba haciendo; concentrado, no dejaba de ver la pizarra improvisada en el vidrio que estábamos usando. Yo quería ver el resultado.

El resultado que debía obtener, tomando en cuenta lo que estaba haciendo, no llegaría, ni por mucho que quisiera, a asemejarse al correcto, pero, no quise decírselo hasta que él mismo se diera cuenta de su error.

—Eso me daría... hizo una pausa, succionó la saliva en sus dientes produciendo un sonido de hastío □ no, ya va □ repitió lo que estaba haciendo con el dedo antes, para luego terminar bajando la mirada y escribiendo algo en su cuaderno, lleno de entusiasmo.

—Noah, si quieres □ pensé en alentarle de hacerlo de otra forma, antes de ser interrumpida.

—Sesenta y cinco mil trescientos sesenta

Mi cara de decepción no fue normal. Le había dicho que se esperara y no me hizo caso. Ya sabía por qué estaba tan mal en clases. Por qué no prestaba



atención; aquella información no era nueva para mi, pero no sabía por qué, a ese punto de nuestros repasos de clase, seguía insistiendo en no hacer las cosas de forma adecuada.

—Lo siento, Noah, creo que no es ese el resultado □ aseveré, mirándolo con lastima a los ojos.

Bajé mi mirada para ver el resultado que yo había sacado segundos atrás antes de que comenzara a multiplicar a su manera.

—Es en realidad, seis □ vacilé □ dijo, sesenta...

En lo que seguí leyendo mis propios números, me di cuenta que no estaba equivocado.

—Sesenta y cinco mil trescientos sesenta □ repitió, como si no viera el motivo por el cual no le daba la razón □ lo acabo de decir.

—Pero... □ algo no andaba bien.

Comencé a mirar el resultado que tenía en mi Tablet, el que había en el vidrio, luego a Noah, y seguí con eso hasta que no pude encontrar la respuesta por mi misma. No sabía cómo le había hecho para sacar las cuentas de esa forma.

Comencé a hacer lo mismo que él y me daba resultados diferentes. La suma de la multiplicación de cada numero por separado me daba otro resultado. Al cabo de un rato insistiendo en que estaba equivocado y no había forma de que lo lograra, comencé a dudar de mis habilidades numéricas.

—¿Qué hiciste? me acerqué a su cuaderno para ver lo que había hecho.

Me senté a su lado, dejando mi Tablet sobre el sofá y mirando fijamente a su cuaderno.

—Pues multipliqué y luego las sumé, cómo tú me dijiste.

—Pero no debería darte ese resultado, debiste hacer otra cosa, no puede darte esa cantidad.

No detallé lo que había hecho, estaba plenamente segura de que él había hecho algo mal, no yo.

—¡Claro que sí! insistió Noah. Levanté mi mirada y lo vi a los ojos.

—Noah, no hay forma de que hayas sacado trescientos cuatro por dos, por uno y por cinco y que te de esa cantidad □ dije, insistiendo en que había hecho

algo mal.

—¡Claro que sí! Vociferó, completamente seguro de sus cuentas.

Noah se levantó, cogió el marcador para pizarra, y se acercó al vidrio.

—Mira, trescientos cuatro por dos da seiscientos ocho □ lo anotó □ por uno da trescientos cuatro □ lo anotó al lado del ultimo resultado □ y por cinco da mil quinientos veinte.

—Exacto, y si sumas todo eso no te puede dar sesenta mil □ aseveré, entre segura y dudosa de mi habilidad para sacar cuentas.

—Espera □ se dio la vuelta y comenzó a escribir mientras me hablaba □ lo que pasa es que el dos no es un dos sino un doscientos, el uno es un diez y el cinco □ vaciló □ ese si es un cinco. Entonces, si coloco los dos ceros del dos a los seiscientos, el cero del uno a los trescientos y lo sumo por los mil quinientos, me da... se tomó su tiempo para escribirlo luego de colocar cada cifra una sobre otracomo una cuenta normal □ sesenta y cinco mil trescientos sesenta.

Habló con tanta seguridad y el resultado daba, que, tardé unos segundos (tras ver fijamente a los números que había escrito en la pizarra improvisada) en darme cuenta que lo que había hecho era la forma adecuada de sacar una multiplicación de una cifra de tres dígitos, pero completamente desordenado.

—¿Ves? interrumpió mis pensamientos, insistiendo en que tenía razón; con un brillo intenso en la mirada.

—Está bien □ dije, afirmando que su cuenta estaba bien hecha, de cierto modo □ pero creo que te complicaste demasiado.

—¿Qué? me cuestionó □ Pero si lo hice bien, no sé por qué es malo que lo haga así □ dijo Noah.

En su rostro se notaba que estaba decepcionado. Intentaba sorprenderme con sus habilidades numéricas tras sacar esa cuenta, pero al ver que no estaba del todo conforme con lo que había hecho, su mirada fue perdiendo ese ferviente brillo que tenía segundos atrás.

Me levanté y me acerqué a él.

—Ya veo lo que hiciste aquí □ tomé el marcador para pizarra e hice lo que debía □ hiciste lo que debías hacer pero de otra forma.

Luego de un rato insistiéndome que lo que había hecho tenía sentido, que no podía estar equivocado porque le había dado el resultado correcto, Noah se sentó, completamente despeinado, con los brazos cruzados, completamente afectado por la ineludible realidad, que, con su método para multiplicar, estaba siendo pretencioso.

—¿Qué significa pretencioso? preguntó cuando se me salió la palabra.

No supe cómo explicarle sin que fuera a sonar ofensivo.

—Bueno, que  vacilé  que lo hiciste y parece que estas seguro que tu método es mejor.

—Pero si lo hice bien  insistió  no sé por qué está mal.

—Querido  le dije  las matemáticas están creadas para hacer más simples ciertas cosas, por lo que la forma en que se hacen las sumas, las multiplicaciones, las divisiones, etc. Se hicieron para que todos las entendiésemos.

—Pero así se hacen las cosas realmente  me dijo  hice lo que me dijiste. Multipliqué y luego sumé.

—¿Y por qué no lo hiciste igual, pero en el orden que te dije?

—Porque, no es igual de divertido  confesó

Recuerdo que lo miré, queriendo decirle que a pesar de que le gustase hacerlo así, en su escuela no iban a saber evaluarlo. Quería contarle que a pesar de que tuviese resultados no tendría el reconocimiento que él estaba buscando.

Al verlo tratar de entender por qué estaba equivocado a pesar de haber sacado bien las cuentas, me incliné frente a él para estar a su altura, y le cogí por los hombros.

—¿Cuánto tiempo tienes haciendo tus cuentas así?

—Desde siempre. Me gusta hacer las cosas por orden. Una por una, así pienso sólo en una ¿sabes? Es como hacer muchas cosas a la vez y luego uniendo todo a la final.

—Al final...  corregí, casi como un reflejo. Aclaré mi garganta al saber que no entendería mi corrección y lo dejé morir ahí.  ¿y qué más?  motivé a hablar.

—Bueno, que hago las cosas así, y me gusta hacerlas así.

—¿Se lo has mostrado a tus profesores?

—No. No les gusta.

En sus ojos se veía cómo intentaba hacer las cosas a su manera y yo, intentando no ser cruda con él, traté de manejar la situación lo mejor que pude. ¡Claro que quería decirle que no porque su método fuera funcional lo iban a dejar hacerlo! Yo estaba segura de que en la escuela no lo iban a atender, que sí se lo llegábamos a decir, nos interpelarían con algo como: «pero él debe adaptarse al sistema, no el sistema a él» y yo o John estaríamos en total desacuerdo con aquellas palabras y haríamos algo de lo que nos arrepentiríamos.

A causa de eso, preferí ser indulgente con él, negociar la situación.

—Vamos a hacer una cosa □ le dije

—¿Qué?

—¿Qué tal si aprendes a hacer las cosas de las dos formas?

—¿De las dos formas?

—Sí, una vez leí una historia que se llamaba «el hombre que calculaba», trataba sobre un hombre que contaba cualquier cosa con tan sólo verla □ le hablaba como si se tratara de algo realmente asombroso □ incluso sabía cuántas hojas habían en un árbol enorme ¡con tan sólo verlo!

—¿Y eso qué tiene que ver con como yo hago mis cuentas? preguntó sin ver la relación.

Era de esperarse, no estaba siendo muy clara, siquiera había llegado al punto que quería.

—Bueno, que este hombre aprendió a sacar cuentas y a calcular a su manera sin ayuda de nadie □ continué con mi idea, hablando con completo entusiasmo, tratando de atraer su atención □ , pero también conocía los métodos que habían sido inventados por los más grandes matemáticos, científicos y cualquiera que supiera de números en la vida.

—¿Y?

—Que tu puedes ser igual, puedes aprender ambas cosas y hacerlo como tú quieras.

Le sonreí, tratando de ver si mi propuesta había surtido algún efecto

importante en él. Noah respondió a mi sonrisa y, en esta, vi al mismo hombre que participó en traerlo al mundo. Tenían las mismas facciones, los mismos gestos, incluso, los hoyuelos de sus mejillas se hundían del mismo modo.

—¿Qué dices? ¿Lo hacemos? insistí.

—Está bien □ dijo, asintiendo con la cabeza como si estuviera rompiendo una pared con ella.

En un grito de júbilo me levanté y saboreé mi victoria.

—Excelente entonces □ levanté la Tablet del sofá y miré la hora □ bueno, ya terminamos por hoy. Mañana seguiremos con español, volveremos a hacer lo que te gusta.

—Vale □ respondió.

Ya había establecido algo importante con aquel pequeño. Nos llevábamos bien, ya no me ignoraba, y ese día entendí que nuestra relación estaba mejorando por completo. Luego de eso, conversamos un rato sobre las cosas que hacía a su manera, sobre lo que quería hacer con lo que aprendiese y si iba a seguir prestando atención, incluso compartimos unas cuantas carcajadas. Nos sintonizábamos como si todo ese tiempo, en vez de ver clases, estuviéramos estableciendo una amistad; yo estaba contenta.

Pero aquel día no terminó allí; se haría mucho mejor. John nos vio por un rato. No me di cuenta que estaba ahí hasta que hizo notar su presencia con un sutil tosido.

Habíamos terminado la clase, Noah me ayudó a limpiar el vidrio en donde estábamos escribiendo e ido a su habitación a jugar con sus videojuegos. Yo pensaba que estaba sola, terminando todo, acomodando mis cosas, buscando mi móvil para ponerme al corriente con mis redes sociales y demás cuando, de repente, John apareció.

—Parece que ahora se están llevando bien □ dijo, apareciendo de la nada, luego de toser.

Yo di un pequeño salto por el susto de su repentina aparición.

—¿Te asusté? se estaba riendo... riéndose de mí.

—Sí, no me esperaba que aparecieras así. Creí que estaba en su oficina o algo por el estilo.

—Lo estaba, pero luego te escuché gritar y vine.

—¿Gritar?

—Sí, gritar. Luego vine y estaba hablando con Noah.

—¿Nos escuchaste?

—No mucho, pero sí los vi que estaban pasando un buen rato □ dijo John.

—Sí □ continué recogiendo mis cosas □ estuvimos hablando un rato, distrayéndonos de los números y eso.

—¿Todo bien? preguntó. Se acercó a mi y cogió el cuaderno de Noah que estaba aun abierto.

—Sí, estuvimos haciendo unas operaciones y eso.

—Que bueno, muy bien □ John estaba pasando las paginas del cuaderno de su hijo mientras me hablaba. No levantaba su mirada para verme.

Traté de no verlo mucho, continué con lo mío, terminé de acomodar mis cosas, de cerrar las aplicaciones que tenía abierta en mi Tablet, todo lo necesario para ignorar que John estaba ahí. A pesar de que estábamos pasando mucho más tiempo juntos, aun me era un poco difícil estar con él sin sentirme como una tonta enamorada. No era tan fácil seguir ignorando mis intereses.

—¿Qué harás hoy? preguntó John, tan repentino como su aparición.

—¿Hoy? pregunté al viento haciendo memoria de lo que podría hacer ese día.

No era mucho, no hacía planes cuando me tocaba quedarme en aquella casa, así evitaba tener que salir de noche o algo por el estilo.

—Creo que nada □ dije, pensando todavía si realmente no tenía nada que hacer. □ Sí, nada □ aseveré al fin.

John levantó la mirada y me sonrió.

—Perfecto □ exclamó, acompañado por el sonido de golpe que hizo al cerrar el cuaderno con un único movimiento de su mano □ ¿quieres ir a cenar hoy?

Durante días, semanas y meses, antes de eso, estuve ansiosa por conseguir algo de John. Un beso, un abrazo largo y especial, alguna caricia en la mejilla, incluso si era para quitarme algún poco de salsa que me hubiese caído mientras comía. Lo que fuera habría sido más que bienvenido por mi.

Sí, había estado recibiendo su atención de diferentes maneras; fuera para hacer cosas que de cierta manera no me correspondían, o un simple comentario, él sabía hacerse notar. Fuera especial o no, viniendo de John, todo, absolutamente todo, era maravilloso.

No sólo era su atención a mis palabras, sonrisas, ni su mirada penetrante o el sonido de su voz al pedirme algo relativamente absurdo para la hora, el lugar o el tipo de trabajo (el cual debía dejar de hacer, para cumplir) que estaba haciendo en ese momento.

A veces se antojaba de alguna bebida exótica que vendían prácticamente al otro lado de la ciudad la cual yo debía ir a buscar (más que todo porque era quien tenía las llaves de su coche). Otras veces me tocaba tener que dejar de hacer algo para poder cumplir con otra cosa: comprar las entradas para una película en estreno en determinado lugar porque mi jefe era un cinéfilo orgulloso, tener que comprar un dulce en específico que traían exclusivamente de Suramérica (que incluso mandaba a buscar en el país que los producía cuando no lo conseguía aquí); servir de mensajera a mediados del día.

De vez en cuando me pedía que descansara un poco de mi trabajo y me mandaba a recibir masajes, comiera, viera una película (era difícil para él no relacionar el cine con algo bueno a pesar de que yo no era muy amante de las películas) o cualquier cosa; distracción la cual se veía frustrada en el proceso porque tenía que atender algo importante que, irónicamente, él me pedía.

Pero la parte del trabajo agotador, de que lo que me pedía parecía absurdo y rozaba la línea de la explotación sin cruzarla, ya lo había superado, así que comencé a prestarle atención a otras cosas importantes entre nosotros.

Ya la atención que le prestaba a mis palabras, sus ordenes como mi jefe, sus sonrisas, su mirada y el sonido embriagante de su voz dejaron de ser los protagonistas de mi afecto. Le cambio por gestos, cumplidos, mimos...

Algunas veces era un:

—Se ve bien hoy, señorita Karen... y continuaba como si no hubiera dicho nada.

Otras, genuinamente sutil, era detallista.

—Me gusta lo que hizo son sus manos, señorita Karen, le queda bien □ cuando acababa de compra un barniz nuevo.

A su vez, de manera completamente innecesaria, si no era un cumplido a mi apariencia, a algún cambio poco relevante o, mientras hablaba, un comentario al azar de mi atractivo; John, así no más, me veía fijamente cuando no estábamos hablando o haciendo algo.

No sabía cómo interpretar sus acciones porque, como yo lo veía, tan raro como nuevo, era imposible que tuviese sentimientos por mi.

Esa tarde, en medio de la sala, un pizarrón de vidrio improvisado y una mirada de estúpida, John había puesto en marcha una de mis más grandes fantasías: tener una cita con él.

—Sí □ Como un reflejo, dejé escapar la afirmación entre mis labios sin siquiera pensarlo, hasta el punto de que no puede llamarse una decisión □ claro que quiero ir a cenar contigo.

—Perfecto entonces □ exclamó con júbilo sin entender en realidad lo importante que eso había resultado para mi.

—Perfecto □ repetí con el mismo animo, sonriendo; endemoniadamente feliz por lo que acababa de suceder.

Honestamente, el tiempo que pasaba sola pensando en John, lo invertía pensando en todo lo que podría hacerme como mujer, en lo increíble que debería ser tenerlo como amante. El resto del tiempo (el que invertía imaginándome una vida a su lado), me convencía de que era lo suficientemente hermosa para ser de su tipo como la cohorte de mujeres que alguna vez le vi tener, para atraerlo con mis encantos y mi belleza. Era absurdo siquiera pensar que alguien como yo atrajera un hombre como él, pero, eso no me privaba de desearlo.

Tal vez la espera me supo recompensar. Había estado deseando estar con él a solas de forma persona, sin necesidad de estar hablando de trabajo, de tener que hacer algo para él, su hijo o su empresa y sintiendo que realmente estábamos disfrutando de la compañía del otro. John era el sueño erótico de



cualquier mujer, yo no era más que su asistente, pero, ese día, justo en ese día, me sentí como una chica especial.

Luego de horas buscando qué vestir, de maquillarme, de hacerme ver lo suficientemente bonita para él y de salir de la casa sola para encontrarme con un hombre apuesto vestido de traje parado en frente de uno de sus coches favoritos, aquella noche comenzó de verdad.

—Se ve hermosa hoy, señorita Karen; estupenda, si me pregunta.

John fue todo un caballero: esperó que me acercara, me dio un beso en la mejilla como si estuviéramos saludándonos luego de tiempo sin vernos, me abrió la puerta de su coche y la cerró en lo que entré en él.

—Usted no se ve nada mal vestido así, señor John □ yo trataba de parecerme a la competencia.

—Me vestí yo solo □ dijo con orgullo □ sin la ayuda de más nadie.

—Ya veo, creo que ya no necesitaré que lo asesoren entonces □ dije.

Ya estábamos dentro del coche, él aun no encendía el motor, no hasta que se giró a verme, y, con una sonrisa traviesa (ese tipo de sonrisas que usarías cuando quieres decirle a alguien que le desnudarías con la boca); y una mirada llena de encanto, dijo:

—Nunca lo necesité □ encendió el motor y puso en marcha el coche, dejándome muda y sin poder hablar.

Lo tomé como cualquiera lo tomaría, me sonrojé y simplemente dejé que el silencio dominase nuestro viaje. No tenía idea de a donde iríamos, lo que hizo de mi elección de ropa una batalla campal. Terminé eligiendo lo más neutro entre lo casual y lo elegante (cuando lo vi vestido de traje y sin corbata, con su mejor porte y perfume, supe que había hecho una buena elección) por lo que no tenía idea de cuanto duraríamos dentro del coche los dos solos.

No era la primera vez, pero sí la más incómoda.

—Noah está trabajando muy bien □ traté de decirle, de sacar conversación de la nada.

Tratar de crear un tema en el que los dos tuviéramos una opinión y esperar lo mejor de eso.

—No hablemos de Noah □ interpeló de inmediato.

No tuvo necesidad de verme para hacerme entender que estaba hablando en serio, que realmente no tenía deseos de hablar de su hijo. Fue un poco frío, pero natural y, como si lo hubiera notado, lo acomodó con una sutil sonrisa queriendo decirme que todo estaba bien, que no era momento de eso.

—No hablemos de Noah □ repitió, esta vez, viéndome a los ojos con esa sonrisa □ esta noche no hablaremos de eso.

—¿Entonces de qué? □ quería saberlo, quería librarme de la incertidumbre que me estaba matando.

—De lo que sea. Cualquier cosa.

Habiéndome dejado pensando en el tema en específico del que quería hablar, el viaje se hizo corto hasta un restaurante en el centro de la ciudad. Estaba distraída, viendo por la ventana, estudiando todos los posibles tópicos que podríamos tocar; debía ser cuidadosa en mi elección porque no quería que me dijese que no quería hablar de ellos de la misma forma en que me dijo que no dijera nada acerca de Noah.

En lo que llegamos al restaurante, todo se hizo un poco más suave.

Ya sentados, habiendo ordenado el licor que tomaríamos y esperado a que nos diese hambre para pedir la comida, comenzó nuestra noche juntos.

—¿En qué piensas? □ preguntó John □ Te ves un poco preocupada. ¿No te gusta el lugar?

—Claro que me gusta □ reaccioné □ no es eso, es que, estaba pensando, eso es todo.

—Eso lo sé, te pregunté en qué estabas pensando. Es un poco obvio, pones esa cara cada vez que piensas: frunces el ceño, ves al frente sin ver realmente a lo que tus ojos apuntan, juegas con tus labios. Es lo mismo que haces todo el tiempo □ explicó □ creo que piensas demasiado, la verdad □ bromeó y luego se río.

Dejé que la sorpresa por su detalle no me dominase, y traté de desviar el tema.

—Sí, sólo estaba pensando en qué podíamos hablar □ confesé.

—¿Exactamente de qué?

—No lo sé, no llegué a nada.

Estaba nerviosa, sentía que podía arruinar el momento. Sí, habíamos comido

juntos en el pasado, pero no de esa forma, no con esas ropas, no con mi corazón en la garganta y mi cuerpo entumecido.

—Creí que podríamos comenzar hablando de Noah y ver a donde nos llevaba esa conversación, pero no quisiste.

—Porque no quiero hablar del trabajo, no quiero que me hables de las cosas que haces porque te pago para que las hagas □ John se veía tan bien hablando con su copa de vino en la mano, que parecía que había dominado el arte de beber.

—¿De qué quieres hablar entonces? No conozco ningún tema interesante □ estuve a punto de comenzar a divagar cuando la hermosa voz de John me interrumpió.

—Háblame de ti, hablemos de nosotros. Quiero que nos conozcamos.

Dejà vú. Estaba segura que ya me había dicho algo parecido a eso, en otro contexto, en otro tiempo. Eso me sacó de lugar.

—¿De nosotros? ¿Por qué quieres hablar de nosotros? ¿Qué sucede entre nosotros? Estaba nerviosa, lanzaba una pregunta tras de otra tratando de maquillar lo que era evidente □ ¿A que te refieres con eso?

John simplemente se reía, no dijo nada, no aclaró ninguna de mis dudas, sólo hizo eso por varios segundos; parecía que estaba encantado con ello.

—Te ves adorable cuando haces eso □ dijo al fin □ no, no estoy tratando de decir nada...

Pensé: ¿eso es bueno, que no signifique nada? Estaba tratando de encontrarle un sentido a todo eso, a nuestro encuentro, a nuestra cena, a sus palabras. Él estaba jugando conmigo y parecía que yo estaba perdiendo.

—Sólo trato de saber quién es Karen Kelson. Quién es la mujer que lleva esa hermosa cara, que se esconde detrás de ese rostro cansado, de las horas que trabaja, del cabello que a veces se le despeina porque es tan rebelde como ella.

No sabía qué decir, ni cómo reaccionar a eso. Creo que hasta se me olvidó como hablar.

—Eh... yo, no... divagué.

—Sólo quiero conocerte mejor, Karen □ primera vez que me llamaba así □

no he tenido tiempo de hacerlo y ahora, la verdad que deseo hacerlo.

—¿Antes no lo querías hacer? Estaba apenada, sonaba como una niña tonta que sentía vergüenza de su propia voz.

Calaré mi garganta, tragué saliva y repetí, tras ver que soné como una tonta.

—¿Antes no lo querías hacer?

—Claro que sí, pero no parecía apropiado, quería esperar.

—¿Qué estabas esperando? pregunté, buscando sentido a sus palabras.

John me miraba mientras sorbía de su copa, mientras yo hacía lo mismo, mientras trataba de tragar el extraño sabor aterciopelado de algo que no había probado en mi vida ni sabía exactamente como beber... mientras, mientras. Sólo había ese contacto entre nosotros, sólo estábamos él y yo; nuestras miradas chocaron una con la otra con intensidad, queriendo decir algo, hacer evidente el mensaje que se estaba escribiendo entre los dos.

—¿Qué estabas esperando? pregunté de nuevo al no ver respuesta.

John no se veía afectado por mi pregunta, no dudaba, no se veía como si estuviera pensando algo para responder o no supiera qué decir. Sólo estaba callado bebiendo de su copa mientras me miraba con una sonrisa en el rostro, transparente que decía que estaba haciendo tiempo, que iba a decirlo, pero cuando la tensión creciera; parecía maquinando algo.

—Sí quería, señorita Karen □ de nuevo con eso □ había querido preguntarle qué hacía para ganarse la vida pero ya lo sabía, quería preguntarle qué hacía en su tiempo libre y también lo sabía porque difícilmente tenía tiempo para eso.

John comenzó a tomar el control de la conversación de la misma forma en que tomaba el control de todo.

—He querido preguntarle tantas cosas, señorita Karen, pero siento que no debería molestarla más que con lo que ya le molesto. Trabajar para mí es un suplicio en cuanto a responsabilidades

—La paga no es tan mala □ traté de aligerar la conversación con eso.

—Esperaba que estuviera libre de alguna de las muchas cosas que le había pedido hacer. Y, de hecho, la que parecía estar cerca de culminar, eran las clases de Noah.

—Noah está yendo bien con ellas □ quería cambiar desesperadamente de tema.

—No es de lo que quiero hablar, señorita Karen. Quiero hablar de usted.

—¿Quiere que le cuente acerca de mi hermana, de mi familia? ¿Qué quiero hacer?

—No, señorita Karen, eso ya lo sé, ya hemos hablado de eso.

Estaba haciéndose cada vez más intensa la conversación, parecía que estaba desesperado; no se veía desesperado ¡Oh no! Ese hombre sólo demostraba control ¡ejercía el poder! No entiendo cómo era posible que lo hiciera ver todo tan sencillo. Pero su voz decía otra cosa, quería que el mensaje llegara a como diese lugar.

—Estamos hablando de que quiero saber de usted □ continuó □ quiero saber qué piensa de mi, qué quiere hacer con su vida. Quiero conocer a la Karen Kelson que se levanta todas las mañanas con una sonrisa cuando se queda en mi casa, que le avergüenza salir en bata porque no sabe lo hermosa que es, que intenta ocultar esa poesía que tiene cómo cuerpo; esas curvas que están compuestas por una métrica perfecta, en una rima consonante que endulza los tímpanos de quien le escuche pasar.

Quería hablar, quería interrumpirle. El mesero intentó hacerlo, pero lo alejó con un gesto de su mano, ignorándolo parcialmente, con su mirada fija en mi y sus palabras imperturbables. John no quería detener su monólogo ni yo que lo hiciese.

—Una mujer que no tiene fallas ortográficas ni gramaticales. Es una estrofa única atiborrada de versos perfectamente escritos. Su rostro, sus labios, su mirada □ vaciló □ sus manos, su cabello, sus piernas su abdomen, sus pechos, el color de sus uñas, el lago de sus pestañas. □ hizo una pausa; ese tipo de pausas que haces cuando quieres darle el turno para hablar a otros, pero no lo hizo, sólo continuó □ Señorita Karen, quiero conocerla, pero quiero conocer a la mujer detrás de todo eso, y a esa mujer sólo la conoce usted.

—Yo □ ¿qué se supone que debería decir? ¿Qué demonios podría compararse con eso que me acaba de relatar? No me moví ni un centímetro desde que empezó a hablar. Con ambas manos puestas sobre la mesa sosteniendo una copa con vino tinto, estudiando su mirada, siendo estudiada

por sus palabras y desnudada por su mensaje.

No tenía idea, no sabía cómo actuar. Sólo quería gritar y ver qué sucedía.

—No sé qué decirle, señor John □ repetí □ yo... no sé qué decirle □ repetí de nuevo, demostrando que estaba desconcertada.

Siento que así comenzó el hechizo de John en mi con esas palabras me hizo salir de mi zona de confort, sacudiéndome como si se tratara de uno de esos adornos de personas con cabezas que se mueven. No sabía qué decir, pensar o hacer. No me moví, no hable e incluso creo que ni siquiera pestañee.

—Lo que usted quiera, señorita Karen. Puede ir en orden si así gusta.

—¿En cuál orden?

—Quiero saber de usted en el sentido más puro de la palabra. Veamos, cuénteme de sus intereses, cuénteme de sus gustos □ John acercó su silla a la mesa y me regaló una de sus sonrisas.

Juvenil, elegante. Era la sonrisa de un niño que quiere conocer más sobre el mundo, que mira con ansias a sus padres entregarle una valiosa información, algo que siempre había querido escuchar.

—No sé por donde empezar, señor John. No soy nada compleja.

—No me importa. Lo que sea que puedas decirme será valioso para mi.

De nuevo con su forma única de hablar. Única no porque nadie más hablase así, única porque nadie me había hablado de esa forma. Su habla no era lo que te hacía sentir ridícula, era su mirada, su sonrisa, su porte, su figura completa. Así es él.

—Bueno, comenzaré yo □ dijo de repente □ ¿con qué puedo comenzar?

—No es necesario, podemos hablar de otra cosa, no es como que necesitemos esto.

—Oh, no, señorita Karen, sí que lo necesitamos.

—¿No podemos hacerlo simple? me encogí preparándome para un insulto, una reprimenda, una observación odiosa y cruda.

En cambio, recibí nada.

—¿Simple? ¿Qué propones?

Tenía que tomar el control de la situación a como diera lugar. Yo no soy una mujer débil, dócil o lo que sea. Soy una persona que no se deja doblegar por nadie. Es decir, ni siquiera mi poca experiencia sexual se interpone en mi vida. Eso es para perdedoras, suponer que por ser vírgenes deben ser tontas. Haber tocado un pene no hace más experimentado a nadie... el caso es que yo no soy así, que yo no pierdo el control. Puede que no sea perfecta, que no sea maravillosa como las demás (cualquiera, todas...) pero John no me dejaba pensar bien.

Tomé aire, sacudí mis hombros y esperé lo mejor. Tenía que hacer de esa cena algo bueno, no un interrogatorio como aquel.

—Hablar de forma natural, John □ primera vez que le llamé así. Partir desde un terreno elevado y tomar el control □ No tenemos que hacer preguntas y respuestas □ tragué saliva; sabía a vino □ yo también quiero conocerte, también quiero saber de ti.

No tenía el tipo de palabras que necesitaba para sonar como él, pero sabía cómo emparejar el tablero.

—Quiero que me conozca de adentro hacía afuera □ continué □ y quiero abrirme para ti. Pero no puedo hacerlo si me pones así de nerviosa.

—Lo siento □ parecía legitimo. Era legitimo.

—No se preocupe...

Ya tenía el control. Sonreí, lo miré a los ojos y levanté la copa.

—Por una noche inolvidable.

—Por una noche inolvidable □ brindó él, levantando su copa y chocándola con la mía.

Conversamos apaciblemente, llenos de vigor, de entusiasmo. Bebimos y bebimos por varias horas antes de comenzar a comer. Nos perdimos en la voz del otro; creo que estábamos a gusto, se sentía en el aire a nuestro alrededor. Yo le conversé de mi, queriendo que supiera lo íntimamente atraída que estaba a él sin necesidad de ser muy específica. John me confesó que las cosas entre los dos se estaban tornando un poco personales, que no me veía como su asistente, que no quería que fuera sólo su asistente.

Yo no supe que hacer más que sentirme alagada, feliz y exteriorizarlo con sonrisas y miradas perforantes a sus ojos. Estaba completa, había conseguido

lo que tanto quería por tanto tiempo sin siquiera esforzarme mucho.

Creí que no habría de tener oportunidad con aquel hombre, que no podría conseguir lo que tanto quería de él con lo que actualmente tenía, pero la verdad es que, por un breve momento, sentí que sí. Me llené de valor para hablarle de mis sentimientos, y triunfé al saber que no estaba en contra de ellos. Desgraciadamente no los confirmó, sólo dijo que le gustaba tenerme cerca. ¡Pero eso fue suficiente para una Karen llena de licor!

Comimos, disfrutamos de la música en vivo, del sonido de nuestras voces. John estaba como si nada, mientras que yo estaba llena de felicidad. Me gustaba estar ahí, me gustó aquella noche, hasta que pasamos la parte de mi vida en la que me sentí como una completa tonta.



## Cuarta parte

### 11

Ya para el momento de irnos, estaba un poco afectada por el licor que habíamos estado consumiendo durante la noche. Para ser honesta, no me esperaba nada de lo que sucedió después, ni siquiera cuando John me tomó de la mano al salir del restaurante, cuando compartimos un postre de la nada como si fuésemos un apareja de enamorados. Estaba afectada (de buena manera) por lo que había sucedido mientras cenábamos que no le presté atención de inmediato a los detalles.

Para lo que sabía de una cita, se había desarrollado de maravilla: hablamos de los dos, compartimos tiempo de calidad, disfrutamos la noche... tuvo sus altibajos, pero lo superamos sin ningún problema. Incluso, hasta parecía que todo eso se estaba prestando para una segunda cita, para algo que nos llevaría a tener otra, y luego otra, pasando a una relación; así sucesivamente hasta llegar a un encuentro mágico en el que él me confesaría su amor incondicional con una propuesta de matrimonio.

Por lo que no había motivos para prevenir lo que sucedió después.

Todo comenzó en el momento en que cogió mi mano. Sí, no lo había considerado como una barrera superada, pero eso sí que estuve emocionada al respecto.

Pero no fue un simple gesto. Me rodeó el cuello con el brazo; nos veíamos como las parejas que caminan una junto a la otra de una forma incomoda: esa en la que ella le rodea la cintura a él y este, con su brazo guindado desde los hombros de su chica, le toma de la mano. Me sentía a gusto teniéndolo tan cerca, no voy a mentir y, pienso, que con eso me terminó de hipnotizar.

Continuamos con lo nuestro, caminamos hasta el coche, nos detuvimos frente a él... todo estaba yendo de maravilla; él me soltó, me abrió la puerta y pasó.

Mientras se acercaba a la puerta, fingiendo tropezarse, acercó tanto su rostro al mío que, no importaba qué tipo de personas fuésemos, quiénes éramos, si nos conocíamos o no... si no había un beso, definitivamente alguno de los dos debía ser estúpido.

John frustró su descenso rápidamente, quedando tan cerca como podía de mi.

Podía sentir su respiración, el vapor que emanaba de su boca, sus ojos penetrantes mirándome de reojo. No pude resistirme, creo que él tampoco.

De inmediato incliné mi cabeza para acercar mis labios a los suyos, él respondió sin ningún problema. Ya estábamos besándonos. Se podría decir que ese fue mi primer beso real, uno que realmente di con las ganas de darlo y a un hombre de carne y huesos. John me tomó por la parte baja de mi espalda y me acercó a él haciendo chocar nuestras cinturas y pechos. Me dejé llevar, lo sé, era lo que quería, lo que estaba esperando.

Mi beso ideal duró la cantidad de segundos adecuada para decir que fue perfecto. Mi primer y mejor hasta ahora. Luego de eso, abordamos el coche y fuimos hasta la casa. Recuerdo que durante todo el camino el corazón me palpitaba de tal forma que lo sentía en la garganta, en la cien, en el pecho y en la entrepierna. Sus labios me enloquecieron más que el vino, causándome una ebriedad increíble. Quería más, necesitaba más de él.

Sé que mientras manejaba intercambiamos unas cuantas miradas, coloqué mi mano en su pierna, acariciándola, anunciando lo que estaba por suceder; yo actuaba como una mujer segura de sí misma, esa misma personalidad con la que hablaba, con la que tomaba decisiones; estaba ignorando el hecho de que no tenía mucha experiencia, que lo podría echar a perder, que me podría asustar a mitad del camino y sentir un dolor punzante que arruinaría tanto mi placer como el suyo.

No era la Karen que le huía al sexo porque lo ignoraba.

Llegamos a la casa, subimos a la habitación. John me invitó a pasar y yo le sugerí con la mirada que pidiese que me quedase. Todo estaba sucediendo ¡estaba pasando lo que tanto había estado esperando!

Besos, caricias, miradas traviesas. La sonrisa de John que me hacía estremecer de pies a cabeza. Le despojé de la mayoría de su ropa, lo toqué, dejé que me tocara. Todo estaba marchando de maravilla hasta que la yo real apareció.

Luego de esto, ya saben qué sucedió.

Corrí; corrí como una cobarde que quería huir de la realidad. Me encerré en el anexo/habitación y me tupí con las sabanas, la cobija, las almohadas; perdiéndome en un montón de tela para sentirme segura; quería estarlo porque temía que él apareciese y me sacara de nuevo de mi zona de confort... me

quedé ahí, esperando que todo pasase.

Me dormí.

A la mañana siguiente la vida parecía seguir su curso. El universo es ajeno a mis preocupaciones, a mis problemas; no siente interés en hacerme sufrir ni en darme lo que deseo. Me siento nostálgica. Ojalá pudiera creer realmente en eso; tal vez, de esa forma, podría dejar de sufrir tanto.

No pude dormir bien. Las lagrimas, el arrepentimiento... yo, de necia, reviví todo para imaginarme un escenario en donde no terminase arruinándolo. Suelo hacer eso, lo hago cuando creo que arruiné algo, como si con eso pudiera arreglar las cosas.

No quiero levantarme porque la verdad no siento que deba hacerlo. ¿Y si me encuentro con John? ¿Y si me mira con desprecio? Si sólo hubiera una forma en la que no me topase con él, pero ¿cuál? Es imposible ¡Claro que lo es! No hay manera ni modo en el que no me encuentre con mi jefe ¡en su casa! Es tonto siquiera pensarlo.

Levantarme de esta cama podría significar lo peor. Adicionaría, a mi ya horrible vida, una humillación más que no podré soportar.

Y suena la puerta.

Lo primero que me viene a la mente es John. Podría ser él quien está intentando llamarme.

Suena de nuevo.

¿Qué querrá? ¿Por qué viene a buscarme? Sí, soy su asistente y debo trabajar para él, pero no quiero verlo. Hacerlo es un problema.

Suena otra vez.

—Señorita Karen. ¿Está ahí? Lo escuché, un poco ahogado por el espesor de todas las telas que tenía encima, pero era inconfundible.

Intento abrir la boca para hablar, pero no quiero delatar mi presencia. No quiero que sepa que me encuentro aquí porque si no intentará hablar al respecto. Seguro quiere decirme algo, convencerme de que no tenía que salir corriendo. Pero no, no lo dejaré.

—Ya salió el sol. Y estamos esperando por usted para desayunar □ suena tan natural, tan indiferente a lo sucedido.

¿Le creo? ¿Lo hago? Salir sería encontrarme con su mirada, con ese par de ojos que ya me vieron semi desnuda, y yo; si lo veo de nuevo no dejaré de pensar en sus labios como lo estoy haciendo ahora con tan sólo escuchar su voz. ¿Qué puedo hacer si John me mira, me toca, me habla? No podré controlarme, trataré de disculparme, haré otra estupidez y lo arruinaré aun más.

—Sé que está ahí, señorita Karen. Tiene que salir de su habitación, tenemos trabajo por hacer, y no puedo pagarle si está acostada todo el día.

¡Maldición! Tiene razón.

—Señorita Karen □ tocaba una y otra vez.

Yo intentaba cerrar los ojos y perderme en mis pensamientos hasta quedarme dormida de nuevo, pero no había forma en la que pudiera ignorar su voz y el ruido que hacía al tocar la puerta.

—Sé que está molesta, o que no quiere verme, pero...

—¡Cállese! ¡Por favor! Sabía hacia a donde se dirigía, no quería que siguiera hablando □ Ya salgo, le prometo que saldré, pero no diga más nada.

—Pero, señorita Karen, tenemos que hablar.

Su insistencia me estaba molestando, si seguía hablando al respecto, no podríamos dejarlo pasar.

—¡No! No tenemos qué decir nada, no vamos a hablar de nada. Olvídelo, eso nunca pasó.

—Pero...

—Ya salgo, espere abajo. No siga insistiendo, ya me desperté. ¿Sí?

Me acerqué a la puerta e intenté abrirla con la intención de mirarle a los ojos y decirle que tenía que olvidar lo que sucedió, pero, sabía que no iba a poder controlarme: o lloraba o me dejaba besar de nuevo. No importaba cual fuera el resultado, iba a perder.

Se calló.

¿Se habrá ido?

—Está bien. Yo esperaré abajo. Por favor □ vaciló □ no tarde mucho, tenemos que ir a la oficina.

¿A la oficina en sábado?

—¿A la oficina? ¿Por qué vamos a la oficina? pregunté, John nunca iba a la oficina los fines de semana ¿por qué habría de ser diferente este día? ¿Por mí?

Esperé la respuesta por varios segundos.

—¿Señor John? ¿Está ahí?

¿Me había dejado hablando sola? Para averiguarlo, me devolví a buscar una bata y me tapé con ella.

Abrí la puerta.

—Por fin salió, señorita Karen.

Retrocedí del susto, creí que se había ido. No esperaba encontrármelo ahí. Se veía tan bien.

—Por lo menos sabemos que está sana y salva. Es bueno saberlo □ tenía una sonrisa burlona, una que decía que lo había planeado todo, que se salió con la suya.

Me quejé con un mohín, un gesto, le gruñí y lo miré a los ojos como si quisiera matarlo con la mirada para luego apartarme y cerrarle la puerta en la cara.

—Ahora sí estaré esperándola en la cocina, señorita Karen, no tarde mucho.

John se veía tan alegre, tan indiferente. Seguro consideraba lo que había sucedido la noche anterior como una broma, algo de lo que podría reírse una noche cualquiera tomándose un café o una copa de vino frente a la chimenea, pues, para mí no era así. Era algo vergonzoso, me había humillado a mi misma al dejar que me viese desnuda, al no haber evaluado la situación y salir corriendo como una estúpida.

Su sonrisa, su rostro risueño, su mirada brillante... ¿Cómo podría molestarme con él?

Los días pasaron a un ritmo exasperante. No se podría decir que fue rápido o lento porque de ambas formas la pasé de lo peor. Aun faltaban semanas para que el periodo escolar de Noah terminase, por lo que debía seguir quedándome en casa de John los días que había acostumbrado hacerlo; estaba que me moría.

Caminar por los pasillos, las habitaciones y las áreas comunes de esa casa queriendo evitar a John al mismo tiempo, se hizo una tarea titánica para mí. Mientras estaba con Noah podía mantener mi cabeza libre de pensamientos, de dudas, de la imagen de John sin camisa y de sus manos tocando mi cuerpo. Pero, cuando estaba sola, en el enorme anexo/habitación o sin que nadie me viera, el recuerdo me asechaba como un asesino furtivo que necesitaba de mi atención, que quería que reviviera segundo a segundo aquella noche, haciendo más y más difícil superarlo.

De vez en cuando me topaba con John, pero, con el corazón a punto de salirme del pecho, resolvía el problema dando media vuelta, cruzando en el pasillo equivocado para no seguir por el mismo camino, entrando en cualquier habitación así fuera en donde guardaban las escobas. Mi intención era evitar el mayor contacto posible sin importar qué. Él intentaba acercarse, llamar mi atención, aunque yo lo ignoraba, hacía que no lo escuchaba porque era más importante para mí mantener mi cordura y mi paz interior a que enfrentarme a los hechos.

Esas veces, nuestras miradas se encontraban; era horrible. Me hacía sentir mal.

«Pero Karen, entonces ¿cómo le hacías para trabajar con él?» Era aun peor. Mantenía mi mirada en dos puntos diferentes: al frente (siempre lejos de la suya) y sobre el móvil o la Tablet. De esa forma, evitándolo por completo, me sentía más segura. Sí, hablábamos, intercambiábamos alguna que otras palabras que tenían que ver con nuestro trabajo, pero yo no decía nada que no fuera necesario y siempre lo interrumpía cuando intentaba cambiar de tema; en lo que veía que quería revivir lo que sucedió entre los dos, inmediatamente mataba la conversación.

Una que otra vez intentó encontrarse conmigo, que comiéramos juntos, pero yo

lo evité, lo evité lo más que pude.

Pero mis sentimientos por John no desaparecían. No importaba cuanto tiempo invirtiera en evitarlo, en dejar de pensar en sus besos, en su cuerpo, en la manera en que me tocó ¡el maldito sabor de sus labios! Hacía lo que podía para frustrar mi deseo de reencontrarme con él. Cada palpito que me atacaba al verlo eran causados por la necesidad de tenerlo cerca. Mas que evitarle para que no me hablara, lo hacía para no terminar rindiéndome antes sus pies para suplicara que olvidase lo que sucedió y que intentara de nuevo hacerme suya.

Siento que, mientras más lo evitaba, más sentía un ferviente deseo de tenerlo. Yo trataba de convencerme que no necesitaba nada de John, que las cosas como las conocía estarían yendo de maravilla mientras evitara su mirada, sus manos, sus labios... pero era insufrible. Estaba intentando hacer lo imposible: olvidar a un hombre que me traía loca.

Pero estaba segura que todo eso era una pérdida de tiempo. Pensar en él, sentir esas cosas por John. Lo que hizo aquella noche era el alcohol hablando, no mi jefe, no el hombre que yo deseaba me poseyera; no había otra forma de verlo.

La verdad, yo quería resolverlo, quería poder ver al hombre que supuestamente se había interesado en mí aquella noche, desgraciadamente no era el mismo. No quería tener que confrontarlo y averiguar que todo había sido un mal entendido; era mi pesimismo hablando, lo sé, pero si de algo estoy segura es que los cobardes siempre sobreviven; yo quería sobrevivir a eso.

Y a pesar de mi evidente falta de optimismo, esperé. Esperé a que sucediera un milagro porque realmente quería hacer las paces con John; deseaba con ansias que me cogiese por los hombros como la niña necia y tonta que era y me hiciera reaccionar, porque yo sabía que estaba haciendo un drama innecesario y unilateral de mi vida, de lo sucedido, que había complicado todo más de la cuenta; quería que me demostrara que estaba equivocada porque, muy dentro de mi corazón, deseaba que esta aburrida historia tuviese un final apasionado y feliz.

Pero, un día...

—Karen, tenemos que hablar... impuso cada palabra con tal autoridad que no me quedó más que detenerme.

Un día en el que ya estaba convencida de que todo estaba perdido, John se

interpuso entre mi drama y la realidad. Estaba caminando por la casa, atravesando los pasillos para llegar hasta el «pequeño» anexo que usaba como habitación y pasé por en frente de su oficina, pensando que no me vería.

En lo que dijo mi nombre me detuve, sí, pero no me giré para verlo, quedándome de espaldas a él, inmóvil, como si acabara de accionar una trampa en una tumba con un tesoro valioso.

—Karen □ insistió, levantando la voz para llamar mi atención, supongo que quería que me diese la vuelta □ es una orden.

Se escuchaba tan serio y, por lo visto, parecía estarlo. Con esa selección de palabras me derrotó. Yo sabía, no, ¡él sabía! Que no había manera ni modo de que me opusiera a seguir sus ordenes, a hacer lo que él pedía porque sus necesidades eran mi trabajo; era la cogida de hombros que estaba esperando, lo que me llevó a preguntarme ¿por qué no lo hizo antes?

—Yo □ balbuceé, dándome la vuelta, aun confiada que podría escapar de esa □ tengo qué □ le iba a mentir.

—Karen, no tienes que hacer nada y eso lo sé □ afirmó con una voz seria e imponente □ ven.

Aclaré mi garganta.

—Claro que sí.

—No, Karen, los dos sabemos que no tienes nada que hacer □ me miró con severidad □ ven y entra a mi oficina.

Sabía que debía tomar el camino largo hasta mi habitación/anexo, que no debía pasar por ahí...

—Entra □ repitió, acercándose al marco de la puerta, dándome paso, esperando a que entrara.

Inconforme, rebuznando y quejándome en mi cabeza, le obedecí.

—Toma asiento □ ordenó de nuevo.

Cerró la puerta a su espalda, encerrándonos a los dos en una habitación a prueba de sonido, fuera del radar, única en su clase y que utilizaba cuando quería estar solo; llenándome de nervios con el simple hecho de estar ahí. Yo, obedientemente me senté en las sillas que estaban en frente de su escritorio mientras que él sólo se acomodó en el borde del mismo con los brazos



cruzados y una mirada penetrante.

—Señor John , yo □ Quería excusarme, tratar evitar lo que fuese lo que fuere que me dijese, no me importaba nada, sólo salir de ahí aun completa.

—Señor nada, Karen □ hablaba con tanta autoridad que me quitaba las ganas de interrumpirle □ ya se está tornando molesto esto que estás haciendo.

—Pero yo no he hecho nada □ mentí. Sabía muy bien a qué se refería □ En serio.

John simplemente me ignoró.

—He tratado de ser paciente, de darte tu espacio; creía que si te dejaba en paz y hacía como si nada hubiese sucedido, llegaríamos a un punto en el que podríamos hablar al respecto como personas civilizadas.

Sabía muy bien de que estaba hablando y estaba segura de que todavía no me encontraba preparada para lidiar con ello. Así que decidí actuar para evitarlo.

—No quiero hablar de eso □ aseveré, apoyándome en el apoyabrazos de la silla e impulsándome para levantarme.

—No dije que te podías ir, Karen, vuelve a sentarte □ dijo John frustrando mi intento descarado de huir □ no hemos empezado a hablar todavía.

Obedientemente volví a colocar mi trasero en la silla.

—Pedí que vinieras porque necesitamos hablar al respecto, porque es obvio que hay un elefante en la habitación ahora y cada vez que estamos juntos.

—Señor John, realmente no quiero...

—No me importa que no quieras, □ interrumpió mi interrupción □ he intentado hablar contigo al respecto por tanto tiempo que ya hasta se me está olvidando qué sucedió.

—Es difícil, no quiero hablar de eso.

—Pero yo sí □ vociferó □ y lo vamos a hablar ahora.

Abrió espacio entre los dos apartando el escritorio hacía atrás con un impulso de sus piernas y acercó una silla, sentándose en frente de mi, dejándonos cara a cara el uno del otro.

—¿Qué sucede contigo, Karen?

Me perturbaba demasiado el hecho de que me llamara por mi nombre, me hacía recordar cuando mi mamá me llamaba por mi apellido para reprenderme. Era tan diferente que me resultaba difícil dejarlo pasar.

—¿Por qué estás actuando de esa forma? ¿Por qué parece que me estás evitando?  $\bar{p}$ ensé: porqué lo estoy haciendo  $\square$  ¿Por qué?

John me miraba con firmeza, sin apartar sus ojos de los míos. Me hacía sentir que estaba intentando descifrar la respuesta por sí solo.

—¿Es algo que dije, que hice? Dime. Uno simplemente no sale corriendo porqué sí. ¿La pasaste mal aquella noche?  $\bar{m}$ ientras más trataba de encontrarle un motivo, sonaba más desesperado  $\square$  Dime  $\square$  exclamó.

Yo continuaba callada. Los labios me temblaban porque tenía ganas de respóndele, pero a la vez, no lo quería hacer. No quería decir nada al respecto.

—No lo sé  $\square$  mentí.

Sí que sabía cuál era el motivo, el porqué había salido corriendo de aquella habitación como una desquiciada, pero no quería decírselo, creo que la vergüenza que procuraba confesarme, era peor que revivir la forma tan humillante en que me comporté aquella noche.

—¿Cómo que no lo sabes?  $\bar{e}$ xclamó  $\square$  Tienes que saberlo, Karen. Uno simplemente no corre por nada.

—Yo no corrí por nada...  $\bar{e}$ sa fui yo, intentando decirle pero frustrándome antes de terminar.

—Entonces ¿por qué corriste? ¡Vamos! Dime de una vez. He estado esperando mucho tiempo para decirte que lo siento por lo que sea que haya hecho. He querido disculparme contigo acerca de lo que fuese que haya dicho, de la manera inapropiada en la que posiblemente te toqué. He querido decirte que lamento haberte dicho lo que fuera que te haya dicho, obligarte a hacer lo que tal vez no querías, pero no consigo que me escuches, que me hables.

—Pero yo no quiero que hablemos de eso.

—Pero yo sí, Karen, quiero que lo hagamos porque hay que resolverlo, porque tenemos que conversarlo.

—Pero, ¿para qué? No tenemos qué hablar de eso. Eres mi jefe, no mi novio.

No tenemos que conversar de nada. Sólo no se dio y ya, no es como que tengamos que estar discutiendo los motivos por los cuales no quise tener sexo contigo □ me dejé llevar, hablé de más. Cerré mi boca de golpe para evitar seguir diciendo más tonterías.

—¿No querías? ¿Es eso? Pero si no querías que nada de eso sucediera, sólo tenías que decírmelo. Yo creí que sí lo querías. Te veías tan alegre, tan dispuesta a hacerlo. No sabía que no te gustaba □ tragó saliva, se pasó las manos por la cabeza □ es decir, tenías que darme por lo menos alguna señal de que no querías que nada de eso sucediera, pero después del beso, de tus miradas... comenzó a sonar como si estuviera deprimido, como si le hubiera afectado lo que le había dicho □ creí que yo te gustaba.

En el momento en que dijo esas últimas palabras, con su mirada apuntando en el vacío, esquivando mis ojos y mi persona, me hizo sentir devastada. No quería que creyera que no sentía nada por él, me resultaba ridículo porque era prácticamente como haber perdido la batalla.

—No, John, no pienses eso, yo... de nuevo, frustré mis propias palabras. Hablar de más podría significar un problema para mi.

—¿Entonces qué quieres que piense? sonaba desesperado. Era la primera vez que lo escuchaba hablar así □ si no me querías cerca, simplemente me lo decías. Discúlpame por haber malinterpretado las señales que me diste. Lamento si te ofendí, si te hice sentir como una cualquiera. Pero no sigas ignorándome, no creo poder soportar tu indiferencia una vez más.

John me miraba con tal desesperación que sentía que en cualquier momento iba a quebrar en llanto por la frustración y, si él no lo hacía, lo haría yo. Quería que todo se resolviera, que dejásemos de hablar de eso, que hiciéramos las paces, que olvidáramos el pasado y sé que ya lo dije, pero, estar sentada en frente de aquel hombre, del mismo hombre que me hablaba con tal honestidad que como lo hizo en el elevador aquella vez, me partía el corazón, me entumecía el cuerpo, me hacía sentir como una estúpida.

—John, yo, no quiero que pienses eso, eso no fue lo que sucedió.

—Entonces dime qué fue lo que sucedió. Necesito entenderlo.

Mi cabeza estaba dando vueltas, debatiendo entre decírselo o no, en sí estaba preparado para escucharme, ¡En sí yo estaba preparada para decírselo! Lo miraba fijamente, evaluando la situación, preparándome para abrir la boca a

cada segundo, pero frustrándolo en el segundo siguiente en que lo pensaba.

No había modo de hacerlo. Estaba hastiada, abrumada por el ruido de mi cabeza tratando de evaluar, de decidirme. Anticiparme a los resultados, querer decir lo correcto sabiendo que, de hablar, sólo conseguiría arruinarlo todo como siempre lo hago, me estaba cansando.

John se quedó viéndome mientras procesaba la información. Para mí pasaron sólo segundos, pero, para él, el tiempo funcionaba de manera adecuada.

—Karen □ apeló a mi atención de manera férrea □ ¡dime algo!

No dije nada.

John pareció comenzar a perder los estribos, se levantó, se sirvió un vaso de whiskey. Me miró, trató de decirme algo, pero lo dejó para dar vueltas alrededor de la oficina con zozobra. Me era difícil verlo de esa forma, cavando hoyos en el suelo tratando de encontrar una respuesta que sabía que no iba a encontrar de esa forma.

Quería decirle algo, quería poder verlo a los ojos y explicarle detalle por detalle lo ridículo que me sentía por no poder decirle las cosas.

Continuaba dando vueltas, murmurando palabra para sí mismo, como si tratara de entender lo que estaba sucediendo, queriendo ver la respuesta en la oscuridad a pesar de que sus pupilas no se estaban adaptando, porque, a pesar de lo necias que eran, no lo lograrían.

No se paraba. Yo quería levantarme y detenerlo.

—Pero □ murmullo □ por qué no me dice □ otro murmullo □ si tan solo pudiera □ murmullo. Me miró, trató de decir algo, y continuó con lo suyo.

Caminaba y caminaba viendo al suelo, dándole ocasionales tragos a su bebida, susurrando palabras, cabizbajo, inquieto.

¿Qué podía hacer? Quería hacer algo para que se relajara, quería poder decirle la verdad.

Lo miraba, inquieta, queriendo levantarme.

¿Y si le digo?

¿Y si no le gusta lo que le voy a decir?

¿Qué tal si me mira con desprecio?

¿Y si me juzga?

Estoy segura que estaba haciendo un drama innecesario para algo que no era tan difícil de procesar, pero simplemente no podía. Mis sentimientos imperaban en mi razón, dejándome vacía, inútil, sin palabras.

Un paso, se daba otro trago. Se desplazaba, seguía su rastro y volvía al punto de partida.

Otro trago, otro paso. Quería decir algo, yo lo sabía, se le veía en el rostro. Un hombre murmurando para sí mismo quiere decir algo, pero, a este en particular, una cosa le detenía.

Otro paso, otro trago. La bebida se le acabó, por fin se detuvo. Regresó a donde tenía la botella de whiskey y se sirvió de ella. Por algún motivo sentí que esa podía ser mi oportunidad. Escuché un suspiro, no había sido yo.

—Quiero poder entender lo que está sucediendo. No sé por qué tanto misterio, por qué no hablas. Siento que estás ocultándome algo y me inquieta no saberlo □ John habló sin mirarme, dándome la espalda. Se giró □ Cuéntame.

Me miró fijamente, con el trago en la mano, evidentemente inquieto e insatisfecho.

Tragué saliva, convenciéndome de que eso era lo que necesitaba para entrar en razón, cerré los ojos y respiré profundo.

—¿Es que no te gusto? preguntó John □ Si es por eso, simplemente dejamos todo hasta aquí y no hablamos más del tema...

—Es que soy virgen □ le dije.

Abrí mis ojos, me encontré con la expresión en su cara y entendí que sobraron las palabras; su expresión lo había dicho todo.

## Quinta parte

### 13

De cierta forma, a pesar de que no decía más de la cuenta con su expresión, no me lo esperaba.

—¿Eres virgen? una pregunta retórica, para mi tenía más de repetición que de pregunta.

No fue descortés, no se burló de mis razones.

—Sí □ afirmé cabizbaja.

—¿Por eso corriste de esa forma?

Le dio un trago a su bebida y respiró profundo.

—¿Por eso te comportabas así cuando me ayudabas a vestirme? preguntó □ ¿era eso de lo que no querías hablar? ¿Por eso me evitabas? mientras más hablaba más parecía que le daba menos importancia a lo que decía.

—No sabía qué hacer □ expliqué □ estaba nerviosa y luego me asusté; el alcohol, el miedo, los nervios. No supe qué hacer así que sólo corrí.

—Entonces ¿sí te gusto? preguntó, con una sonrisa en el rostro.

La sonrisa de alguien que sabe la verdad, pero que quiere escucharla de ti. Esa que usa cualquier hombre atractivo que sabe que es atractivo y que es imposible que no lo deseen. Me encantó e irritó al mismo tiempo.

—Sí □ no había más motivos para mentirle □ sí me gustas.

—Y □ vaciló □ ¿sí querías estar conmigo aquella noche?

—He querido estar contigo desde que comencé a trabajar para ti. No he podido simplemente dejar de pensar en ti en ningún momento □ decidí dejarme llevar □ he tenido fantasías recurrentes contigo sólo porque me dijiste que estaba bien vestida, porque te gustó mi peinadoo porque me diste las gracias. Y cuando me hablaste en la cena, esas cosas que dijiste □ suspiré de encanto □ oh, esas cosas que dijiste fueron tan maravillosas □ me levanté □ sentí que también estabas enamorándote de mi así cómo yo lo estaba ya desde hace tanto tiempo y por eso me dejé llevar. Sentí que ese era

el momento para dejarme llevar.

Las palabras simplemente comenzaron a salir una tras otra en un despliegue de valentía que no creía tener en una situación como eso.

—Había estado esperando por ese momento por tanto tiempo, lo había imaginado de tantas formas que el verlo tan cerca me enloqueció. Quería estar contigo, ser tuya, que me besaras, que me dijeras que me querías. Estaba preparada □ vacilé □ bueno, creí que lo estaba □ comencé a amainar la intensidad de mis palabras □ luego entré a tu habitación, me comenzaste a desnudar y pensé que podría arruinarlo, que tenía que decirte que era virgen antes de que te dieras cuenta, de que sangrara y arruinar tu encuentro porque seguramente me dolería.

Hablaba con los ojos cerrados, tratando de no ver lo que John estaba haciendo para evitar sentirme más avergonzada, para evitar perder el valor que había aparecido tan repentinamente. No me movía, pero sentía que poco a poco él se acercaba a mí.

—Tenía miedo, no quería arruinar ese momento que tanto había esperado por un mal movimiento. Que no lo disfrutaras porque no sé qué hacer porque nunca lo he hecho antes. No quería que me vieras como una niña inexperta y tonta cuando tu lo has hecho tantas veces que dejas encantadas a todas.

—Karen... trató de hablar.

Abrí mis ojos. Estaba a unos pasos en frente, podía tocarlo si extendía mi mano.

—¡No! John ¡No! No digas nada, sé que soy una tonta, que no debí, que pude habértelo dicho antes, pero tenía miedo.

—No tenías que □ trató de acercarse, pero lo detuve, extendiendo mi mano.

—Sí, sí tenía que decírtelo, te lo debía porque te dejé esa noche con ganas de tener sexo y, desde ese día no has visto a ninguna mujer y siento que fue por mi culpa, porque seguro estás indispuerto o sientes que no darías la talla □ hablaba y hablaba sin pensar en nada.

Sentí cómo John cogía mi muñeca. De inmediato, todo pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Escuché que el vaso cayó al suelo y que el líquido que tenía adentro me mojaba los tobillos.

Me jaló del brazo con un solo movimiento, acercándome a él. Puso sus dos manos en mis mejillas y se acercó.

—Cállate me dijo.

De inmediato, me plantó otro beso. Ese se convirtió, a partir de ese instante, en el mejor beso que había tenido hasta el momento.

Sus labios danzaban con los míos en perfecta armonía porque eran la pareja de baile perfecta. Sentía como intentaba mordérmelos mientras que cambiaba del inferior al superior, introduciendo sutilmente su lengua sin invadirme del todo. Pero yo quería que lo hiciera, quería que me metiera todo lo que tuviese por meter. Así que le empujé la mía y él me siguió el juego.

No me soltaba le rostro, tampoco quería que lo hiciera. Continuó con sus movimientos de labios tan precisos y perfectos que sentía que ese era el sexo, que esa era la máxima representación de placer.

El corazón me palpitaba salvajemente; estaba agitada, inquieta, queriendo moverme, pero deseando no hacerlo, pidiendo a gritos que me tocara en alguna otra parte del cuerpo, aunque esperando que no dejara de besarme ni tomarme del rostro.

Estaba hipnotizada por el movimiento de sus labios, pensando que era lo mejor que había sentido en toda mi vida, que podría ser lo mejor que sentiría en mi ida entera.

Hasta que se apartó.

—Eso fue  tomé aire  maravilloso.

Nuestros labios estaban relativamente cerca, pude sentir su respiración al hablar.

—No tienes qué sentirte mal por ser virgen. Eso no es un problema, y dudo que pudiera serlo jamás.

—Este fue mi segundo beso  dije  no he estado con nadie.

—¿Desde cuando?

—Desde nunca. Tú eres mi primero... Le dije

—¿no quieres que sea el único?

De nuevo, se acercó a mi para darme otro beso.



Esta vez sus manos no estaban quietas. Comenzó a desplazarlas a lo largo de mi cuerpo, acariciándome con un tacto profundo agradable y excitante.

Despegó sus labios de los míos, pero no sin dejar de besarme.

—No vayas a salir corriendo esta vez □ dijo en broma.

—No lo haré □ aseveré, sumida en placer.

Con su lengua, comenzó a lamirme el cuello, a besarme los lóbulos de la oreja, no dejaba de tocarme mientras lo hacía, enajenándome de placer por todos lados.

Su boca paso de mi cuello a mis hombros. Mientras me besaba me iba desnudando, abriéndose paso por mi cuerpo, deleitándose con sus manos, sus labios, su respiración. Apretó mis pechos por encima de la tela de mi ropa, pero no por mucho tiempo.

—Hueles estupendo □ dijo.

Creo que estaba sacando conversación, pero yo no tenía muchas ganas de hablar.

Ágilmente, sin interrumpir ni por un segundo lo que estaba haciendo, logró despojarme de la mayoría de mis ropas; estaba desnuda, dispuesta y puesta estratégicamente sólo para él.

—No sé qué hacer □ le dije, agitada □ no quiero cometer ningún error.

—No te preocupes, yo estoy aquí para ti.

Me obligó a apoyarme sobre su escritorio luego de apartar todo al suelo, haciendo que ciertas cosas se cayeran al suelo.

—Yo me encargo □ aseveró, colocándose en posición, con el trasero levantado y la cara pegada al escritorio.

—¿Me va a gustar? Iē pregunté.

John me bajó las bragas, lo ultimo que faltaba por quitarme, y me abrió las nalgas.

—Estupendo □ le habló a mi trasero □ no sé por qué no has servido este plato.

Traté de hablar. Sí que lo hice.

Acercó su rostro y empezó a lamerme la vagina. De inmediato sentí como la respiración me aumentaba, como se aceleraba mi ritmo cardiaco. Aparté mis piernas un poco para abrirme más a John. El invitó sus manos a la fiesta, mientras que lamía toda mi vulva.

—Sí □ exclamé □ sí me está gustando.

Me había masturbado antes, con los dedos mojados, acariciándome hasta acabar, pero nada se comparaba con tener a ese hombre lamiéndome la vagina. No paraba mas que para respirar.

No me penetraba con el dedo, eso es lo que más me gustó. Se mantuvo al margen, sólo jugaba con su lengua, le daba círculos con el índice a mi clítoris, apartaba mis labios, los serraba, los succionaba. El placer era inmediato.

—Me encanta □ dije □ sigue, sí.

Quería expresar mi encanto. John jugaba con mi cuerpo con elegancia, con delicadeza. Sentía como me entumecía, como me escandalizaba de placer; sabía qué hacer con sus manos. Mientras tanto, mientras él se dedicaba a la parte baja de mi, yo me enfoqué en mis pechos, en mis labios. No sé por qué, pero quería sentir más de eso, mas de lo otro.

John no se detenía, no pasaba a la siguiente parte del trabajo; tampoco hablaba, no decía nada, tal vez porque su boca estaba ocupada o porque estaba muy concentrado. El caso es que no me detuve mucho a pensarlo; gemía y respiraba con agitación mientras que él se dedicaba a mi, a darme el placer que necesitaba, el que estaba buscando.

No se comparaba a nada de lo que había hecho antes, y eso me molestaba.

¿Por qué tardé tanto en ponerlo en practica? ¿Por qué no me le insinué antes? Sí, no quería a otro hombre, no lo había hecho antes, pero había tenido a John tan cerca tantas veces que el haber esperado tanto resulta difícil de concebir.

Me apretaba las nalgas, las piernas, pasaba de vez en cuando a mis pechos y se detenía en mi clítoris. Sus movimientos, precisos y encantadores, continuaban haciéndome estremecer estupendamente. Continuaba.

Intenté levantar mi cabeza del escritorio para ver qué hacía y él se levantó y me hizo apoyarla de nuevo en la mesa.

—Shhh, shhh, tranquila □ dijo.

—Pero quiero ver □ me quejé.

—Todavía no.

Continuó en mi entrepierna. No pude levantar la mirada peor al cabo de un rato entendí que no era necesario. Gemía y sentía cómo el placer invadía mi cuerpo. Me estaba preparando para el evento principal.

De repente me giró, montándome por completo en el escritorio con las piernas levantadas y abiertas.

—Ahora podrás verme □ dijo al fin.

Y continuó con su juego verbal.

Ya estaba desnudo, sin ningún rastro de tela que cubriera aquel estupendo cuerpo suyo. Logré ver su pene firme y erecto, listo para la acción. Era la primera vez que veía uno de esa forma, tan grande, no sabía si todos eran así o si el de él era especial, pidiéndome a gritos que lo besara. Sería mi primera vez, mi primer beso, mi primera mamada. Quería intentarlo. Tal vez lo arruinaría, tal vez terminaría haciendo algo tonto, pero quería intentarlo, sentir su carne dura en mi boca, apretarlo tan duro como pueda y saber a qué sabía.

—¿Cuánto tiempo falta? dije desesperada.

—¿Tiempo para qué? se levantó, apartó su cara de mi vagina y comenzó a jugar con ese hermoso pene.

—Para que tengamos sexo.

—¿No es que era tu primera vez?

No me sentía en la posición para conversar. Aun no superaba el hecho de que me viera desnuda, mucho menos sobre su oficina, en donde hacía todas las cosas importantes de su trabajo, pegando el culo a la mesa, con las piernas levantadas y la vagina al aire.

—Sí, pero me estás matando.

John sólo se burló.

—Jajá. ¿Matándote por qué?

—Porque sólo me estás lamiendo □ vacilé □ y no me mal interpretes, se siente de maravilla □ bajé las piernas y me senté en la mesa, irguiendo la espalda, agarrando su pene y jalándolo para que se acercase a mi.

Me sentí como una puta (no sé como se sientan las putas) al hacer eso, pero esa eran mis ganas de tenerlo las que estaban hablando.

—Pero me gustaría probar el plato principal.

—¿Estás segura? Preguntó □ no sé si estés lista. Tengo que prepararte para que no te duela.

—Me va a doler de todos modos, es mi primera vez.

—No te va a doler, eso no es así.

Mi primera vez se hizo un poco rara.

—¿Por qué lo dices?

—Si intento penetrarte sin que estés apropiadamente lubricada, te lastimaré. Cuando sangras no es porque esté rompiendo algo, sino porque no estás lubricada □ comenzó a hablar, cambiando por completo el ambiente.

Sí, estaba un poco nerviosa, no sabía cómo comportarme, cómo pasar por el problema de los nervios. Pero quise entregarme a John de la mejor forma, quería que me hiciera sentir bien, y más que todo, hacerle sentir bien a él. Pero, no esperaba que me explicase como funcionaba mi cuerpo, no viniendo de él.

—¿Y cómo sabemos que estoy preparada? Traté de crear de nuevo el ambiente.

—Bueno, podemos intentar algo...

De repente, sentó cómo su mano se iba acercando a mi vagina, estaba sensible, tanto rato dándole con la lengua terminó dejándola alerta a cualquier movimiento.

—¿Qué intenta, señor John?

—Vamos a inspeccionarla por dentro, señorita Karen.

Con su dedo, comenzó a abrirse paso entre mis labios. Cogió un poco de mis líquidos vaginales y lo esparció por el exterior de mi vulva. Yo le rodeé el cuello con mis brazos, acercando su rostro al mío

—Tenemos que saber si ya está lista para el evento principal.

—Exactamente así le llamé yo □ dije, con suavidad, seductivamente, sintiendo su respiración sobre mis labios □ señor John.

—Qué gracioso ¿no?

—Sí qué lo es.

Y lo metió. Su dedo pasó para adentro de mi vagina con completa delicadeza. Eso me alarmó, me levantó el ánimo, me llenó de placer. Primera vez que alguien me metía su dedo, primera vez que tenía algo adentro de mi vagina.

Ni siquiera yo había cruzado esa frontera, John ya me había hecho técnicamente suya, y yo estaba a gusto con eso.

—Señor John □ dije sorprendida □ por lo menos pudo avisarme antes.

—¿Le dolió, señorita Karen?

—Para nada, señor John. Parece que sabe lo que hace.

—Eso dicen □ me sonrió, con una sonrisa traviesa, orgullosa, llena de encanto.

Me dieron ganas de besarlo y pasé a hacer eso mismo. Le mordí un poco los labios. Lo besé con ganas, deseando poder tenerlo de todas las formas que fuera posible. John empezó a mover sus dedos dentro de mi, causándome arcadas de placer tan intensas que me debatía entre temblar descontroladamente o dejar de besarlo para controlar mis movimientos.

Poco a poco, la intensidad de sus movimientos aumentaba. Ya no eran suaves ni cortos, cada vez se hacían más largos, mas continuos, duros. Sacaba y empujaba su dedo en mi interior.

Si así se sentía algo tan pequeño, no me imaginaba como podría sentirse su pene.

—¿Está listo, doctor? le pregunté, despegando un poco mis labios.

—No lo sé, señorita ¿quiere que lo intente?

—Sí así lo desea, doctor.

John sacó su dedo para luego sentir como acercaba su pene a mi vagina hasta tocarlo por completo.

—¿Estás segura? preguntó de nuevo □ ¿Segura que quieres que lo hagamos?

Sonaba legítimamente preocupado.

—¿De quien es la primera vez? ¿tuya o mía? ¡ē reté.

John se rio con un sonido nasal.

—Está bien □ dijo □ sí así lo quieres.

Sentí un sutil empujón en mi vagina. Comenzaba lo bueno.

De repente, sentí como me habrían de una forma que nunca antes había sentido, me imaginaba como su pene iba entando, invadiendo mi territorio virgen como si fuera un sacapuntas, como si alguien enterrase una rama en la arena húmeda.

La respiración se me detuvo. Tuve que tomar aire porque sentía que de no hacerlo iba a perder la conciencia. Estaba viendo estrellas, borroso. No esperaba que se sintiera así. Quería intentar eso desde hace tiempo que la anticipación me estaba cobrando la factura.

Pero su pene seguía entrando ¿;nunca se iba a acabar!?. Me encantaba, no voy a mentir. Sentía como me rozaba el interior de la vagina con tal suavidad, de manera lineal, tan completo, tan complejo, tan divino. Pero era algo completamente nuevo para mi, y eso lo hacía aun mejor.

Seguía pasando, apuntando al éxito, tratando de llenarme hasta la garganta. No voy a decir: de repente se detuvo, porque, no fue algo que pasé desapercibido. Sentí cómo la cabeza de su pene chocó con algo dentro de mi, y ahí fue cuando se detuvo.

No me había dado cuenta que tenía mi cabeza hacia atrás, como si la hubiera dejado que mi peso doblase mi cuello por completo. No me importaba, no quería moverme.

—¿Todo bien? preguntó John, luego de soltar la respiración.

Y como si tuviera la boca llena de comida, aguantando el aire bajo el agua o de cabeza luego de mucho tiempo, le respondí.

—De maravilla.

—¿Quieres que me mueva? preguntó.

Yo había sentido orgasmos antes, sí, pero no quería que lo hiciera, me daba la impresión de que no se sentiría igual de bien.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Sí...

—¿Lo hago? preguntó.

—Sí tu quieres.

—Es tu vagina, tú decides.

—No, John □ abrí mis ojos, enderecé mi cabeza y me fijé en los globosoculares que tenía sujetos a su cara □ es tu □ proyecté la t y la u □ vagina.

John se tomó el mensaje al pie de la letra.

—Entonces, permítame...

La gloria.

Su pene comenzó a salir y a entrar con tal destreza que parecía que intentaba arrancarme la vagina con un anzuelo, ya me tenía atrapada; de todos modos, no iba a soltar la carnada. Me empaló con aquel pene de tal forma una y otra vez que cada embestida me hacía sentir mejor que la anterior.

Nunca imaginé que se sintiera de esa forma, que me quitara el aire con cada empujón, que me levantara el animo con cada sacudida y que el cuerpo pidiera a gritos más y más.

En definitiva, esa no era la primera vez que tenía en mente... era, por lejos, mucho mejor.

—¿Te gusta?

—¡Maldición! ¡Me encanta! vociferé, recordando que aquel cuarto era a prueba de sonido y dejando salir todo mi encanto femenino.

John comenzó a sacudir con más fuerzas su cintura, entrando y saliendo con tanta intensidad que no había forma lógica de que mi cuerpo resistiera aquellas embestidas, pero lo hizo, las soporté, las aguanté como toda una campeona.

Me encantaba sentirlo tan adentro y a la vez tan presente en mi vida, en mi mente, en mi cuerpo. John se las había arreglado para apoderarse de mi de tal forma que no me importaba el concepto de bien o el mal, del amor u odio. No me importaba cómo me quisiera John, siempre y cuando me quisiera y ya, porque a ese punto, me encontraba perdida en él, en su cuerpo, en sus palabras, en sus ojos. Con cada embestida, estatuía su dominio sobre mi.

Aquella primera vez, tan sencilla y corta como se veía, se convirtió en la primera de muchas.

Durante un tiempo, luego de lo sucedido en su habitación, me pregunté si las cosas entre los dos alguna vez funcionarían, si realmente, en algún momento de nuestras vidas, podríamos vernos a los ojos como dos personas que se atraían mutuamente, que se querían el uno cerca del otro de todas las formas concebibles. Sí que lo puse en duda, casi la misma cantidad de veces que lo pensé.

Pero nunca me imaginaba que fuera a establecerlo tan pronto. No con John, no sobre su escritorio, su sofá, su suelo. Aquella primera vez me había dejado agotada, y eso que no tardó ni diez minutos en hacerme acabar de manera definitiva.

—¿Qué te pareció? preguntó luego de que estábamos acostados en el suelo, yo sobre su pecho, jugando con sus pectorales.

—Fue estupendo □ le dije.

—¿El mejor sexo de tu vida? dijo, para luego reírse de su propio chiste.

—Muy gracioso.

—Sólo digo, creo que ha sido la primera vez que te hacen sentir tan bien ¿verdad? bromeó de nuevo.

—¡Basta! le dije, dándole una palmada relativamente fuerte en el pecho □ no te burles.

Sólo se reía.

—¿Burlarme? No, nada que ver.

—Claro que sí, te burles porque soy virgen...

—No, mi vida, eras.

Me sonrió, como si hubiera dicho la línea más romántica, más sensual, el elogio más elegante de todos.

—Y tu fuiste mi primero □ le dije, acercándome a sus labios para darle un beso □ y el mejor.

—Me encanta escucharla decir eso, señorita Karen.

En lo que me llamó de nuevo de esa forma, entré en razón. Eso había sido sólo



sexo, tal vez, no había significado tanto para mi como lo había sido para él. El «señorita Karen» me había puesto en contexto: John sólo había sido amable conmigo.

—¿Qué pasó? preguntó John.

Creo que la expresión en mi rostro fue muy evidente.

—Nada □ dije como una niña regañada □ no pasa nada.

No quería levantarme, por mucho que hubiera servido para reafirmar mi punto de que aquello sólo había sido un encuentro casual. Así que nada más apoyé mi cabeza sobre su pecho, convencida de que nada más sucedería.

—Vamos, dime qué sucede □ insistió □ ¿Fue algo que dije? preguntó.

—Noes nada, olvídelo, señor John □ traté de parecer lo más formal posible, luego de aquel encuentro tan encantador, lo sentía como una puñalada al corazón, pero no me importaba, era la realidad.

John dejó escapar un suspiro.

—Sí sucede algo. Te noto seca y distante □ dijo con formalidad, como si fuera un psicólogo o algo por el estilo.

—No estoy haciendo nada □ dije □ sólo estoy acostada aquí.

—Y estás callada. Ya no te siento alegre □ comenzó a jugar con mi cabello □ se nota que estás pensando en algo y que te molestaste de repente.

—Uhm □ sólo me quejé.

—Vamos, no seas así.

Buscaba hacer contacto visual, levantar mi cabeza para poder dar con mi mirada, pero yo no lo dejaba. Trató de levantarse, tampoco lo dejé.

—Algo te sucede, Karen. Estoy seguro.

Karen...

—Ah, ¿ahora sí soy Karen? me levanté, vociferando a la defensiva.

—Ey, ¿qué te pasó?

—Que ahora soy Karen, porque me quieres coger, pero lego seguiré siendo señorita Karen ¿verdad? me levanté indignada, buscando mi ropa con la mirada.

John vio cómo me levantaba, yo comencé a moverme para coger mi ropa, luego se levantó.

—Ey, espera, no vayas a salir corriendo de nuevo □ dijo, con un sutil tono que conseguí molesto, no porque lo fuese, sino porque estaba a la defensiva.

—¿Qué? ¿no quieres que me vaya? ¿no estás satisfecho? pregunté.

Estaba dejando que mis sentimientos me controlasen, de nuevo, haciendo una tontería. Pero sentía que esta vez sí tenía razón, que no había forma en la que pudiera arruinar eso porque, en verdad, que él había dicho algo estúpido. Esta vez había sido él quien no me había dicho lo que quería escuchar.

Claro, sí que se acercó a mi para darme el mejor sexo que había tenido hasta el momento ¡Joder, fue el único que había tenido hasta ese entonces! Pero eso había sido todo. No estaba recibiendo sus palabras amables, sus miradas románticas. No era la luz de sus ojos, la chica que quería para sí. Estaba segura que John estaba pensando en mi sólo por el objeto que representaba.

—¿Me vas a pagar más por esto? me incliné para coger mi camisa y taparme con ella □ acabo de absorber otra responsabilidad, ¿verdad? Ahora soy tu amante y me vas a pagar por eso. ¿verdad?

—Karen ¿de qué estás hablando? ¿Por qué te pusiste así de repente?

John no se movió, sólo se quedó viéndome mientras estaba desnudo, con el pene caído y el rostro arrugado.

—¿Qué te sucede? Háblame.

¿Le digo?

¿Me detengo a explicarle?

—¿Que eres un idiota! exclamé con furia □ te aprovechaste de mi.

—Ey, ey... espera un segundo. Yo no he hecho nada □ trató de defenderse.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí hiciste algo! Yo estaba hablándote de lo mucho que me gustas, de lo mal que me sentía por haberte dejado aquella noche y tú solo me cogiste. No me dijiste nada, sólo □ vacilé □ me cogiste y ya, porque sólo soy una empleada para ti.

—Karen, eso no es lo que...

—Soy una tonta □ comencé a dar vueltas para buscar el resto de mi ropa □

sabía que no debí haberme detenido, debí haberme ido para mi cuarto.

De repente, sentí cómo me tomaba por el brazo y me daba la vuelta.

—¿Qué es lo que quieres? preguntó, teniéndome tan cerca como era posible.

De inmediato, me detuvo.

Pero yo era fuerte, no iba a dejar que me volviera a dominar. Así que me sacudí y aparté.

—¡Karen! vociferó □ detente y háblame me giré □ ¿qué es lo que quieres?

En ese momento, me comenzaron a querer salir las lagrimas. No sabía qué quería decirle, si hablarle o no.

—Quiero que me digas si soy lo suficientemente buena para ti. Si soy bonita, si realmente te gusta. No lo has hecho, no me has dicho nada de eso □ la voz quebrada, los ojos aguados. Iba a llorar.

—Karen □ se fue acercando □ no importa lo que yo piense.

—¡Sí importa! exclamé indignada, sintiendo que él no veía mi punto.

—Claro que sí, porque no importa si pienso que eres bonita o no porque eso no cambiará el hecho de que eres una mujer preciosa. No importa si pienso que me gustas o no porque mi mente, mi cuerpo y mi alma se idiotizan cuando te tienen cerca. No importo yo cuando tú estás cerca, ni lo que quiera para mi vida siempre y cuando en ella estés tú.

—John.

—Cállate, porque de repente te volviste loca y, aunque sea muy adorable verte hacer un berrinche, ahora tienes que escucharme.

Tragué saliva.

—Sí me gustas, me has gustado desde hace mucho tiempo. Y no lo hice contigo hoy porque fuera un patán, sino porque sentía que debía hacerlo porque mi cuerpo lo pedía, porque quería establecer por completo que, de ahora en adelante, sólo iba a estar contigo porque sólo tú me haces sentir así. Karen, no creía que fuera necesario decírtelo, no creí que fuese mi obligación hacerte saber que estoy perdidamente enamorado de ti. Y no me importa si no sientes lo mismo, si no me quieres, si sólo me deseas por mi dinero y mi cuerpo.

John se acercó a mi, colocó sus manos en mi rostro.

—Porque mientras pueda estar a tu lado, absolutamente nada importa más que tú, que Noah, o que una vida junto a ti ¿me entiendes?

Podía sentir su respiración, su mirada, su cuerpo. Incluso sentí cómo su pene se iba a cercando lentamente a mi abdomen.

—Yo te amo, Karen Kelson, y no importa lo que pienso, pienses o suceda, no dejaré de hacerlo. ¿Entendido? Y así te diga señorita Karen o Karen, o mi vida, o amor, o princesa; nada cambiará la verdad ¿entendiste?

No sabía que decir, no sabía siquiera si podía hablar. Su autoridad, su romanticismo, la forma en que me tomó, en que me hablaba. Me sentía como una estúpida y estaba en lo cierto, lo era. No tenía motivos para actuar como lo había hecho, pero, por algún motivo, sentí que estaba agradecida por ello; de no haberlo hecho, no me habría dicho nada de eso.

Así que ya tenía mi respuesta. «¿Qué más podía pasar? ¿Que se enamorase de mí?» Fue una pregunta que me hice mientras estaba enterrada entre mis sabanas mientras sentía que todo lo que podría suceder sería un problema de ahí en adelante, pero, ahora, viendo en retrospectiva todo lo que me trajo hasta el punto más feliz de mi vida, en el que disfruto de la compañía de mi esposo, de un niño maravilloso, de un doloroso pero hermoso embarazo, y de una vida de la cual no me puedo quejar. Pienso: en realidad, todo esto, valió la pena.

—Sí, yo entiendo.

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis*

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

**[La Mujer Trofeo](#)**

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

**[J \\* did@ - mente Erótica](#)**

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

**[La Celda de Cristal](#)**

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y

todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.



—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*